



Theodor Storm

El lago de Immen

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Theodor Storm

El lago de Immen

Prólogo

La vida y la obra de Theodor Storm

- I -

Hans Theodor Woldsen Storm nació el 14 de septiembre de 1817 en Husum, pequeña ciudad del Schleswig, «junto al mar, gris y oprimida por la niebla» según él mismo la cantó. Fue el primogénito de un prestigioso abogado instalado allí. Su madre, mujer de una singular belleza, pertenecía a una distinguida familia patricia.

Toda la niñez de Storm transcurrió en su pequeña ciudad natal, en cuyo ambiente pacífico tuvo ocasión de afinarse su sensibilidad precozmente desvelada. En casa de sus abuelos maternos mantuvo su primer contacto con el pasado, pues allí vivió entre muebles, libros y utensilios legados por generaciones pasadas y a los que en aquella casa se rendía casi un culto de veneración.

Dentro de aquella atmósfera tranquila, conoció hasta la saturación el tesoro de las viejas leyendas, cuentos y fábulas que se contaban mutuamente con un niño del pueblo, y otras que más tarde escuchó de aquella «hija del panadero», figura fugitiva que aparece en su biografía como otra alada Schahrazada.

En su propia ciudad natal estudió las primeras letras; luego, en 1835, pasó a Lübeck para cursar los estudios de enseñanza superior. Allí prosiguió las lecturas de los poetas alemanes que habla iniciado en Husum. Además de Schiller y Goethe, ensanchó sus horizontes con la lectura de poetas modernos como Eichendorff, Heine, Chamisso.

En 1837 pasó a la Universidad de Kiel, y se matriculó como estudiante de leyes cediendo a los deseos de su padre, pues él quería estudiar medicina. Conoció varios jóvenes, pero su amistad vigorosa y duradera fue para los hermanos Tycho y Theodor Mommsen, el gran investigador histórico, amistad que se consolidó a partir de 1839, después de una corta estancia en Berlín, cuyo ambiente le desagradó. Los tres leían apasionadamente: Goethe, de nuevo; Uhland, Achim von Arnim. Descubrió Eduard Mörike, que le produjo una impresión imperecedera y que más tarde se convirtió en amistad que duró toda la vida. Este autor es uno de los que más influyeron en su formación literaria y poética.

Después de algunos balbuceos y ensayos, publicó en 1843, con la colaboración de los hermanos Mommsen, el *Liederbuch dreier Freunde* (Romancero de los tres amigos).

Animados por el mediano éxito obtenido, intentan reunir las leyendas del Schleswig y Holstein en un volumen, que aparece en 1845, bajo la dirección de Karl Müllenhoff. Storm contribuyó a la publicación con veintitrés aportaciones.

Terminados sus estudios y obtenido el título de abogado, regresa, en 1843, a Husum, donde no tarda en reunir una buena clientela, atraída por su carácter bondadoso y el renombre de su padre. Amigo de la música, músico a la vez y magnífico tenor, funda en su ciudad una sociedad coral, dirigiendo y tomando parte, como solista en los conciertos que organiza. Prosigue sus constantes lecturas, singularmente de los románticos Tieck, Fouqué, la Bettina, Immermann, Walter Scott, Dickens, etc.

En 1843 se apasiona por la hija de su tía preferida, Konstanze Esmarch, hija del alcalde de la vecina ciudad de Segeberg. Contrae con ella matrimonio en 1846, ayudándole su abuela materna a pagar algunas deudas morosas, procedentes de sus años de estudiante, y recibiendo de su padre, en regalo, una casita en Husum, en la cual se instala. A pesar de la diferencia notable de temperamentos e inclinaciones que existe entre él y su esposa, viven un tiempo verdaderamente felices.

Un incidente perturba la paz que gozaba el matrimonio. Storm conoce la hermana de la esposa de su hermano Juan. Se apasiona por ella y es correspondido en mayor grado. Pero gracias al dominio que logran ejercer sobre su pasión, y a la intervención suave de la esposa, queda conjurado el peligro. Dorothea Jensen se obscurece para reaparecer de nuevo a la vejez de Storm.

Fruto de aquella pasión es la casi totalidad de su producción poética del año 1848 y la formación de otros elementos que cristalizan en *El lago de Immen*, que aparece en 1850. Sus actividades literarias continúan desarrollándose, y, además de recopilar canciones y aforismos del país, compone poesías y colabora en algunas publicaciones de carácter literario. En 1848 publica su primera obra en prosa, *Die Frau Marthe und ihre Uhr* (La señora Marta y su reloj). Cabe consignar aquí que, de toda esa producción, la que obtiene un éxito resonante y le da renombre es *El lago de Immen*. Las amistades y el contacto epistolar y personal con literatos, poetas y artistas aumenta a causa del éxito de su narración.

En aquellos años la situación política en los Ducados del Norte empeora; son perseguidos los habitantes de tendencia alemana, y los funcionarios considerados como tales son substituidos por otros de origen danés. En 1850, Husum es ocupado por las tropas danesas; Storm, buen patriota, busca un refugio en el arte y la poesía. Lee Dante y los grandes poetas alemanes; cultiva la música; se entrega a la vida íntima del hogar. Por su resistencia a las autoridades danesas, es destituido. Queda sin ingresos y tiene que recurrir a la ayuda de su padre. En 1848 nació su primer hijo, Hans; en 1851, el segundo, Ernst, y el tercero, Karl, en 1853. Durante este mismo año abandona Husum y se traslada a Segeberg, desde donde gestiona su ingreso al servicio del Estado prusiano, consiguiendo el cargo, no remunerado, de asesor del tribunal de Potsdam, cerca de Berlín.

Comienza una serie de contrariedades y tribulaciones: estrechez económica, sueldo ocasional, intrigas, etc. En este ambiente triste y gris, es un rayo de luz el nacimiento de su

hija Lisbeth. En estos años tiene también la dicha de conocer personalmente a Mörike y a Eichendorff.

En 1856 se traslada a Heiligenstadt, donde residirá hasta el año 1864 desempeñando el cargo de juez de distrito. Reviste interés su estancia en esta pequeña ciudad episcopal, católica, de 5.500 habitantes situada al sur de Göttingen, con su paisaje de bosques y montañas. La vida de la pequeña ciudad, que tanto le recuerda la de su amada Husum, encanta y tonifica su decaído ánimo. El trato familiar adquiere nuevo calor; cultiva otra vez la música; forma un círculo de amigos; aumenta su ya numerosa prole con Luzie y Elsabe; crece el amor para su esposa, a medida que la hermosura física de ésta declina con la edad y las tribulaciones, manifestándose en las transitorias separaciones con el apasionado dolor de un novio; siente la impresión de la liturgia católica; lee con avidez, y su producción literaria alcanza el número de once narraciones.

Este lapso de tiempo, a pesar de las enfermedades que sufren tanto él como su esposa, obligada a someterse a una dolorosa operación quirúrgica, cuenta entre el más dichoso de su vida, y prepara, sazonzando su talento y su inspiración, la época de su plenitud artística que tendrá magnífica eclosión en los años de 1864 hasta 1888.

En febrero de 1864, liberada ya Schleswig de los daneses por el brazo armado de Prusia, los habitantes de su país natal le ofrecen el cargo de Landvogt (gobernador) que, después de algunos recelos y titubeos, se decide a aceptar, tomando posesión del mismo al siguiente mes de marzo.

Organiza allí su vida hogareña; renueva las viejas amistades; es querido de todos por su trato afable y su espíritu justiciero. Pero, cuando va a ver colmados sus deseos, recibe un golpe terrible que le empuja hasta el borde de la desesperación, al fallecer, en la primavera del año 1865, su esposa, «amada en el sentido más audaz de la expresión», «la que le había amparado y protegido, como una madre cuando un hijo rechazado corre hacia ella», según meses más tarde escribía a su amigo Tycho Mominsen. Asimismo escribe a Eduard Mörike: «Acudo a vos como un hombre que ha perdido ya toda la dicha y sobre cuyo futuro están escritas las terribles palabras que Dante vio sobre la puerta infernal.» Recurre a la música y cuéntase que, al regresar de la inhumación del cuerpo de Konstazze, desahogose sentándose al piano. Se vuelve sombrío y triste, desconfiando de todo, incluso de su capacidad artística; llega a estar convencido de que su producción se reducirá a «opera posthuma».

Realiza algunos viajes para distraer su mente obsesionada. Va a Baden Baden, invitado por el escritor ruso Turgenief; recorre el Rin; se detiene en Heidelberg, Colonia, Maguncia, etc. Si bien es cierto que llega a recobrar el dominio sobre sí mismo, en cambio los asuntos de su hogar no marchan del todo bien. Y un año más tarde todo el mundo, entre admirado y satisfecho, ve como contrae nuevo matrimonio con la amiga de su juventud, aquella Dorothea Jensen, la misma que en los albores de su primer matrimonio encendió en él una viva pasión que sólo el recto sentido moral de los dos logró apagar con un admirable renunciamiento. En Dorothea, «Frau Do», encuentran sus siete hijos una nueva madre y él la más cariñosa de las esposas. Sin embargo, el vivo recuerdo de la desaparecida se interpone entre ellos en los primeros tiempos; mas al nacer una hija, Friederike, llamada

«Dodo», parece como si entrara un dorado rayo de sol en el hogar reconstruido. Entonces renace su fecundidad de escritor.

Es notable el intercambio epistolar, en esta última etapa de su vida, con significadas personalidades del mundo intelectual: Gottfried Keller, Paul Heyse, Klaus Groth, Emil Kuh, crítico e investigador literario austríaco, etc. También realiza algunos viajes; especialmente es de notar el llevado a cabo a Salzburgo y a Würzburg, donde conoce al historiador literario Erich Schmidt. Tiene contrariedades de orden familiar, algunas de ellas algo graves, como el fallecimiento de su tía Elsabe en una casa de salud, y el de su padre, ocurrido en 1874, al que sigue cinco años más tarde el de su madre. Los hijos van marchando por caminos propios. Unos se casan; otros, como la pequeña Dodo, crece y es la ilusión dorada de los padres. El más hondo de los pesares se lo produce su hijo mayor, que muere en 1885 víctima del alcohol. Un drama (callado éste) es la vida de su hijo Karl, músico malogrado.

Dieciséis años dura la segunda estancia de Storm en su ciudad natal de Husum y en ella su producción alcanza dieciséis narraciones y bastantes poesías. Durante la misma ha sufrido mucho, su corazón ha sangrado y le ha faltado el deseado reposo.

En el mismo año del fallecimiento de su madre (1879) se promulga la nueva constitución alemana, en virtud de la cual los funcionarios judiciales vienen obligados a trabajar sobre nuevas fórmulas. Storm es ya viejo: cuenta 63 años y se siente fatigado. Va quedando solo; de sus numerosos amigos casi únicamente cuenta con Reventlow y su hermano Emil, siempre agobiado de trabajo. Su esposa siente una gran añoranza por su hermana Friederike, que reside en Hademarschen. En un viaje a la pequeña aldea, realizado en 1880, adquiere una finca; y, con la admiración y sorpresa de todo el mundo, se despide de su vieja y querida Husum, «la ciudad gris, que reposa junto al mar, oprimida por la niebla». Abandona el servicio del Estado después de obtener la jubilación, siéndole otorgada la condecoración de cuarta clase del Águila Roja.

Hademarschen ya no es la pequeña ciudad, es un lugar del Holstein: un minúsculo paraíso, con bosques y prados. Storm hace construir una casa sencilla, pero a su gusto; allí cultiva y cuida su pequeño jardín, el deseo que tanto le atormentara en Potsdam. Reúne cuadros, libros, tapices, etc. Un verdadero nimbo de paz circunda finalmente su vejez, contrastando notablemente con la agitada de Heyse y la triste y solitaria de Keller. Por la mañana trabaja y por la tarde reúne algunos de sus amigos para hacer lecturas y hablar de arte; funda un círculo de recreo, donde se dan conciertos y lecturas públicas, generalmente a su cargo. Los hijos van dejando el hogar paterno y raramente pueden reunirse todos; no, obstante, Navidad, la gran fiesta del mundo cristiano, continúa celebrándose con gran solemnidad en la intimidad de su familia.

Hace algunos viajes a Husum, a Hamburgo, a Heiligenhafen, donde reside su hija Elisabeth; en 1884 permanece unas semanas en Berlín. Pero su viaje más largo en esta época, el último, lo efectúa en 1886 para acompañar a su hija Elsabe, que cuenta entonces unos 23 años, a la Escuela de Música de Weimar. Este viaje le proporciona el placer de saborear aquello que tiene de humano la gloria. Es invitado a la corte; asiste al banquete de la sociedad «Goethe»; visita en Brunswick a Wilhelm Raabe; se detiene en Erfurt, Gotha,

Kassel y también en Heiligenstadt, a donde ya no volverá jamás. En este mismo año contrae una grave enfermedad de estómago y corazón, que se agrava al tener noticia del triste fin de su hijo mayor. Al año siguiente, 1887, cumple su septuagésimo aniversario y, con tal motivo, recibe numerosas felicitaciones y grandes distinciones y honores: Husum le nombra hijo preclaro y su ciudad natal celebra también, con festejos, su aniversario. Lamenta, sin embargo, que le falta la concurrencia de una distinción oficial, pero se consuela al ver que cada nuevo libro suyo constituye un éxito, mayor en las obras en prosa que en las poéticas. Está en tratos para una traducción francesa y se publica una danesa. Con la intervención de Heyse, se le otorga la orden de Maximiliano, por acuerdo unánime del capítulo, confirmado por el propio rey de Baviera.

En esta última etapa de su vida llega a producir hasta diez vastas narraciones, rematadas por *El jinete del caballo blanco*, obra en la que puso Storm todo su amor y cariño, casi con el propósito de crear su obra maestra, aunque la crítica no lo haya considerado así. Intenta escribir otra narración (*Die Armsünderglocke*) que no termina, al igual que la historia de su vida, interrumpida por el desarrollo de la terrible enfermedad cancerosa que sufría desde hacía algún tiempo y que todos sus allegados y amigos le habían ocultado; sufre fuertes calambres, insomnio, anemia, extenuación. Pero él soporta paciente y bravamente la enfermedad. Trabaja aún y se preocupa de la familia con toda atención. Presiente, sin embargo, su próximo fin. En junio (día 30) baja por última vez a su jardín tan querido. El día 4 de julio de 1888, al mediodía, fallece rodeado de todos sus hijos.

El 7 de julio su cadáver es llevado a Husum para ser inhumado en el cementerio de St. Jürgen, en presencia de la familia, de algunos amigos, de los representantes del gobierno y de los habitantes de la pequeña ciudad gris.

Mientras su cuerpo descendía a la sepultura y tañían tristemente las campanas, estalló una gran tempestad, como para despedirse de aquel que setenta y un años antes había venido al mundo acompañado de lluvia, de rayos y truenos, en la noche del 14 al 15 de septiembre de 1817, y como para sellar la conjunción de su obra con su vida y su apellido.

- II -

Es un hecho incontrastable, en la historia de la literatura, que todo movimiento o escuela suele vivir, transformándolo, del caudal que le legara una época de esplendor más o menos inmediata. Nació el Romanticismo en Alemania en el siglo XVIII, entre las tempestades que desencadenó aquel tumultuoso *Sturm und Drang*. Aunque en las últimas décadas de dicho siglo es posible señalar algunas obras como netamente románticas, sin embargo la eclosión de este movimiento y el momento de gran esplendor no se producen hasta muy entrado el siglo XIX, en que sus tendencias, ideas y formas estéticas llegan a imponer una especie de dominio sobre las demás literaturas europeas.

De la herencia del Romanticismo ha vivido la literatura alemana hasta nuestros días; y si analizamos las modernas manifestaciones de la prosa y de la lírica alemanas

contemporáneas, sin excluir las de la novísima generación, hemos de creer que el tesoro heredado de sus antepasados no ha sido agotado todavía. Numerosas y distintas son las escuelas que se han producido en el transcurso del siglo XIX y en lo que va del actual, apareciendo cada una de ellas con sus propias características y su predominio más o menos fugaz, pero todas han vivido de la savia que les fue inyectada y que ha comunicado a cada una un inconfundible rasgo familiar o una peculiaridad de stirpe y parecido.

Ya en la primera mitad del siglo XIX se inició una corriente de transición del Romanticismo hacia el Realismo. Comenzó como una reacción contra las exageraciones románticas, en una pugna, al principio sin violencia, de las nuevas generaciones contra el Romanticismo decadente, cuando saturadas aquéllas de tanta maravilla, fantasía y ensueño, corrían el riesgo de asfixiarse en la atmósfera malsana de tanta obscura fantasmagoría y procuraban salir a respirar el aire sano y puro de la naturaleza sin afeites ni maquillajes románticos.

En este momento apareció en el cielo de la literatura alemana un nuevo astro que nos atrae por sus destellos y nos admira por su fulgurar persistente a través del tiempo. Este nuevo astro, que por cierto no era de primera magnitud, fue Theodor Storm.

Viene al mundo Storm en una tierra más bien triste, sin montes ni grandes bosques, con sus costas áridas y grises bajo un cielo brumoso. Esta tierra, que tiene una historia política estrecha y confusa, no ha producido grandes poetas ni artistas, pero los tres que han nacido en su suelo han podido, cada uno, darle especial renombre en la historia de la cultura alemana: Klaus Groth, Friedrich Hebbel y Theodor Storm.

Storm, tanto poeta como narrador, es, principalmente, un lírico; un gran lírico. Su sensibilidad necesitó, ya desde su adolescencia, recurrir a la expresión artística. Recopiló cuentos y leyendas; anotó canciones populares y fábulas; más tarde compuso sus primeras poesías completamente originales, escritas bajo la impresión directa de los hechos, entre las que descuella, por la verdad de los sentimientos expresados, la que compuso con motivo del fallecimiento de su hermanita Luzie.

Hijo directo del Romanticismo, la corriente lírica es la que predomina en la obra de Storm. Cuando comenzó a escribir sus primeras narraciones, esta corriente era tan caudalosa que resultaba incontenible dentro del margen y de los límites asignados a dicha forma literaria; sus trabajos son más bien esbozos, y los cuadros tienen un contenido poético tan acentuado, que propiamente podrían calificarse de poemas en prosa. De ahí que en las mismas haya intercalados tantos versos, sobre todo en las de sus primeros tiempos. Storm logró más tarde -casi diríamos sin mengua de la intensidad poética de sus creaciones- dominar el ímpetu de aquel caudal lírico, hasta adquirir un admirable equilibrio entre los elementos dinámicos y estáticos de su producción en prosa. El momento culminante de este esfuerzo por el dominio de la propia inspiración, lo revela la más célebre de sus narraciones: El lago de Immen; siendo posible que del mismo nazca aquel imprevisto encanto que fluye de sus páginas y admitido por tantas generaciones prescindiendo de gustos, preferencias y escuelas, a pesar de los defectos de composición que contiene y de su excesiva abundancia sentimental.

Paralelamente a esta corriente lírica, circula a veces otra de importante valor: nos referimos a la que emana de los elementos épico y trágico. La mayoría de los personajes que se mueven dentro del marco maravillosamente creado por Storm, de sus narraciones, alcanzan una altura poco común en la novela corta. La irrecusable fatalidad de los hechos que escapan a la voluntad de los hombres, así como la lucha contra los elementos de la naturaleza, o el combate, sordo y obstinado, contra las propias pasiones, o la expiación consciente de las faltas cometidas, dan lugar en la novelística de Storm a escenas de una intensidad trágica como solamente las encontramos en los clásicos.

La fusión de los elementos lírico, épico y trágico, llevada a cabo con una inspiración sana y magnífica y una maestría exenta de vacilaciones, otorgan a la obra de Theodor Storm una calidad casi única dentro de la literatura alemana.

La vida de Storm no fue turbulenta ni atormentada. Como hombre, padre y esposo, tuvo sus pesares y contratiempos que supo soportar. Nacido en la clase media, vivió siempre, sin necesidad de alterarlo en su esencia, del caudal de ideas que en su medio había recibido; pero del Romanticismo heredó su gran abundancia lírica. Sin embargo, al analizar la obra de Storm, vemos que él ardía en un gran deseo de eternidad que le impelía a buscar una forma expresiva, a crear obra artística. El poeta observaba, ya desde su tierna niñez, cómo todo es fugaz y perecedero. Nada perdura: la vida de los hombres, la belleza, la juventud, el amor, el bienestar, la familia y la misma naturaleza, todo corre, constantemente, hacia su fin. Lo que hay de permanente es la comprobación de esa fugacidad, comprobación que la humanidad ha llegado a plasmar en sus grandes obras. Es aquel sentimiento que resuena solemne en el Eclesiastés y en David; el mismo que todos los grandes poetas, pasando por Villón, Jorge Manrique y Goethe, han expresado con acentos doloridos, ora desgarradores como un grito de angustia, ora contenidos como un sollozo que oprime la garganta.

Éste es el gran sentimiento de que se halla saturada toda la obra de Storm; el motivo constante de toda su producción artística y el que la marca con el sello inconfundible de hijo espiritual, más o menos distante, del movimiento romántico.

Pero, si bien reclama la paternidad de nuestro escritor el Romanticismo, su personalidad queda encuadrada, singularmente en cuanto a su obra en prosa dentro del movimiento literario que se inicia con la decadencia de la escuela romántica y va hasta el naturalismo de las últimas décadas del siglo XIX; movimiento que comienza con la reacción contra las obras sin vida creadas por la exacerbación enfermiza del Romanticismo decadente.

Lo más probable es que Storm entrara en esa escuela sin prejuicios estéticos, ni preocupaciones teóricas, llevado tan sólo por un impulso irresistible, pero aportando a la misma, con el caudal de toda su vena lírica, sus grandes aptitudes literarias y sus facultades artísticas, adaptables siempre a la interpretación de la vida real, moviendo personajes de carne y hueso y, sobre todo, con sentimientos e ideas, nacidos no de una imaginación más o menos frondosa y equilibrada, sino reflejo de lo vivido personalmente por él; en una palabra: frutos de autobiografía. De aquí el interés que despiertan todas sus creaciones, aun para aquellos mismos lectores que desconocen la biografía de Theodor Storm; y también de aquí nace aquella delectación provocada por la interpretación artística de la realidad, que

con dificultad buscaríamos en las obras simplemente imaginativas, para alcanzar la cual resultan estériles todos los esfuerzos del naturalismo hundido, en su charca.

A pesar de ello no fue Storm un escritor estrictamente realista; pocas veces abandonó, en el transcurso de su obra en prosa, cierta predilección, persistente, por lo fantástico. Pero, así como en sus comienzos lo irreal suele residir en la base de sus obras, sobre todo en las producciones hijas del folklore, a medida que su personalidad se afirma, la interferencia de aquel elemento va menguando gradualmente; sufre algunas transformaciones, pasa a segundo término, en ocasiones no es más que una leve reminiscencia, o bien el vago reflejo o el eco lejano de una leyenda casi olvidada; a lo que no llega nunca es a extinguirse por completo, como si una vez admitido el autor ya no pudiera eliminar de su obra tal elemento de ascendencia netamente romántica, como lo demuestra el desarrollo que alcanzó al informar la obra de Hoffmann.

Es notable asimismo la facultad que poseyó Storm de insinuar, de dar a entender, de apuntar aquello que en poesía o en prosa es por naturaleza, precisamente, inefable. Tiene el don de evocar sentimientos de un orden tan suave y tenue que difícilmente pueden ser expresados sin que se les arrebatase el aroma. Dispone para ello de un instrumento magnífico: su prosa fluida, directa, que no contiene rebuscamientos ni premiosidades, exenta de efectismos, como obedeciendo a una gran fuerza intuitiva y conducida por una inspiración que no desfallece. Sin embargo, en las obras de la época de su plenitud artística todo parece calculado, medido y pesado, era complaciéndose en trabajos de miniaturista, en el acabado de un personaje, de un paisaje; ora perfilando un contorno o iluminando un contraste, pero siempre sin recurrir a ciertos desesperantes detalles de estilismo o al brillo del preciosismo con su característico fulgor de piedra falsa.

Storm no intentó, como los románticos decadentes, crear un mundo de ensueño, artificial, fantástico. Toda su obra poética y en prosa casi no fue otra cosa que un comentario a su propia vida. En aquella se refleja su amor al hogar, a su esposa, a los hijos, a su país natal, a la naturaleza. Como poeta amó Storm a la naturaleza; la amó en sus detalles y en sus grandes espectáculos. Y, si en sus poesías no pasa de ser el motivo ocasional de su inspiración, en sus narraciones constituye el fondo sobre el cual, generalmente, se desarrollan los conflictos de los personajes de sus grandes creaciones y aun, en alguna de las obras de su última época, podríamos asegurar que interviene como elemento dramático puro. Pero este amor por la naturaleza no es un sentimiento vago, no la ama en abstracto, sino de un modo concreto: Storm ama la Heide, los eriales del Schleswig, vastos, monótonos, sin espesuras ni frondas, con el mar allá en el fondo, moviéndose rítmicamente, triste y gris. No siempre vivió, empero, en su brumoso país; durante su voluntario exilio acogióse a la ciudad católica de Heiligenstadt. Debió ser un bálsamo para su espíritu lacerado el contacto que pudo conseguir con la naturaleza, en aquella época de su vida; la pequeña ciudad rodeada de bosques y praderas, con sus valles, aguas y molinos, le ofreció un constante espectáculo que le tonificó, como nos lo revela su correspondencia y lo demuestran las obras que produjo durante aquellos años. De todos modos, Storm, cuando residió fuera de su país natal alejado de él por los acontecimientos políticos o en sus años de estudiante, nunca pudo aclimatarse a sus nuevas residencias; Lübeck, Kiel, Berlín, Potsdam, Heiligenstadt, fueron para él refugios ocasionales a donde le llevó el flujo y

reflujo de los acontecimientos humanos, pero siempre se acogió a ellos de una manera precaria, y, añorándolo, vivió en espíritu en su país natal.

La añoranza no es, por naturaleza, un sentimiento alegre, y Storm fue un poeta nostálgico. Es por ello que un elemento de orden secundario, la tristeza, se cierne como un velo sobre las obras de nuestro autor, matizando la luz que baña sus personajes, sus escenas, sus conflictos y sus paisajes, plácidos o tempestuosos.

Ya hemos señalado la irresistible añoranza que sentía Storm de una vida espiritual donde las cosas no fuesen fugaces. En otro orden, pero tal vez estrechamente vinculado a aquél, anidaba en nuestro poeta otro sentimiento de nostalgia hacia todo lo que había poseído o que podía estar a su alcance, como la vida plácida del hogar, la paz imperturbable bajo el cielo del país natal, la vida sencilla en la ciudad donde vino al mundo, etc. Nunca pudo alcanzar Storm el término de esa ambición en la medida de sus deseos; los conflictos políticos, los disgustos de orden familiar, las enfermedades y la muerte de los seres queridos, fueron, entre otras, causas que obstaculizaron la realización de sus ilusiones. Storm, bajo el conjuro de su arte, logra transformar cada vibración sentimental en otras tantas obras de arte que vivirán por largo tiempo, cubiertas por aquel velo de vaga tristeza tan característicamente: suyo.

Pero este velo no deja de ser utilizado por nuestro autor. Podríamos decir que, más o menos tupido, según las circunstancias, sirve para cubrir las desnudeces de sus personajes. Existe en Storm como un insistente y obstinado recato para ocultar a la vista del público aquellas intimidades que los adeptos a la escuela naturalista, tanto del siglo XVIII como del siglo XIX, se complacían en exponer, impudicamente, a la luz del sol. Por el contrario, en Storm es evidente, y manifiesto en su correspondencia, el propósito de sombrear las situaciones peligrosas. Además de su recto sentido moral, debemos atribuirlo a su lirismo puro, siempre púdico, y a su formación social. En el ambiente de su familia de la clase media (pequeñoburguesa, diríamos ahora) no era admitido tratar ligeramente de los actos trascendentales de la vida y aun de la vida misma. Por ello se explica el consejo que, en una carta del año 1846, daba a su esposa, recomendándole que no leyera «las traducciones de la literatura francesa, pues malean el ambiente de nuestra moralidad, y además son en cierto orden de cosas sin consistencia y superficiales incluso cuando quieren atribuirse cierta profundidad».

Originariamente, la obra de Storm fue del todo lírica y como tal inició su obra en prosa, evolucionando con el tiempo hacia la narración realista, pero sin abandonar la suavidad de tono y la expresión de mezza voce, y, de modo singular, sin apartar a un lado aquel pudor espiritual sin el cual toda obra lírica pierde el mejor de sus encantos. En la creación de sus tipos femeninos se produjo siempre con una sobriedad y respeto en que se podrían señalar evidentes reminiscencias románticas. Para la creación de sus personajes y la formación de los conflictos que nos presenta, recurrió siempre a la gran cantera de la vida Cotidiana. Gracias a ello salvose de caer en la uniformidad y monotonía. Así junto a tipos que aparecen ante nosotros como circundados de un nimbo ideal, existen otros de un realismo aplastante o de un barroquismo hijo directo de su humor sin acidez.

No olvidemos que Storm, además de poeta, fue músico. Tal vez gracias a ello podríamos explicarnos satisfactoriamente aquella melodía interior que es perceptible en todas sus obras y asimismo la ausencia de grandes estridencias y disonancias, tanto en los temas que ha escogido como en la forma de desarrollarlos. Incluso en los mismos conflictos dramáticos y trágicos, el contraste de los elementos en pugna se desarrolla en forma de contrapunto, y se desenvuelve en gradaciones en crescendo, y obligándonos a admirar la maestría del escritor. Esta armonía no sería posible sin cierta contención y dominio de sus propias aptitudes. Si no fuera por esta facultad, el caudal lírico que recorre íntimamente toda la obra de Storm se transformaría en torrente avasallador que malograría todas sus realizaciones.

Nos admira además Storm por la elevación moral de sus obras, tanto como por la calidad artística de las mismas. Hombre de fecunda inspiración y dotado de un «delicioso frenesí de contar», no tuvo necesidad, para levantar el sólido monumento literario que nos legó, de remover los bajos fondos de la humanidad, ni de hurgar en la naturaleza inferior del hombre, allí donde bulle lo concupiscente, patológico y morboso, con sus constelaciones de monstruosidades y tipos anormales. Ya hemos dicho que la gran cantera de Storm fue la vida cotidiana y su autobiografía y hemos asimismo señalado aquel pudor espiritual bajo el cual no es posible que aparezcan a la clara luz las desnudeces mórbidas de los tipos que nos presenta, nimbados por su pura luminosidad. Y es que Storm, según hemos procurado, demostrar con insistencia, no dejó nunca de ser poeta. Todo lo que no cupo en sus narraciones por su naturaleza propia, se encuentra en sus poesías, generalmente cortas, de ritmo fácil, sin rebuscamientos, sin alardes prosódicos y sin cerebralismos ofuscantes. La lírica de Storm mana como una callada fuente entre el césped. Canta los pasajes de su vida y la de los suyos. Todo es concreto: la naturaleza de su país, los eriales del Schleswig, el mar. Cultivó la poesía como para su solaz y descanso entre sus luchas, tristezas y tribulaciones. Toda su producción poética contiene viva inspiración y emoción sincera; de ahí su calidad. Y tal vez también aquella armonía o música interior que hemos señalado antes, que trasciende a sus mismas obras en prosa, y que nos proporciona un goce espiritual tanto más intenso cuanto es aquélla más pura y suave, grave y tierna. De que Storm tenía puestas todas sus ilusiones en su obra estrictamente lírica, consecuencia de la convicción de no haber derramado en la misma nada más que elementos puros, son una demostración las frases que comunicó a una persona amiga, poco antes de su muerte:

«Yo sé -dijo- que soy el más grande de los poetas líricos contemporáneos. Mis poesías vivirán largamente, incluso cuando mis narraciones habrán caído ya desde tiempo en el olvido.»

Por fortuna para la literatura alemana, su nombre, como prosista, no ha sido olvidado. Estamos seguros de que tardará mucho en llegar este día. Mientras tanto, el narrador continúa obscureciendo al lírico. ¿Seguirá siendo así en el porvenir? Confesemos con sinceridad que no creemos que las futuras generaciones lleguen a sentir una predilección totalmente opuesta a la de las precedentes. Nuestro deseo es que tanto el poeta como el narrador, ramas de un mismo tronco, vivan y perduren, a través de todas las vicisitudes y agitaciones, como exponente del arte y de la cultura de su pueblo; y que tanto el nombre como la obra de Theoder Storm, fundidos, emerjan como un picacho dorado por el sol de la tarde sobre las aguas, a veces turbias y turbulentas, que le circundan.

J. Quintana Balart.

Barcelona, otoño de 1941.

El lago de Immen

El anciano

Una tarde de fines de otoño iba calle abajo un hombre bien vestido, de edad ya avanzada. A juzgar por el polvo que cubría sus zapatos de hebillas, pasados de moda, regresaba a su hogar después de dar un paseo. Llevaba debajo del brazo un bastón de junco con puño de oro. Sus ojos negros, en los que parecía haberse refugiado toda su perdida juventud, resaltaban sobre su cabellera cana. Miraba tranquilamente alrededor, o bien hacia la ciudad, envuelta en los vapores del sol que ya declinaba.

Parecía casi un forastero, pues al cruzarse con los transeúntes eran escasos los que le saludaban. Sin embargo, algunos sentían la irresistible curiosidad de mirar aquellos ojos tan graves. Se detuvo, por último, frente a una casa alta; volvió aún la mirada hacia la ciudad y luego penetró en el zaguán. Al ruido de la campanilla, se levantó el verde visillo de una ventana que comunicaba con una pieza del interior, dejando ver el rostro de una anciana. Hizo el hombre un ademán con el bastón, mientras exclamaba con acento algo meridional:

-¡Todavía no está encendida la lámpara!

El ama dejó caer de nuevo el visillo. El anciano atravesó el espacioso vestíbulo; penetró luego en una sala, en la que había grandes armarios de roble con vasos de porcelana, y por una puerta de enfrente se introdujo en un pequeño pasillo, que por una estrecha escalera conducía a las habitaciones altas de la parte posterior de la casa. Subió lentamente los peldaños, y abriendo una de las puertas entró en un gabinete bastante ancho. Todo allí respiraba intimidad y silencio. Uno de los muros se hallaba casi completamente ocupado por estanterías repletas de libros y objetos de arte. De otra de las paredes colgaban cuadros con paisajes y figuras. Frente a una mesa, cubierta con un paño verde, en la que aparecían revueltos varios libros abiertos, había un pesado sillón con almohadones de terciopelo encarnado. Después de haber dejado en un rincón el bastón y su sombrero, el anciano se sentó en el sillón, y con las manos cruzadas parecía descansar de la caminata. Hallándose así sentado, iba obscureciendo paulatinamente. Entró por último a través de los cristales un rayo de luna, iluminando las pinturas que colgaban del muro; y a medida que iba deslizándose con lentitud por la pared, le seguía involuntariamente la mirada del anciano. Alcanzó también en su trayecto un pequeño retrato encuadrado dentro de un sencillo marco negro. «¡Isabel!», exclamó quedamente el viejo. Y tan pronto como hubo pronunciado esta palabra, todo se había transformado... Hallábase en su juventud.

Los niños

En seguida se le acercó la graciosa figura de una niña. Se llamaba Isabel y contaría unos cinco años. Él, a buen seguro, doblaba esta edad. La chica llevaba en el cuello un pañuelo de seda encarnada, que contrastaba hermosamente con sus bellos ojos negros.

-Reinhard -exclamó la niña-, ¡hoy tenemos fiesta! ¡Todo el día sin ir al colegio! Y mañana tampoco.

Reinhard colocó con agilidad detrás de la puerta la cartera que llevaba debajo del brazo, y ambos niños echaron a correr a través de la casa hacia el jardín, y por la puerta de éste salieron a la pradera. Las Inesperadas vacaciones les causaban una magnífica alegría. Allá en el prado, Reinhard, ayudado por Isabel, había construido una cabaña y en ella pretendían pasar las tardes del verano. Pero como les faltase todavía un banco, Reinhard se puso a trabajar en él. Estaban ya dispuestos las tablas, el martillo y los clavos. Mientras tanto, Isabel iba recorriendo el vallado y cogía en su delantal las semillas de forma anular de la malva silvestre. Con ellas se proponía hacer cadenas y collares. Cuando Reinhard hubo terminado el banco, después de haber doblado algunos clavos, la niña se encontraba lejos, en el otro extremo de la pradera.

-¡Isabel! -gritó-. ¡Isabel!

Volvióse y echó a correr hacia él, y sus rizos flotaban al viento.

-Ven -dijo el muchacho-. Nuestra casa ya está terminada. Estás jadeando. Entra. Nos sentaremos en el banco nuevo y te contaré algo.

Entraron ambos y se sentaron en el banco nuevo. Isabel sacó del delantal sus anillos y empezó a trenzar pequeños collares. Reinhard comenzó a contar:

-«Éranse una vez tres hilanderas»...

-¡Ay! -exclamó Isabel- eso ya me lo sé de memoria. Siempre cuentas lo mismo.

Reinhard vio obligado a abandonar la historia de las tres hilanderas y en su lugar narró la del pobre hombre que fue echado a la gruta de los leones.

-Y era de noche, ¿sabes? Estaba oscuro, muy oscuro y los leones dormían. De cuando en cuando bostezaban y sacaban la lengua roja. El hombre esperaba con terror que la mañana viniese. De pronto, apareció a su alrededor un rayo luminoso, claro, y cuando pudo alzar la mirada, vio un ángel delante de él. El ángel hizo un gesto con la mano y pasando por las rocas penetró en la cueva.

Isabel escuchaba atentamente.

-¿Un ángel? -dijo-. ¿Y tenía alas?

-Esto no es más que una fábula -replicó Reinhard-. Los ángeles no aparecen.

-¡Quita, Reinhard! -dijo ella y le miró con fijeza en los ojos.

Pero como él la mirase sombríamente, le preguntó dudando:

-¿Por qué todos dicen siempre lo mismo? Todos dicen igual: mamá, las tías y también en la escuela.

-No sé -contestó él.

-Pero, oye, ¿tampoco hay leones? -preguntó Isabel.

-¿Leones? ¿Que si hay leones? En la India; allí los sacerdotes los uncen a sus carrozas y marchan con ellos a través del desierto. Cuando sea un hombre, quiero ir allá. En la India todo es más hermoso que aquí. Allí no hay invierno. Tú también irás, ¿quieres?

-Sí -dijo Isabel-; pero mamá vendrá también. Y la tuya.

-No -respondió Reinhard-, ya son demasiado viejas. No podrán ir.

-Pero yo no puedo ir sola.

-Claro que podrás. Tú serás de veras mi mujer, y los demás ya se arreglarán.

-Pero mamá llorará.

-Ya volveremos -dijo Reinhard con viveza-. Ahora dime francamente: ¿querrás viajar conmigo? Si no, iré solo. Y entonces jamás regresaré.

La pequeña casi iba a llorar.

-No pongas esos ojos que dan miedo -le dijo-. Ya iré contigo a la India.

Con gran alegría Reinhard le tomó ambas manos y salieron al prado.

-¡A la India! ¡A la India!-gritaba y cantaba dando vueltas con Isabel hasta que se deshizo el lazo de su pañuelo encarnado que voló por el aire.

De repente la soltó y con tono de gravedad le dijo:

-Estoy casi seguro que no haremos nada de ello. Te falta valor.

Se oyó llamar desde la puerta del jardín:

-¡Isabel! ¡Reinhard!

-¡Aquí! ¡Estamos aquí! -contestaron los niños.

Y corriendo y saltando fuéronse hacia la casa.

En el bosque

Así pasaban el tiempo ambos niños. A veces demasiado callados; demasiado vehementes, pero nunca se separaban. Casi todas las horas libres las pasaban juntos; en invierno en el cuarto con sus madres, y en verano en el campo y en el bosque.

Un día que en la escuela el profesor reprendía a Isabel en presencia de Reinhard, dio éste con su carpeta un violento golpe sobre la mesa a fin de atraer hacia él la indignación del maestro. Sin embargo, su actitud pasó inadvertida. Aquel día ya no prestó más cuidado a la lección de geografía y en su lugar compuso, un largo poema, en el que se comparaba a un aguilucho mientras el profesor era presentado como una parda corneja. Isabel era un blanca paloma. El águila prometía solemnemente vengarse de la corneja tan pronto como sus plumas hubiesen crecido. El joven poeta, durante su trabajo, tuvo los ojos bañados en lágrimas: tal era la emoción que sentía. Cuando llegó a su casa, pudo conseguir una pequeña libreta de pergamino que tenía sus hojas en blanco. En la primera página copió cuidadosamente su poesía.

Poco tiempo después le llevaron a otra escuela y en ella trabó amistad con algunos compañeros de su edad; pero su trato con Isabel no sufrió ninguna alteración. De las fábulas y leyendas que en otro tiempo le contara, comenzó a anotar aquellas que más le gustaban a ella. Y así le entraron ganas de introducir algo de sus propios pensamientos, aunque sin saber por qué, nunca pudo conseguirlo. Las redactaba tal como las había oído contar. Más tarde entregó el cuaderno a Isabel, quien lo guardó cuidadosamente en un departamento del cajón de su mesa. Cuando a veces por la noche y en su presencia, oía como ella leía a su madre los cuentos por él anotados en el cuaderno, sentía una satisfacción muy agradable.

Siete años habían transcurrido. Reinhard, con el fin de atender a su educación, tuvo que abandonar la ciudad. A ese propósito Isabel no se figuraba que estaría algún tiempo sin verle. ¡Cuánto se alegró el día que él le dijo que, como hasta entonces, seguiría escribiendo cuentos para ella y que se los mandaría junto con las cartas destinadas a su madre! Pero debería escribir si le gustaban. El día de la marcha se aproximaba, y todavía algunas nuevas rimas fueron anotadas en el cuaderno de pergamino. Esto era un secreto sólo para Isabel, a pesar de que ella hubiese motivado todo el libro y la mayoría de las poesías, que habían ido llenando casi la mitad de las hojas en blanco de la libreta.

Junio había llegado y Reinhard debía partir al día siguiente. Ambos querían pasar juntos todavía un día de fiesta. Habíase organizado una excursión a uno de los bosques vecinos, a la que muchos fueron invitados. El viaje hasta la orilla del bosque, de casi una hora, se hizo en coche. Allí todo el mundo se apeó; fueron descargadas las cestas con la comida y se continuó a pie. Atravesaron un bosquecillo de pinos, donde la luz era tenue, el aire fresco y

el suelo estaba cubierto de pinaza. Después de andar cosa de media hora, salieron de la obscuridad del bosque y penetraron en otro mayor compuesto de hayas. Allí todo era verde y luminoso; un rayo de sol hendía el espeso follaje de cuando en cuando; una ardilla pasó sobre sus cabezas saltando de rama en rama... Detuviéronse en un lugar donde unas hayas muy viejas formaban con su ramaje una bóveda transparente. La madre de Isabel abrió una de las cestas y un viejo caballero se improvisó jefe de los víveres.

-¡Todos a mi alrededor, pajaritos!-exclamó-. Y tened muy presente lo que os voy a advertir. Para desayunar daré a cada uno dos bollos. La mantequilla se ha quedado en casa, de manera que tendréis que procuraros su sustituto. En el bosque hay fresas en abundancia, es decir, para quienes sepan encontrarlas. Los torpes deberán comer su pan completamente solo. En la vida, todas las cosas van así. ¿Me habéis comprendido?

-¡Sí! ¡Sí! -exclamaron a coro los jovencitos.

-Pues aun no he terminado -prosiguió el viejo caballero-. Nosotros, los que somos ya mayores, como hemos andado ya demasiado por el mundo, nos quedaremos en casa, o sea, aquí debajo de estos grandes árboles. Prepararemos las patatas, haremos el fuego y arreglaremos la mesa y cuando den las doce, los huevos ya estarán cocidos. Por todos estos trabajos deberéis entregarnos la mitad de las fresas que habréis recogido, a fin de que podamos servir los postres. Y ahora, marchad hacia oriente y occidente y tened juicio.

Todos los chicos hicieron con su semblante diferentes muecas.

-¡Alto! -gritó de nuevo el señor-. Se me había olvidado de advertiros que el que no encuentre fresas no viene obligado a entregarlas, claro está; pero, notadlo muy bien, tampoco recibirá nada de nosotros, los mayores. Ya os he explicado por hoy bastante buena doctrina. Si gracias a esta enseñanza lográis fresas, os haréis dignos desde hoy del trato de personas mayores.

La gente joven fue de la misma opinión y reuniéndose en parejas comenzaron a marcharse.

-Ven, Isabel -dijo Reinhard-, tú no comerás el pan solo. Yo conozco un sitio donde hay muchísimas fresas.

Isabel ató ambos lazos verdes de su sombrero de paja y se lo colgó del brazo.

-Entonces vamos -dijo-, pues ya tengo la cesta preparada.

Y penetraron en el bosque, siempre más adentro, atravesando la sombra húmeda y densa de los viejos árboles. Por encima de sus cabezas, allá, lejos, en los aires se oía la gritería de los halcones invisibles. Y fueron marchando a través de la maleza, tan espesa que Reinhard tenía que adelantarse para abrir paso, doblando aquí una rama y apartando más allá una zarza. De pronto oyó que le llamaban por su nombre. Volvióse.

-¡Reinhard! -gritaba Isabel-. ¡Espera un poco, Reinhard!

De momento no reparó en ella, pero luego la vio algo atrás luchando con unos matorrales. Su fina cabeza apenas sobresalía de unos helechos. Volvió atrás, y por entre la espesura que formaban las matas y malezas, la condujo a un lugar despejado donde la verdes mariposas volaban sobre las innumerables flores. Reinhard le apartó los cabellos humedecidos que le caían sobre el rostro acalorado. Quiso tomarle el sombrero de paja, pero aunque de momento no lo permitiera, luego accedió.

-Bueno, ¿dónde están tus fresas? -preguntó Isabel finalmente, después de un profundo respiro.

-Aquí deberían estar -replicó él-. Pero se ve que los sapos se nos han adelantado. O habrán sido las martas, o tal vez las hadas.

-Es verdad -dijo ella-. Aun hay aquí las hojas. Pero no me gusta que aquí hables de las hadas. Vamos, todavía no estoy cansada y podemos seguir buscando fresas.

Corría delante de ellos un pequeño arroyo y más allá continuaba el bosque. Reinhard levantó en sus brazos a Isabel y la pasó a la orilla opuesta, Poco después salían del bosque umbroso y se encontraban de nuevo en un paraje despejado.

-Aquí encontraremos fresas -dijo la muchacha-. Me parece que huele a algo dulce.

Buscando, atravesaron aquel lugar soleado, pero no hallaron ninguna.

-No -dijo Reinhard-, debe ser el aroma del brezo.

Encontraron una infinidad de frambuesas y cascarillos.

El fuerte aroma de los brezos, que cubrían con la hierba corta aquel sitio, llenaba el aire.

-Esto es muy solitario -dijo Isabel-. ¿Dónde estarán los demás?

Reinhard no había pensado en el regreso.

-Espera. Vamos a ver de dónde viene el viento.

Y levantó su mano. Pero no soplaba ningún viento.

-Calla -dijo Isabel-, me parece que oigo rumor de voces. Grita hacia allá.

Reinhard, formando cavidad con la mano, gritó repetidamente:

-¡Aquí! ¡Estamos aquí!

-Contestan -exclamó Isabel, batiendo las manos.

-No, nada. Era solamente el eco.

Isabel cogió de las manos a Reinhard.

-Tengo miedo -dijo.

-No seas tonta -repuso Reinhard-. Aquí se está muy bien. Siéntate allá a la sombra, junto a las matas. Podremos descansar unos momentos y luego ya daremos con ellos.

Sentose Isabel sobre el tronco de un haya inclinada, mientras aguzaba el oído atentamente hacia todos los lados. Unos pasos frente a ella, Reinhard había sentado asimismo sobre el tronco de un árbol y la miraba en silencio. El sol se hallaba precisamente sobre sus cabezas; hacía un ardoroso calor de mediodía. Unas pequeñas moscas brillantes, de color dorado y con irisaciones de azul metálico, atravesaban el aire agitando rápidamente las alas. Alrededor de ellos se percibía un suave vibrar y zumbiar, acompañado de cuando en cuando del chillido agudo de algún pájaro allá en el fondo del bosque.

-¿Oyes? -dijo Isabel-, una campana.

-¿Dónde? -preguntó Reinhard.

-Detrás de nosotros. ¿Oyes? Ya será mediodía.

-Entonces el pueblo está situado detrás de nosotros y si marchamos en esta dirección deberemos encontrar a los demás.

Volvieron hacia atrás. Pero desistieron de buscar fresas porque Isabel se sentía cansada. Por último llegó hasta ellos el rumor de las conversaciones y risas de los otros que ya estaban reunidos. Vieron un mantel blanco tendido en el suelo, que servía de mesa, y encima de él se amontonaban las fresas recogidas. El anciano llevaba una servilleta prendida del ojal y continuaba dirigiendo sus peroratas morales a los jóvenes, mientras cortaba un pedazo de carne asada.

-¡Allá vienen los rezagados! -exclamaron los jóvenes cuando vieron aparecer entre los árboles a Reinhard e Isabel.

-¡Aquí! -gritó el jefe improvisado-. ¡Pañuelos vacíos, sombrero vuelto! Vamos a ver lo que habéis encontrado.

-Hambre y sed -dijo Reinhard.

-Si no es más que eso -contestó el anciano- podéis conservarlo.- Y les mostró la fuente llena-. Ya sabéis lo convenido: no dar de comer a los perezosos...

Por último dejase ablandar por los ruegos de los demás y todo el mundo comió. Entretanto se oía el canto del tordo entre los enebros.

El día iba pasando... Reinhard había encontrado algo. No eran fresas, precisamente; pero había nacido en el bosque. Cuando llegó a su casa, tomó el cuaderno de pergamino y escribió en él:

Del monte allá en la falda
el viento enmudeció.
Debajo del ramaje
la niña descansó.

Se sienta sobre el musgo,
junto al tomillo en flor;
vuelan, zumbando, abejas
de muy raro color.

Mira la niña el bosque
con ojos de candor.
Sus rizos mueve el aire;
sus rizos besa el sol.

Canta un pájaro, lejos...
Yo tengo una visión:
del bosque ella es reina
que todo lo encantó.

.....

Ella no era tan sólo su amiga. Era, además, la expresión de todo lo amable y maravilloso de su vida creciente.

«Ella, desde el sendero...»

Se acercaba Navidad... Una tarde, Reinhard, junto con otros estudiantes, hallábase sentado a la mesa de roble de la bodega de la Casa del Concejo. Habían sido encendidas las lámparas, pues allá en el fondo oscurecía ya. Los clientes estaban reunidos en grupos escasos y los camareros se arrimaban perezosamente a las pilastras. En uno de los ángulos, cerca de la bóveda, estaban sentados un violinista y una muchacha que tocaba la cítara. En sus facciones había algo de gitano. Tenían los instrumentos sobre las rodillas y su mirada se perdía a lo lejos, sin participar en lo que les rodeaba.

En la mesa de los estudiantes, de una botella brotaba el champán.

-¡Bebe, mi querida gitanilla! -gritó un joven de aspecto aristocrático, mientras ofrecía un vaso lleno a la muchacha.

-No me apetece -dijo ella, sin variar de posición.

-¡Pues, canta, entonces! -exclamó el doncel y le tiró una moneda de plata.

La muchacha se pasó los dedos por la negra cabellera mientras el violinista le decía algo al oído. Luego echó la cabeza hacia atrás y apoyando la barbilla en la cítara, dijo:

-Yo no canto para ese.

Reinhard se levantó con la copa en la mano y se paró frente a la gitana.

-Quiero ver tus ojos.

-¿Qué te importan?

Reinhard la contemplaba con la mirada llameante.

-Ya lo sé, ¡son falsos!

La muchacha le miraba atentamente, con la mejilla apoyada en su mano flacucha. Reinhard levantó el vaso hasta la altura de su boca y exclamó:

-¡Por tus ojos bellos, por tus ojos pecadores!

Y bebió.

La gitana reía sacudiendo la cabeza, y dijo:

-Dame.

Y mirándole fijamente con sus ojos negros, bebió el resto del vaso con lentitud. Luego, a un acorde triple de su cítara, cantó con voz sentimental y apasionada:

¡Tan sólo un día fugaz vivir!

¡Ay! que mañana
no he de existir.

Soy, un instante
aún, para ti:
luego, muy sola,
debo morir.

El violinista, con rapidez, había iniciado el acompañamiento. Un recién llegado se unía al grupo.

-Te buscaba -dijo este último a Reinhard-. Ya habías salido de casa cuando llegó el Niño Jesús.

-¿El Niño Jesús? -preguntó Reinhard-. ¡Pero si ya no va más por mi casa!

-¡No digas tonterías! ¡Si toda la habitación huele a pino y a pasteles!

Reinhard dejó el vaso encima de la mesa y tomó su gorra.

-¿Adónde vas? -preguntó la muchacha.

-Ya volveré.

La gitana frunció las cejas.

-¡Quédate! -le dijo en voz baja y con mirada tierna.

Reinhard titubeaba.

-No puedo.

La muchacha le dio en broma con la punta del pie.

-¡Márchate! -exclamó-. No vales nada; todos juntos no valéis nada.

Y mientras ella se volvía de espaldas, Reinhard subía con calma la escalera de la bodega de la Casa del Concejo.

Allá fuera, en la calle, cerraba ya el crepúsculo. Reinhard sintió en su frente ardiente la caricia del aire fresco de invierno. Aquí y allá se veía, a través de los cristales de las ventanas, un árbol de Navidad ya iluminado; y de las casas llegaba el ruido de los pequeños pífanos y trompetillas de cobre, como también la gritería de los pequeñuelos. Grupos de niños mendigos iban de casa en casa, asomándose a las ventanas cerradas o encaramándose a las barandillas de las escaleras exteriores, con el fin de poder contemplar las magnificencias cuyo goce les era denegado. De cuando en cuando, súbitamente, se abría una de las puertas y una voz regañona, salida del resplandor interior, lograba alejar en la oscuridad de la callejuela a toda una bandada de semejantes huéspedes. Más allá se oía cómo desde el zaguán de la casa cantaban un antiguo villancico: eran unas voces claras de niñas. Pero Reinhard al pasar no las oía. Marchaba rápido de una calle hacia otra.

Cuando llegó a su casa había oscurecido totalmente. Tropezando con sus propias piernas, subió la escalera y penetró en su habitación. Un olor a dulce le sorprendió. Sin saber cómo, recordaba su hogar. Rememoraba el olor de su casa, con su madre, en Nochebuena. Con mano temblorosa encendió una lámpara. Vio un paquete muy voluminoso encima de su mesa, y cuando lo abrió, aparecieron aquellos pasteles de Navidad, que tanto conocía. En uno de ellos estaban las iniciales de su nombre, dibujadas con azúcar. Esto tan sólo podía haberlo hecho Isabel. Apareció luego ropa blanca bordada; paños y pañuelos y, por último, unas cartas de su madre y de Isabel. Reinhard comenzó por abrir esta última. Decía Isabel:

«Las iniciales de azúcar que contiene el pastel, bastarán para indicarte quién ha ayudado a prepararlo. Esta misma persona ha bordado también los puños. Nuestra Nochebuena será muy silenciosa. Mi madre hasta las nueve y media no abandona el torno de hilar. Pero este invierno, en que tú no estarás, nos sentiremos muy solas. El domingo último murió el pequeño pardillo que tú me regalaste. Yo lloré mucho, aunque ya lo temía. Cantaba todas las tardes cuando el sol se reflejaba sobre su pajarera. Mi madre cubría la jaula con un pañuelo, cuando cantaba con todas sus fuerzas, para obligarle a callar. Ahora en mi cuarto todo está más quieto y silencioso. Tu viejo amigo Erich nos visita de cuando en cuando. ¿Recuerdas lo que dijiste un día, que parecía un abrigo marrón? Yo siempre me acuerdo, y cuando entra por la puerta me vienen unas grandes ganas de reír. No lo digas a mi madre, porque se enfadaría mucho. ¿Aciertas lo que he regalado a tu madre por Navidad? ¿No lo adivinas? Pues, yo misma. Erich hizo mi retrato al lápiz carbón. Tres veces he tenido que permanecer sentada delante de él casi una hora. No me gustaba que el muchacho forastero aprendiese tan de memoria mis facciones. Pero mi madre lo ha querido, contra mi voluntad. Decía que con ello causaría un gran contento a la señora Werner.

»En cambio tú no cumples tu palabra, Reinhard. No me has enviado ningún cuento. Muchas veces me he quejado a tu madre, quien dice siempre que ahora tienes cosas más importantes que hacer, y no tales niñerías. Pero yo no soy de esta opinión. Sin duda debe ocurrir alguna otra cosa.»

Reinhard leyó después la misiva de su madre. Y cuando hubo leído ambas cartas, después de haberlas doblado lentamente, le entró una nostalgia aguda y dolorosa. Estuvo paseándose largo rato por la habitación. Hablaba en voz baja y como para sí mismo:

Me había extraviado,
cansado y abatido...
Ella, desde el sendero
me señaló el camino.

Luego fue a su mesa, tomó dinero y salió de nuevo a la calle.

Allá fuera todo estaba más silencioso. Los árboles de Navidad habían ido apagándose y el barullo de los pequeñuelos había cesado... El viento barría las calles solitarias y desiertas. Viejos y jóvenes se hallaban reunidos en sus respectivas casas. Comenzaba la segunda mitad de la Nochebuena.

Cuando Reinhard se encontró en las proximidades de la bodega de la Casa del Concejo, oyó el sonido del violín y el canto de la muchacha de la cítara. Al llegar junto a la puerta de la bodega, vio subir una sombra vacilante por la mal iluminada escalera. Reinhard alcanzó las casas vecinas y pasó rápidamente de largo. Poco después llegaba frente a la tienda muy iluminada de una joyería. Después de adquirir una pequeña cruz de coral volvióse por el mismo camino de antes.

No lejos de su casa vio a una niña mal envuelta en harapos. Estaba junto a la puerta de una casa, tratando inútilmente de abrirla.

-¿Quieres que te ayude? -le preguntó.

La niña no contestó, pero hizo sonar la campanilla. Mientras tanto él había abierto la puerta.

-No llames -le dijo-. Te echarán afuera. Ven conmigo. Te daré pasteles de Navidad.

Volvió a cerrar la puerta y tomando por la mano a la niña, fuéronse ambos, silenciosamente, hacia su casa.

Antes, al salir, se había olvidado la lámpara encendida.

-Aquí tienes los pasteles -y colocó la mitad, de aquel tesoro en su delantal; pero no le dio ninguno de los que llevaban sus iniciales dibujadas con azúcar.

-Vete a tu casa y da también a tu madre.

La niña levantó hasta él su tímida mirada. Parecía poco habituada a tal afabilidad y no sabía cómo corresponder a la misma. Luego, escapose como un pajarillo escalera abajo, hacia su morada.

Reinhard avivó el fuego de la estufa y colocó sobre la mesa el tintero polvoriento. Sentose luego, y estuvo toda la noche escribiendo, escribiendo cartas a su madre y a Isabel. El resto de los pasteles de Navidad se hallaba intacto a su vera, pero los puños que bordara Isabel distinguíanse maravillosamente sobre su jubón. Hallábase todavía sentado a la mesa, cuando aparecieron en los helados cristales de la ventana los primeros resplandores del sol de invierno... El espejo reflejó entonces un semblante pálido, grave...

En casa

Cuando llegó Pascua de Resurrección, Reinhard marchó a su casa para pasar aquellas cortas vacaciones al lado de los suyos. A la mañana siguiente de su llegada fue a ver a Isabel.

-¡Qué alta eres!-exclamó él al ver acercarse a la muchacha, delgada y sonriente.

Ella ruborizose, pero no contestó nada. Procuraba retirar suavemente la mano que, al saludarse, él le había tomado. Reinhard la miraba indeciso, como antes no lo hubiera hecho. Era como si apareciese entre ambos algo extraño... Lo mismo ocurría después, cuando ya llevaba allí varios días. Si permanecían solos, se producían unas pausas largas y dolorosas, que él se esforzaba en dominar con ansiedad. A fin de poder establecer una conversación fija y duradera, comenzó por instruir a Isabel en el estudio de la botánica, disciplina en la que él se había ocupado intensamente en los primeros meses de su ingreso en la Universidad. Isabel, que por hábito le seguía en todo y además le gustaba aprender de él,

estudiaba con mucha complacencia. Durante la semana efectuaban varias excursiones por el campo o por los eriales vecinos; a mediodía regresaban a casa con la caja de botánico repleta de flores y plantas, y unas horas más tarde volvía Reinhard para clasificar aquéllas en compañía de Isabel.

Con esa intención entró una tarde en el cuartito de su amiga. Isabel se hallaba junto a la ventana, ocupada en una jaula dorada a la que él todavía no había visto. En su interior había un canario que, chirriando y batiendo las alas, trataba de picotear el dedo de Isabel. En aquella misma jaula había estado en otro tiempo el pajarillo regalado por Reinhard.

-¿Es que mi pobre pardillo se ha transformado, después de su muerte, en un pájaro dorado? preguntole Reinhard alegremente.

-Eso sí que no suelen hacerlo los pardillos -dijo interviniendo la madre, que hilaba sentada en su sillón-. El amigo Erich lo trajo de su finca este mediodía. Lo ha regalado a Isabel.

-¿De qué finca?

-¿No está enterado?

-Pues, ¿qué?

-Que Erich, desde hace un mes, trabaja en la segunda finca de su padre, en el lago de Immen.

-Pero ustedes no me habían dicho nada de ello.

-¡Toma! -dijo la madre-. Tampoco usted nos ha preguntado ni una sola vez por su amigo. Es un joven muy juicioso y amable.

Salió la madre para preparar el café. Isabel se había vuelto de espaldas a Reinhard y se entretenía arreglando la jaula.

-¿Quieres esperar un poco? -dijo-. Pronto habré terminado.

Pero, como Reinhard, contrariamente a su manera de ser, nada contestara, Isabel se volvió para mirarle. Y vio en sus ojos una fugaz expresión de dolor, que hasta entonces no había percibido.

-¿Qué te pasa, Reinhard? -le preguntó acercándose a su lado.

-¿A mí? -respondió él, como aturdido, mientras sus ojos soñadores reposaban en los suyos.

-Tienes un aspecto muy triste.

-Isabel -dijo él- no puedo sufrir este pájaro amarillo.

Ella le miró extrañada; no comprendía lo que quería significar con ello.

-Eres muy raro -replicó Isabel.

Le cogió él ambas manos, que Isabel abandonó tranquilamente entre las suyas. Muy pronto, volvió a entrar la madre. Ésta, después de haber tomado su café, se sentó de nuevo junto al torno de hilar.

Isabel y Reinhard pasaron a una habitación contigua para ordenar sus plantas. Comenzaron por contar estambres; luego, extendieron las flores y las plantas, colocando dos ejemplares de cada clase entre las hojas de un gran libro para que se secaran. Era una tarde muy soleada; reinaba un gran silencio. Tan sólo en el cuarto vecino se oía el ruido del torno de la madre. De cuando en cuando se percibía también la voz, reprimida, de Reinhard, indicando las clases de las plantas para su catalogación, o bien corrigiendo a Isabel la mala pronunciación de sus nombres latinos.

-Me falta el lirio del valle, del otro día -dijo Isabel al terminar.

Reinhard sacó del bolsillo un cuaderno de pergamino blanco.

-Aquí tienes un lirio del valle para ti -dijo, mientras le entregaba la flor casi seca.

Entonces Isabel advirtió que en el cuaderno había páginas enteras manuscritas. Preguntó:

-¿Has vuelto de nuevo a escribir cuentos?

-No son cuentos -contestó, y le alargó el libro.

Eran simplemente poesías, la mayoría de las cuales llenaban una página. Isabel iba volviendo las hojas. Parecía leer solamente los títulos de aquéllas. «Cuando el maestro la riñó», «Cuando se perdió en el bosque», «Leyenda de Pascua», «Cuando me escribió por vez primera» y las restantes por el estilo. Reinhard que la escudriñaba a medida que iba hojeando el libro, vio cómo por último se sonrojaba tiernamente, llegando poco a poco a ruborizarse su rostro por completo. Deseaba ver sus ojos, pero no le miró, sino que por fin le devolvió, silenciosa, el libro.

-No me lo devuelvas así -dijo Reinhard.

Isabel tomó entonces un tallo de la caja de hojalata.

-Quiero colocar aquí tu planta preferida -díjole poniendo el libro en sus manos.

Por fin llegó el último día de las vacaciones y la mañana de la partida. A su ruego, obtuvo Isabel de su madre el permiso para acompañar a su amigo hasta la diligencia, cuya

parada estaba situada unas pocas calles más allá de su casa. Desde la puerta de la casa de Isabel, Reinhard le ofreció el brazo y así marchó junto a la esbelta muchacha. A medida que iban acercándose al punto de su destino, sentía él que tenía necesidad de comunicarle algo... algo de lo que dependía todo el valor y todo el encanto de su futura existencia; y, sin embargo, no podía traducirlo en palabras. Como asustado, iba andando cada vez más lentamente.

-Llegarás tarde -dijo la muchacha-; mira que ya han dado las diez en la torre de Santa María.

A pesar de ello, Reinhard no aceleró el paso. Balbuceando pudo decirle por último.

-Isabel, ahora estarás dos años sin verme... Pero ¿me querrás como ahora, cuando vuelva?

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza y le miró afablemente...

-A menudo he salido en defensa tuya -dijo Isabel después de una pausa.

-¿En defensa mía? ¿Y contra quién has tenido necesidad de tal cosa?

-Cerca de mi madre. Anoche, después de haberte marchado, estuvimos hablando largo rato de ti. Ella cree que tú ya no eres tan bueno como antes.

Reinhard calló unos momentos. Luego tomó en la suya su mano y, mientras miraba gravemente sus ojos infantiles, le dijo:

-¡Puedes creer que hoy soy tan bueno como lo era antes! ¿Lo crees, tú, Isabel?

-¡Sí! -le contestó.

Después soltó su mano y marcharon ambos rápidamente por la última de las calles. A medida que se acercaba el momento de la despedida, tanto más alegre se ponía el semblante de Reinhard... Para Isabel el tiempo corría demasiado veloz.

-¿Qué te pasa, Reinhard? -le preguntó.

-Guardo un secreto; ¡un hermoso secreto! -le contestó mirándola con ojos brillantes-. Cuando regrese dentro de dos años te lo podré revelar.

Mientras tanto habían llegado al sitio donde estaba parado el coche. Todavía faltaba algún tiempo. Reinhard volvió a tomar su mano.

-¡Adiós! -dijo él-. ¡Adiós, Isabel! ¡No me olvides!

La muchacha movió la cabeza.

-¡Adiós! -contestó.

Reinhard subió al vehículo y el coche partió.

Cuando la diligencia dobló la esquina, todavía Reinhard pudo ver el rostro querido de Isabel que regresaba lentamente hacia su casa.

Una carta

Dos años después, Reinhard se hallaba sentado frente a su lámpara, entre libros y papeles, en espera de un amigo con el que seguían idénticos estudios, cuando oyó los pasos de alguien que subía la escalera.

-Adelante.

Era el ama de la casa.

-Una carta para usted, señor Werner -dijo. Y se marchó de nuevo.

Desde que había regresado de su casa, Reinhard no había escrito a Isabel y tampoco había recibido ninguna noticia de ella. Vio por el sobre que la letra era de su madre. Reinhard abrió el pliego y leyó lo siguiente:

«A mi edad, querido hijo, cada año tiene su propia fisonomía. Pero la juventud se resiste a declararse derrotada. Algo aquí también ha cambiado, que, según presumo te causará pena. Erich por fin ha obtenido el consentimiento de Isabel, al que pretendió inútilmente por dos veces durante el último trimestre. La joven venía difiriendo su contestación sin decidirse, hasta que por último ha accedido. Es todavía tan joven... Hay el propósito de que la boda se celebre en breve. La madre irá a vivir con ellos.»

El lago de Immen

De nuevo habían pasado los años... Una tarde suave de primavera, descendía por un camino del bosque un joven de aspecto sano y rostro tostado por el sol. Con sus ojos negros y graves miraba con vivo interés hacia la lejanía, como si esperara ansioso un súbito cambio del camino que seguía. En dirección contraria a la suya apareció por fin una carreta, moviéndose lentamente.

-¡Eh, amigo! -gritó el caminante al hombre que marchaba junto al carro- ¿voy bien por este camino para ir al lago de Immen?

-Siempre seguido -contestó el hombre, moviendo con la mano su sombrero.

-¿Tardaré mucho en llegar?

-No está muy lejos. Antes de fumar media pipa de tabaco ya habrá alcanzado el lago. Junto al mismo está la casa de los señores.

Siguió el campesino adelante. El otro marchó presuroso por debajo de los árboles. Un cuarto de hora después cesó repentinamente la sombra. Continuaba el camino por una cuesta de la que apenas sobresalían las cimas de centenarias encinas. Más allá se extendía un paisaje soleado. En el fondo veíase el lago, quieto, con sus aguas de color azul oscuro, rodeado casi completamente por los bosques que el sol acariciaba y que sólo en un punto se abrían, ofreciendo una lejana perspectiva, que ceñían los montes azulados, Delante de él y en medio de la fronda de los verdes bosques, aparecía algo como nevado; eran los frutales en flor. Allá en la ribera superior se alzaba la casa señorial, con su tejado rojizo. Una cigüeña levantó el vuelo desde la chimenea y durante un tiempo estuvo trazando círculos por encima de las aguas...

-¡Lago de Immen! -exclamó el viajero.

Parecía como si hubiese alcanzado el término de su viaje, pues habíase quedado inmóvil y, por encima del espesor de los árboles, miraba hacia abajo, hacia la orilla opuesta, allí donde las aguas reflejaban la movediza imagen de la casa. De repente volvió a emprender el camino.

Este descendía por la ladera del monte, cortado casi a pico, de modo que los árboles ofrecían de nuevo su sombra, pero al propio tiempo ocultaban la vista del lago, el cual sólo se veía fulgar de cuando en cuando a través del ramaje. Luego, volvió a subir suavemente y cesó el bosque, a derecha y a izquierda. En su lugar se extendían los viñedos a ambos lados del camino. Junto al mismo había los frutales en flor, llenos de abejas zumbadoras. Un hombre, de aspecto gallardo, que nevaba un pardo gabán, venía a su encuentro. Al llegar a cierta distancia tiró al aire su gorra y gritó con clara voz:

-¡Bienvenido, bienvenido, hermano Reinhard, al lago de Immen!

-¡Dios te guarde, Erich! Y muchas gracias por tu bienvenida -contestó el otro.

Ambos se habían ya encontrado y se aprestaban las manos jubilosamente.

-Pero, ¿es posible que seas tú? -dijo Erich al contemplar el grave rostro de su antiguo compañero de colegio.

-¡Claro que lo soy, Erich! Y tú también. Únicamente que tienes un aspecto, ¿cómo te diré?, más alegre que antes.

Después de estas palabras, y luego de una sonrisa de satisfacción, se volvieron aún más alegres las facciones de Erich.

-Sí, hermano Reinhard -dijo alargándole de nuevo la mano-, pero... es como si me hubiese tocado un gran premio de la lotería; bien lo sabes tú.

Luego, frotándose las manos, dijo muy contento:

-¡Qué gran sorpresa! Esto sí que no lo espera. Nunca lo habría imaginado.

-¿Una sorpresa? -preguntó Reinhard-. ¿Para quién, pues?

-Para Isabel.

-¡Isabel! ¿Es que no le has comunicado mi visita?

-Ni una sola palabra, hermano Reinhard. No piensa en ti; ni su madre tampoco. Te he escrito reservadamente, a fin de que su alegría fuese mayor. Tú ya sabes que yo he guardado siempre mis propósitos algo reservados.

Reinhard habíase quedado pensativo; su respiración se hacía cada vez más difícil a medida que se acercaba a la casa. Las viñas ya quedaban atrás. El camino pasaba junto a una huerta que se extendía hasta la misma orilla del lago. Una cigüeña había descendido del cielo y se paseaba con gravedad ridícula por entre los bancales del huerto.

-¡Hola! -gritó Erich, batiendo las manos-.

¡Allá va el bípedo egipcio devorando otra vez mis guisantes!

El ave levantó pesadamente el vuelo y fue a situarse en el tejado de un edificio de reciente construcción, situado en uno de los extremos de la huerta, cuyos muros se cubrían de albaricoques y melocotones, con las ramas sujetas a la pared.

-Esta es la fábrica de vinagre -dijo Erich hace unos dos años que la instalé. La casa para los colonos la mandó construir mi difunto padre. La vivienda data ya de mi abuelo. De modo que siempre progresamos algo.

Así hablando, habían llegado a un amplio terreno, despejado, limitado por la casa de los colonos y por la de los dueños, situada al fondo, cuyas alas estaban cercadas por el alto muro de un jardín. Por encima de éste sobresalían los ramajes en flor y espesas masas de hiedra. Varios hombres, con el rostro acalorado y sudorosos por el trabajo, atravesaban aquel lugar, saludando a ambos amigos. Al pasar, Erich les llamaba a cada uno, ya para hacerles algún encargo o bien para consultarles acerca de su trabajo.

Habían llegado junto a la casa. Entraron en un ancho y fresco zaguán, en cuyo extremo y a mano izquierda embocaron hacia un pasillo algo obscuro. Erich abrió una puerta y ambos penetraron en una espaciosa sala que daba al jardín, cuyo follaje apretujándose sobre las ventanas daba a la pieza una verde oscuridad. Entre las ventanas había una puerta con los dos batientes abiertos, dejando entrar libremente el sol primaveral y ofreciendo una anchurosa vista del jardín, con sus platabandas de llores y sus altos muros de verdura, que

dividía un ancho camino a cuyo extremo se podía ver el lago y, más allá, los bosques. Cuando los dos amigos entraron, la corriente de aire llevó hasta ellos un torrente de aromas y perfumes.

En una terraza, delante de la puerta del jardín, estaba sentada una blanca figura femenina. Levantándose, fue al encuentro de los recién llegados, pero a la mitad de su camino detúvose, inmóvil, mirando fijamente al forastero.

-¡Reinhard! -exclamó Isabel-, ¡Reinhard! Dios mío ¿eres tú? Hace tanto tiempo que no nos hemos visto...

-Mucho tiempo -dijo él. Y ya no pudo añadir nada más, pues cuando oyó su voz sintió un dolor suave en el corazón, y al contemplarla vio delante de él la misma figura, tierna y ligera, a la que años atrás había dicho «¡adiós!» allá en su pueblo natal...

Erich permanecía radiante de alegría junto a la puerta.

-Pues, ¿qué, Isabel? -dijo él-. ¿Verdad que nunca hubieras esperado esto?

Isabel, mirándole con afecto, dijo:

-¡Eres tan bueno, Erich!

Y tomándole su delgada mano, le dijo cariñosamente:

-Y puesto que le tenemos entre nosotros, no le dejaremos marchar tan fácilmente. Como ha rondado tanto tiempo por allá fuera, le domesticaremos de nuevo. Mira solamente qué aspecto tan extraño y noble tiene a la vez.

Una tímida mirada de Isabel recorrió el rostro de Reinhard.

-Mucho ha cambiado durante el tiempo que no hemos estado juntos -replicó.

En aquel instante entró la madre, con un llavero en la mano.

-¡Señor Werner! -dijo al reparar en Reinhard-. Vamos, un huésped tan querido como inesperado...

Y así fue continuando la conversación, haciéndose mutuamente preguntas y dándose respuestas. Sentáronse las señoras a sus labores y, mientras Reinhard saboreaba el refresco que para él habían preparado, Erich, después de encender su pipa de espuma de mar, se sentó a su lado echando humo y charlando.

Al día siguiente, Reinhard tuvo que salir con él para visitar las tierras de labor, las viñas, los criaderos de lúpulo, la fábrica de vinagre. Todo se hallaba: muy bien instalado; tanto los hombres que trabajan en el campo, como los que laboraban junto a las calderas, todos tenían un aspecto sano y alegre. Al mediodía se reunió la familia en el pabellón del jardín y

el resto de la jornada lo pasaron más o menos juntos, según las obligaciones de los dueños de la casa. La hora anterior a la cena, como la que antes había precedido a la comida, la pasó Reinhard trabajando en su aposento. Desde hacía años había ido reuniendo las leyendas y canciones que el pueblo conservaba vivas; y se ocupaba ahora en ordenar su tesoro, ampliándolo con apuntes y notas relativas a aquella comarca... Isabel era siempre amable y apacible; las atenciones en todo momento iguales de Erich las admitía ella con casi humilde reconocimiento, y Reinhard pensaba cómo la muchacha alegre de su infancia había dejado paso a una mujer más silenciosa.

Desde el segundo día de su estancia allí, procuraba Reinhard dar, al anochecer, un paseo por la ribera del lago. El camino, algo penoso, pasaba junto al jardín y al final del mismo, en un bastión que sobresalía, se encontraba un banco debajo de unos grandes tilos. La madre le había dado el nombre de «banco del atardecer», porque estando situado de cara a poniente y por la razón de que se podían admirar las puestas de sol, era por la tarde cuando se utilizaba...

A la caída de una tarde, Reinhard se encaminaba hacia aquel lugar, cuando le sorprendió la lluvia. Buscó protección debajo de uno de los tilos situados al borde de las aguas; pero las gruesas gotas de la lluvia pronto atravesaron el follaje. Calado como estaba, comenzó a marchar con resignación y sin apresurarse por el camino de regreso. Estaba casi oscuro y la lluvia continuaba cada vez más espesa. A medida que iba acercándose al llamado «banco del atardecer» parecióle distinguir entre las ramas de un abedul una blanca figura femenina. Estaba inmóvil y, según creyó a medida que se aproximaba, vuelta hacia él. Parecía como si estuviera esperando a alguien. Creyó que era Isabel. Pero al acelerar el paso para alcanzarla y poder regresar juntos a la casa a través del jardín, volvióse ella pausadamente y desapareció por una de las sombrías avenidas laterales. Estaba casi enfadado con Isabel y al propio tiempo dudaba de si había sido ella, aunque no se atrevía a preguntárselo. Así, a la llegada, no se presentó en el pabellón, tan sólo para no ver entrar tal vez a Isabel por la puerta que daba al jardín.

«Fue mi madre quien lo quiso»

Unos días más tarde, al anochecer, se encontraba reunida, como de costumbre, toda la familia en el pabellón del jardín. Las puertas estaban abiertas. El sol había traspuesto ya los bosques de más allá del lago.

Todos, con insistencia, requerían a Reinhard para que les comunicase unas canciones populares, que por la tarde había recibido de un amigo que residía en aquella comarca. Fue Reinhard a su habitación, y poco después regresó con un rollo de papeles, compuesto, al parecer, de hojas sueltas pulcramente manuscritas.

Sentáronse alrededor de la mesa, Isabel al lado de Reinhard.

-Tendré que leerlo a primera vista -dijo él -pues todavía no he tenido tiempo de mirarlo.

Isabel desenrolló el manuscrito.

-¡Aquí hay solfas! -dijo-. ¿Nos las cantarás, Reinhard?

Comenzó éste por leer unas canciones del Tirol; y a medida que las iba leyendo, entonaba a media voz, de cuando en cuando, la alegre melodía. Todos iban animándose.

-Pero ¿quién ha compuesto estas bellas canciones? -preguntó Isabel.

-Vamos -replicó Erich-, eso lo revela ya el mismo argumento de cada una. Sin duda se trata de sastres y barberos ambulantes y gente alegre por el estilo.

-Estas canciones no se componen -dijo Reinhard-. Nacen como caídas del cielo, y vuelan sobre el país como esas hilachas de los insectos, de aquí para allá, y quedan prendidas en mil parajes. Nuestras cuitas y nuestros trabajos los hallamos reproducidos en estas canciones. Es como si nosotros mismos hubiésemos colaborado en su formación.

Volvió la hoja.

-«Estaba en un alto monte...»

-¡Ésta ya la conozco! -exclamó Isabel-. Entona un poco, Reinhard, y yo te acompañaré.

Y ambos cantaron aquella melodía tan misteriosa, que parece imposible haya sido compuesta por los hombres. Isabel, con aquella su voz de contralto algo apagada, iba secundando al tenor.

La madre, mientras tanto, seguía cosiendo, abstraída en su labor. Erich, con las manos cruzadas, escuchaba devotamente. Cuando terminaron la canción, Reinhard dejó, silenciosamente, la hoja aparte... Desde la ribera del lago subía, a través del silencio del crepúsculo, el sonido de las esquilas de los rebaños. Ellos las escuchaban inconscientes. De pronto se dejó oír la clara voz de un muchacho que cantaba:

«Estaba en un alto monte
para el valle contemplar...»

Reinhard se sonrió.

-¿Lo habéis oído? -dijo-. Así pasa de boca en boca.

-Esto lo cantan con frecuencia en esta región -dijo Isabel.

-Sí -repuso Erich-, es el zagal que conduce el rebaño a los corrales.

-Esas melodías tienen algo de primitivo -dijo Reinhard-. Dios sabe quién las habrá compuesto. Tomó otra hoja.

Había oscurecido más; las sombras eran más densas y oscuras. Una claridad de color escarlata continuaba por encima de los bosques, hacia la parte de poniente, más allá del lago.

Reinhard desdobló el papel. Isabel puso su mano encima y miró su contenido. Luego Reinhard leyó lo siguiente:

Fue mi madre quien lo quiso.

Yo no la quise dejar.
Lo que antes era mío
lo tuve que abandonar.
Mi corazón resistía,
se fue a su madre a llorar:
-Madre, qué daño me causas,
puesto que haces tornar
pecado lo que era bueno.
¡De mí no sé qué será!
¡Adiós los gozos y dichas,
ya no volveréis jamás!
Volaron las ilusiones...
¡Ay! si pudiera vagar
errante, por los caminos,
mendigando el duro pan.

Mientras Reinhard leía, iba cobrando el papel un casi imperceptible temblor. Cuando hubo terminado, apartó Isabel suavemente su silla y marchose silenciosa al jardín. Su madre la siguió con la mirada. Erich iba a salir detrás suyo, pero la madre le dijo:

-Creo que Isabel tiene algo que hacer allí fuera.

La noche se extendía paulatinamente sobre el jardín y el lago. Las mariposas nocturnas entraban por la puerta abierta con vuelo incierto, y con mayor fuerza cada vez penetraba asimismo el fuerte aroma de las plantas y de las flores. Subía del borde de las aguas el croar de las ranas; repentinamente, junto a una de las ventanas del pabellón comenzó a cantar un ruiseñor; otro le contestó, allá lejos, desde el jardín; la luna se mostró entre los árboles..

Reinhard miró unos momentos hacia el camino del jardín, por donde había desaparecido la figura de Isabel. Después, reuniendo todos sus manuscritos, saludó a los allí presentes y se fue, a través de la casa, hacia el lago.

Los bosques estaban silenciosos y su masa oscura se reflejaba en las aguas, en cuyo centro el resplandor de la luna mecíase pesadamente. De vez en cuando, a través de la fronda, se oía un ligero susurro, que no era el viento, sino el respirar de la noche estival. A cierta distancia se distinguían los lirios de agua. Súbitamente, le entró el deseo de verlos más de cerca y, quitándose las ropas, penetró en el agua. El suelo era muy llano, y las plantas y las piedras agudas le causaban un fuerte dolor en los pies. No encontraba la profundidad suficiente para poder nadar. De pronto, desapareció el fondo a sus pies;

pasaron las aguas en remolino sobre su cabeza, tardando un tiempo en poder subir a la superficie. Movi6 pies y manos, nadando y dando vueltas, hasta que se dio cuenta del sitio donde se encontraba. Por fin vio nuevamente el lirio, solo, en medio de sus hojas brillantes... Nad6 hacia 6l y cada vez que sus brazos salían de las aguas, las gotas que caían centelleaban a la luz de la luna. A pesar de sus esfuerzos, el espacio que le separaba de la flor parecía ser siempre el mismo. Solamente cuando volvía la cabeza y miraba la orilla incierta del lago, la veía cada vez más lejana y envuelta en los tenues vapores nocturnos. Resistiéndose a abandonar la empresa, nadaba siempre con más brío en la misma dirección. Por fin llegó tan cerca de la flor, que ya distinguía claramente resplandecer a la luz de la luna sus hojas plateadas; pero al propio tiempo se sentía como prendido en una red, pues los tersos tallos de las plantas que había en el fondo alargábanse y se extendían sobre sus miembros desnudos. Aquellas aguas desconocidas cerrábanse sombríamente en torno suyo. De pronto, le asaltó en aquel extraño elemento un raro temor, y arrancándose con violencia del espesor de las plantas acuáticas, emprendió, rápido y jadeante, el retorno a la ribera. Cuando desde aquí miró nuevamente hacia el centro de las aguas, volvió a ver, como antes, el lirio lejano y solitario en medio de la sombría profundidad...

Vistiose de nuevo y regresó a la casa. Al llegar al jardín, entró en el pabellón, donde se encontraban Erich y la madre de Isabel ocupados en los

preparativos de un pequeño viaje de negocios para el día siguiente.

-¿Dónde ha estado usted hasta tan tarde en la noche? -le preguntó la señora.

-¿Yo? -dijo-. Pues, he visitado el lirio de las aguas, pero, a pesar de todo el trabajo que me he tomado, no he podido con él.

-Eso sí que es incomprendible -exclamó Erich-. ¿Es que te importa mucho tal vez esa flor?

-Antes ya la había visto -dijo Reinhard pero de ello hace mucho tiempo.

Isabel

A la tarde del día siguiente, Reinhard e Isabel paseaban por la parte del lago, ya a través del bosque, ya por la elevada orilla. Erich había recomendado a Isabel que durante su ausencia y la de su madre diese a conocer a Reinhard los parajes más bellos de las riberas del lago, hasta los más apartados que se encontraban por la parte de la casa de los colonos. Juntos iban de un sitio a otro. Fatigada de tanto andar, Isabel sentóse sobre la rama baja de un árbol en un sitio sombreado. Enfrente estaba Reinhard, apoyado en el tronco de un árbol añoso. Allá en el fondo del bosque oíase el canto de los pájaros. Recordaron aquella escena, como si ya la hubiesen vivido antes. Isabel le miraba sonriendo misteriosamente.

-¿Vamos a buscar fresas? -preguntó él.

-Ha pasado el tiempo ya -repuso Isabel.

-Pronto volverá.

Isabel sacudió la cabeza. Luego se levantó y prosiguieron el paseo; y como ella iba a su lado, él le dirigía constantemente la mirada, contemplando su paso ligero, alado, como si sus pies no rozasen el suelo. Con frecuencia y sin querer, se retrasaba unos pasos para admirarla mejor. Llegaron a un lugar despejado, desde el que se abría una ancha perspectiva sobre el paisaje. Reinhard, inclinado, cogió algo de entre las hierbas. Cuando se levantó, su rostro tenía marcada la expresión de un dolor apasionado.

-¿Conoces esta flor? -le preguntó.

Isabel la examinó y dijo:

-Es la flor del brezo. A menudo la he encontrado en el bosque.

-Tengo en mi casa -continuó él -un viejo libro, en el que solía anotar toda clase de rimas y canciones. Eso era en otros tiempos. Ahora hace muchos años que no lo hago... Entre las páginas de aquel libro se encuentra también una flor como ésta, pero está ya marchita. ¿Sabes tú quién me la dio?

Isabel inclinó la cabeza, silenciosa; y bajando los ojos miró la planta que él tenía en su mano. Cuando de nuevo levantó las pupilas, Reinhard vio que las tenía bañadas de lágrimas.

-Isabel -dijo-, detrás de aquellos montes lejanos está nuestra juventud. ¿Dónde ha quedado?

Dejaron de hablar. Callados, uno junto al otro, bajaron en dirección al lago. El aire era pesado, caluroso. Por la parte de poniente se alzaban unos negros nubarrones.

-Tendremos tormenta -dijo Isabel, apresurando el paso.

Reinhard asintió en silencio con la cabeza y fuéronse rápidamente por la orilla hasta llegar al bote que les esperaba.

Durante la travesía, Isabel mantenía la mano apoyada en el borde de la barca. Él remaba y la miraba. Ella contemplaba la lejanía. Detúvose la mirada de Reinhard en la mano que apoyaba en el borde, y esta mano, pálida, le reveló todo lo que su rostro callaba. Vio en ella aquellos rasgos finos de secreto dolor, que tan bien saben calmar las manos femeninas, cuando por la noche se posan sobre un corazón enfermo... Isabel llegó a sentir aquella mirada sobre su mano y entonces la dejó deslizar suavemente hasta las mismas aguas.

Al llegar a la casa vieron frente a su puerta la muela de un afilador ambulante. Un hombre moreno, de negros rizos, estaba atareado junto a la rueda cantando entre dientes una canción cingara. Un perro atado a la rueda estaba tumbado al sol, jadeando. En el

zaguán una muchacha envuelta en harapos, de hermosos y azorados ojos, alargaba su mano a Isabel pidiéndole una limosna.

Reinhard metió su mano en el bolsillo, pero Isabel adelantose y vació presurosa todo el contenido de su bolso en la mano abierta de la mendiga. Luego volviose precipitadamente y Reinhard oyó cómo subía la escalera sollozando.

Un instante pensó en retenerla, pero luego desistió de ello y se quedó junto a la escalera. La mendiga continuaba en el zaguán, inmóvil, con la limosna recibida en la mano.

-¿Qué esperas todavía? -le preguntó Reinhard.

La muchacha se sobresaltó.

-Nada, señor -dijo.

Después se fue lentamente hacia la puerta, volviendo la cabeza y mirándole con ojos extraviados. Él pronunció un nombre, pero la mendiga no le oyó. Con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, marchaba hacia el patio:

«luego muy sola
debo morir...»

Una vieja canción le zumbaba en los oídos, mientras él contenía el aliento. Un instante después, volviéndose, se fue a su aposento. Se puso a trabajar, pero sus ideas no fluían. Lo intentó casi durante una hora, mas en vano. Luego, bajó al salón de la casa. Nadie estaba allí; reinaba una semiobscuridad; en la mesa de costura de Isabel había una cinta encarnada, que llevaba puesta esa tarde. La tomó Reinhard, pero como le causara cierto dolor, volvió a dejarla donde se encontraba antes. Estaba inquieto. Fuese hacia el lago y desamarró el bote. Remando, remando, recorrió repetidas veces el mismo camino que había hecho con Isabel aquella tarde.

Cuando regresó a la casa, había obscurecido. En el patio encontró al cochero que conducía los caballos a la cuadra; los viajeros habían vuelto ya. Al entrar en el vestíbulo oyó los pasos de Erich que estaba paseando arriba y abajo del pabellón del jardín. Permaneció como dudando unos segundos, y luego subió con paso quedo la escalera que conducía a su habitación. Allí, sentose en un sillón junto a la ventana. Hacía esfuerzos para escuchar el ruiseñor que cantalea bajo la fronda, pero tan sólo podía oír los latidos de su corazón. Abajo, la casa estaba muy quieta; cerraba ya la noche...

Así permaneció sentado durante unas horas, hasta que, levantándose, se asomó a la ventana. El rocío de la noche goteaba entre las hojas; el canto del ruiseñor había cesado ya. Hacia la parte de levante, el azul profundo del cielo nocturno volvíase a poco de un color ambarino, suave. Un airecillo fresco, que se había levantado, pasó rozando la ardiente frente de Reinhard; luego, después de lanzar un grito jubiloso, la alondra alzó su primer vuelo...

Como volviendo en sí, Reinhard fue a sentarse a la mesa. A tientas buscó un lápiz; y cuando lo hubo encontrado, empezó a escribir en una blanca hoja de papel. Al terminar, dejó allí el papel y, tomando su sombrero y bastón, abrió cuidadosamente la puerta y descendió al zaguán...

El crepúsculo matutino llenaba con su semiobscuridad todos los ángulos. El gran gato de la casa, estirándose sobre la estera, erizaba su lomo bajo la mano, que él impensadamente le alargó. Allá fuera, en el jardín, los gorriones se movían en el ramaje y con su algarabía parecía como si quisieran anunciar al mundo que la noche ya había transcurrido. Dentro de la casa se oyó como si se abriera una puerta. Alguien descendía por la escalera, y cuando Reinhard alzó los ojos, se encontró enfrente de Isabel, quien puso su mano sobre el brazo de Reinhard. Después movió los labios, pero hasta él no llegó el sonido de su voz.

-¡No volverás jamás! -dijo ella por fin-. No mientas, bien lo sé. ¡Tú no volverás jamás!

-Jamás... -repuso él.

Retiró Isabel dulcemente su mano y no añadió ninguna otra palabra. Atravesando el zaguán llegó Reinhard a la puerta. Volvió la cabeza, todavía. Ella permanecía en el mismo sitio y le miraba con ojos inanimados. Alargando los brazos, hizo Reinhard un paso hacia ella, pero volviéndose con violencia traspuso la puerta y salió al exterior...

El mundo se bañaba en la fresca luz de la mañana y las gotas de rocío, que habían quedado prendidas en las telarañas, centelleaban a los primeros rayos del sol. Reinhard no volvió la cabeza; marchaba presuroso, y cada vez quedaba más atrás el bosque espeso. Delante de él se abría el mundo dilatándose, grande, anchuroso...

El anciano

La luna ya no penetraba por la ventana. La habitación ha quedado muy oscura. El anciano continúa sentado en el sillón, con las manos cruzadas, mirando delante de sí el vacío del aposento. A su alrededor va precisándose poco a poco la sombría oscuridad en un lago ancho y profundo. Las negras y dilatadas aguas se extienden a lo lejos, tan lejos que la mirada del anciano apenas alcanza su límite. En medio de ellas flota, solitario, entre sus anchas hojas, un blanco lirio de agua.

Se abre la puerta y se derrama por la habitación un haz de claros rayos luminosos.

-Ha hecho bien en venir, Brígida -dijo el anciano-. Ponga la lámpara aquí, en la mesa.

Y arrimando a la mesa una de las sillas, toma uno de aquellos libros que estaban abiertos, y se abisma en el estudio en que había probado su capacidad y saber allá en su lejana juventud.

Viola tricolor

La casa estaba muy quieta y silenciosa. Hasta el mismo zaguán llegaba el olor a flores frescas. Por una puerta lateral que conducía a la parte superior de la casa y que estaba situada frente a la ancha escalinata, entró una vieja sirvienta ataviada con mucha pulcritud. Con aspecto muy satisfecho, cerró tras ella la puerta, y luego dirigió sus pardos ojos a los muros, como si quisiera encontrar en ellos, sometiéndolos a una última revisión, las huellas de polvo que hubieran podido quedar. Movi6 la cabeza con signos de aprobaci6n y, dando una mirada al viejo reloj ingl6s, que repetía la hora con su campanilleo, murmur6:

-Ya han dado las siete y media, y a las ocho, seg6n escribi6 el se6or profesor, los se6ores estar6n aqu6.

Sac6 de su bolsillo un gran manajo de llaves y desapareci6 por las habitaciones de la parte posterior de la casa.

Todo volvi6 a quedar en silencio. Tan s6lo se oía el acompasado sonar del p6ndulo del reloj por la sala y por la escalera. Un rayo de luz mortecina y crepuscular atravesaba la ventanilla que se abría sobre el portal de la entrada, iluminando los dorados que coronaban aquel reloj familiar.

Pudi6nse percibir entonces unos pasos, suaves; y una ni6a de unos diez a6os de edad apareci6 en el rellano superior de la escalera. Tambi6n ella iba ataviada de una manera casi solemne, con un hermoso traje encarnado y blanco, que hacía resaltar su rostro morenito y que sentaba muy bien a sus cabellos y trenzas negras. Apoy6 su brazo en la barandilla de la escalera; y, recostando en 6l su cabecita, comenz6 a bajar lentamente, mientras sus ojos so6adores y azules miraban la puerta del aposento situado enfrente.

Se detuvo unos momentos en el vestíbulo, escuchando con atenci6n; luego, empujando con suavidad la puerta, se desliz6 a trav6s de los pesados cortinajes hacia el interior... Estaba all6 dentro muy oscuro, pues las dos ventanas de aquel cuarto de la planta baja daban a una calle cuyas casas, muy altas, la volvían m6s estrecha. Tan s6lo en el sof6 del fondo brillaba, con tonalidades de plata, un espejo veneciano. Parecía como si toda esta soledad fuese destinada a servir de marco a un magnífico ramo de rosas frescas, colocado en un jarro de m6rmar que se encontraba sobre una mesita junto al sof6. Pronto apareci6 all6 mismo la obscura cabecita de la ni6a. Andando de puntillas sobre la mullida alfombra, sus delgados dedillos habían alcanzado el ramillete de rosas. Buscaba en 6l, mientras sus ojos se dirigían a la puerta de entrada. Logr6 por 6ltimo separar una rosa entreabierta, pero en su tarea no se dio cuenta de las punzantes espinas, y ya unas gotitas de sangre se deslizaban sobre el antebrazo. Con rapidez, pues corría el riesgo de manchar la preciosa cubierta de la mesita, chup6 con sus labios la sangre de la peque6a herida, y se desliz6 de nuevo por entre los cortinajes de la puerta, hacia el exterior. Permaneci6 unos momentos escuchando; subi6, volando, por la escalera y march6 por el largo pasillo hasta la 6ltima puerta del mismo.

Miró aún, a través de una de las ventanas, las golondrinas que revoloteaban a la luz del sol poniente, y luego abrió la puerta.

Era éste el gabinete de estudio de su padre, que solía visitar en su ausencia, ya que allí se encontraba muy sola entre las altas estanterías que contenían innumerables libros, todo lo cual le imponía un profundo respeto. Cuando con paso tardío entró, cerrando tras ella la puerta, oyéronse, desde una de las ventanas situadas a la parte izquierda, los fuertes ladridos de un perro. Una sonrisa se dibujó en los graves rasgos del rostro de la niña, y con paso decidido fue a la ventana mirando al exterior. Abajo se extendía, dividido en anchos cuadrados de césped y bosque, el vasto jardín. A través del mismo corría el perro; pero, por mucho que acechase, nada llegaba a descubrir. Poco a poco aquella sonrisa desapareció del rostro de la niña, pues otra cosa llamaba más su atención. ¿Qué le importaba ya el perro?

En el muro opuesto a la puerta por donde había entrado, tenía el gabinete otra ventana. Junto a la misma había una gran mesa con todo el aparato de un sabio investigador de la antigüedad, de modo que la luz que penetraba por la ventana iluminaba por completo la mesa. Allí había bronce y terracotas griegas y romanas; diminutos modelos de templos antiguos y casas, y objetos hallados entre los escombros de las viejas civilizaciones, llenaban la mesa por entero. Sobre la misma, como emergiendo de un cielo puro de primavera, colgaba el retrato de una joven mujer, en busto de tamaño natural. A guisa de corona juvenil, circundaban su frente, serena y clara, unos flecos de color dorado. «Graciosa»: éste era el viejo vocablo con que la nombraban sus amigos, entonces..., cuando en el umbral de esta misma casa saludaba a los recién llegados. Sus ojos azules de niña miraban aún con idéntica gracia desde el retrato; solamente tenía alrededor de la boca un ligero rasgo de suave melancolía, que cuando vivía nadie le había distinguido. El pintor fue muy criticado a este propósito en aquel entonces; pero, después, cuando se hallaba ya muerta, todo el mundo juzgaba que estaba muy bien.

La pequeñita de los cabellos negros acercose al cuadro con pasos sigilosos, y con apasionada ternura detúvose su mirada en el hermoso retrato.

-¡Madre, madre mía! -susurró, pero en tal forma que parecía como si con estas palabras quisiera compenetrarse con ella.

El retrato continuó mirando, como hasta ahora, sin vida, colgado en el muro. Pero la niña trepó, como una gatita, por la silla que tenía enfrente, encaramándose sobre la mesa y permaneció, obstinada, con sus labios entreabiertos, frente al cuadro. Con su manecita temblorosa trató de colocar en el listón inferior del marco la rosa que había arrancado del jarrón. Cuando lo hubo conseguido, descendió con rapidez y borró cuidadosamente con su pañuelo las huellas que sus pies habían dejado sobre la mesa.

Parecía, sin embargo, que no pudiese abandonar aquel cuarto, en el que hacía poco había penetrado con tanta timidez. Cuando hubo andado unos pasos hacia la puerta, volvióse como si la ventana situada en la parte occidental ejerciese sobre ella una singular fuerza de atracción.

Junto a dicha ventana había también un jardín o, mejor dicho, un jardín abandonado. Su área era ciertamente pequeña; a excepción de aquella parte que no es taba cubierta por el bosque, podíase ver todo el muro que lo circundaba. Enfrente había, desmoronándose visiblemente, una glorieta abierta que tenía delante un banco rústico casi cubierto por madre selvas. En la parte opuesta, hubo antes sin duda unos grandes rosales que presentaban aún sus troncos gigantes, desnudos y agostados. Debajo, otros rosales de cien hojas cubrían con sus pétalos caídos buena parte del césped.

La niña, con su brazo apoyado en el antepecho de la ventana y la barbilla descansando sobre sus manecitas, miraba abajo con anhelo.

Incesantemente, allá en la glorieta, volaban incansables dos golondrinas. A buen seguro habrían construido su nido allí. Los demás pájaros se habían retirado ya; sólo un pardillo cantaba resuelta y obstinadamente en la rama más alta del cítiso mustio y, moviendo la cabeza, miraba a la niña con sus ojos pequeños y negros.

-Nesi, ¿dónde estás? -dijo dulcemente una voz cascada, mientras una mano se posaba cariñosa sobre la cabeza de la niña.

La antigua sirvienta había entrado sin que la niña lo notase. Volvió ésta la cabeza y la miró con cierta expresión de fatiga.

-Ana -dijo-, ¡si yo pudiera ir de nuevo al jardín de la abuelita!

La otra nada contestó; juntó los labios y asintió un par de veces con la cabeza.

-Vamos, vamos -dijo luego-. Pero, ¿cómo estás? ¡Pronto llegarán tu papá y tu nueva madre!

Al pronunciar estas palabras, tomó a la niña estrechándola en sus brazos, arreglándole luego el cabello y el vestido.

-No, Nesi, no. No debes llorar. Es una señora muy buena y muy hermosa, y a ti te gustan las personas hermosas...

En aquel instante se oyó el rodar de un coche por la calle. La niña sobresaltose; pero, la vieja tomola por la mano y salieron ambas rápidamente de la habitación. Todavía llegaron a tiempo para poder ver el coche. Las dos doncellas, mientras tanto, abrían la puerta exterior.

Las palabras de la vieja sirvienta parecían confirmarse: en efecto, una dama joven y hermosa se apeó del coche ayudada de un caballero de unos cuarenta años, en cuyos rasgos severos era fácil reconocer al padre de Nesi. El cabello y los ojos de la dama eran casi tan oscuros como los de la niña, de la que era ya madrastra, aunque hubiera podido fácilmente pasar por su propia madre, de no haber aparentado ser tan joven. Mientras sus ojos miraban a su alrededor, saludó con amabilidad. Su marido la introdujo rápidamente en la casa, y pasaron a la sala del piso bajo donde se percibía el intenso aroma a rosas frescas.

-Aquí viviremos juntos -díjole él, mientras hacía la sentar en una blanda butaca-. No deseo que abandones esta habitación sin que en ella hayas encontrado tu reposo para gobernar el nuevo hogar.

-¿Y tú -le dijo ella, mirándole con efusión no quieres quedarte conmigo?

-Voy antes a buscar para ti el más precioso de los tesoros que guarda nuestra casa.

-Sí, sí, Rodolfo. Tu Nesi. ¿Dónde estará?

El esposo había abandonado la habitación. Al padre no se le había escapado, a su llegada, que Nesi se había escondido detrás de la vieja Ana; y como la encontrase vagando, casi extraviada, por el vestíbulo, tomola en vilo en sus brazos y así la llevó hasta el cuarto donde estaba su mujer.

-¡Aquí tienes a Nesi! -exclamó él; y colocó a la niña sobre el tapiz, a los pies de su bella madrastra. Y luego, como si algún quehacer urgente reclamase su presencia en otra parte, abandonó la sala. Lo que en realidad deseaba era que ambas se encontrasen solas.

Nesi iba incorporándose lentamente y se callaba delante de la joven señora. Ambas se miraban en los ojos, inseguras, examinándose. La última de las dos, que seguramente había imaginado una afable bienvenida, tomó la mano de la niña.

-Ya estarás enterada -le dijo con seriedad- que ahora yo soy tu madre, y que, por lo tanto, debemos querernos. ¿Verdad, Nesi?

Nesi desvió la mirada.

-¿Entonces debo llamarla a usted mamá? -preguntó tímidamente la niña.

-Claro que sí, Nesi. Llámame como tú quieras, mamá o madre. Como más te guste.

La niña la miró algo perpleja, y con cierto encogimiento repuso:

-Prefiero llamarla mamá.

La joven dama le dirigió una mirada fugaz y clavó sus ojos negros en los más negros aun de la niña.

-Mamá, sí. ¿Pero madre no? -preguntó aquélla.

-¡Mi madre murió! -dijo Nesi quedamente.

Con un movimiento involuntario apartó a la niña, pero con rapidez la estrechó contra su pecho.

-Pero, Nesi -le dijo-, ¿madre o mamá es lo mismo!

Nesi, sin embargo, no contestó: siempre había llamado madre a la muerta.

La conversación había terminado. El señor volvió, y cuando vio a su hijita en los brazos de su joven esposa sonrió satisfecho.

-Ahora ven conmigo -dijo a su esposa tomándole la mano-. Como dueña de la casa, irás a tomar posesión de todos los ámbitos de la misma.

Y se fueron juntos a través de los aposentos de la planta baja; por la cocina y por la bodega; y luego, subiendo por la escalera, pasaron al piso alto, al gran salón y a las habitaciones pequeñas, que se abrían a ambos lados del pasillo junto a la escalera.

Atardecía y era algo oscuro. La joven dama continuaba colgada pesadamente del brazo de su marido; parecía como si a cada puerta que se abría cargasen un nuevo peso sobre sus espaldas. Al torrente de palabras amables de su esposo, contestaba cada vez con monosílabos más escasos. Por último, al llegar frente a la puerta de su gabinete de trabajo callose él también, y levantando la hermosa cabecita, que se apoyaba muda sobre su hombro, le dijo:

-¿Qué te pasa, Inés? Veo que no estás contenta.

-¡Oh, sí!, ¡estoy muy contenta!

-Entonces, ven.

Después que hubo abierto la puerta, apareció una luz suave. Atravesaba los cristales de la ventana que daba a poniente un dorado rayo de sol, que permanecía obstinado allá sobre los arbustos del pequeño jardín... Envuelto en esa suave claridad estaba el retrato de la muerta colgado del muro. En la parte inferior del marco dorado había, prendida, una fresca rosa encarnada, que parecía arder.

Maquinalmente puso la joven dama su mano sobre el pecho y permaneció mirando con fijeza, en silencio, el dulce retrato lleno de vida. De pronto se encontró entre los brazos de su esposo, que la sostenía fuertemente.

-Ella fue antes mi felicidad -dijo él-. Séasla tú desde ahora.

Inés hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero callaba y respiraba buscando aire. ¡Ay!, aquella muerta vivía aún y para las dos no había espacio suficiente en una misma casa.

Lo mismo que ocurrió cuando Nesi estuvo antes en este gabinete, también ahora se oyó el fuerte ladrido de un perro que ladraba desde el jardín, situado hacia la parte norte.

Un gesto y mano suaves acompañaron a la joven esposa hasta la ventana que se asomaba sobre el jardín.

-Mira abajo -dijo él.

En medio del sendero que atravesaba el césped, estaba sentado un negro perro de Terranova. Delante de él hallábase Nesi, trazando con una de sus trenzas círculos cada vez más estrechos alrededor del hocico del animal. Éste echaba la cabeza atrás y ladraba fuertemente; Nesi se reía y luego volvía a repetir el juego.

También el padre, que los estaba mirando, hubo de sonreírse. En cambio no se sonreía la joven dama que tenía a su lado; una sombría nube se concentraba a su alrededor.

-¡Si ella fuese su madre! pensaba él. Y añadió en alta voz-. Ése es nuestro Nerón. También quiero que le conozcas, Inés. Él y Nesi son muy buenos amigos. Imagínate que hasta se deja uncir a su coche de muñecas.

Inés levantó sus ojos hasta él.

-Aquí somos demasiados, Rodolfo -dijo como distraída-. ¡Si pudiese encontrar la solución!...

-¡Estás soñando, Inés! Nosotros dos y la niña; ya ves que nuestro grupo familiar es lo más reducido posible.

-¿Posible? -repitió ella con voz apagada mientras su mirada seguía a la niña, que estaba ahora corriendo y jugando con el perro, por el césped. De pronto, como presa de un súbito terror miró a su esposo y, echándole sus brazos alrededor del cuello, le rogó:

-¡Sosténme con fuerza! ¡Ayúdame! ¡Mi carga es muy pesada!

Semanas y meses habían transcurrido... Los temores que abrigaba la joven dama, no parecían realizarse. Bajo su mano, la dirección de la casa corría normalmente. La servidumbre se sentía bien bajo las órdenes de una señora a la vez tan amable y tan noble. Aun los simples visitantes podían percatarse de que gobernaba el hogar una mujer de condición igual a la del dueño. Éste, sin embargo, se daba cuenta de que su esposa trataba los asuntos inherentes a la casa como si fuese una forastera, actuando como representante suyo, pero sin una compenetración cordial con los mismos. En manera alguna le tranquilizaba cuando Inés se refugiaba a veces, con vehemente efusión, en sus brazos, como para cerciorarse de que él le pertenecía.

Sus relaciones con Nesi tampoco se habían intensificado. Una voz interior -la del amor o de la prudencia- la obligaba a hablar, con la niña, de su madre, cuyo recuerdo tan vivo conservaba aquélla de una manera obstinada desde que entró la madrastra en el hogar. Pero... -sí, ¡aquello era precisamente!- aquel retrato colgado en el despacho de su marido... Ella lo evitaba hasta con su mirada interior. Muchas veces había querido imponerse el valor de hacerlo; entonces tomaba a la niña, atrayéndola con ambas manos hacia sí, pero no podía hablar; sus labios le rehusaban este servicio. Y Nesi, cuyos ojos negros brillaban de alegría ante tales arranques del corazón, tenía que marcharse entristecida; pues, cosa rara, la pequeña sentía cierta nostalgia del amor de aquella joven dama y, de la manera que suelen hacerlo los niños, se lo suplicaba. A Inés le fallaba la elocuencia que debía darle la fuerza necesaria para iniciar el cordial diálogo. Una de las dos -y ésta forzosamente debería ser ella- tenía que hacerlo, pues la niña no podía expresar aquellos sentimientos con claridad.

Inés sentía vivamente este obstáculo; y, cuando parecía que estas ideas se alejaban de su mente, sus pensamientos volvían en seguida sobre este punto.

Una tarde se hallaba sentada en el salón, junto a su esposo, contemplando el vapor que silbando se escapaba ligeramente de la tetera.

Rodolfo, que acababa de leer su periódico, le tomó la mano.

-Estás muy callada, Inés. He observado que hoy no has interrumpido mi lectura ni una sola vez.

-Sin embargo algo tenía que decirte -contestó con cierto titubeo, mientras retiraba su mano de la suya.

-Entonces, dímelo.

Pero Inés se calló unos instantes.

-Rodolfo -dijo por fin-, ¡haz de modo que tu hija me llame madre!

-Pero, ¿es que no lo hace?

Inés sacudió la cabeza y le explicó lo que sucedió el día de su llegada. Él la escuchaba silencioso.

-Esto es una excusa que su alma infantil ha encontrado -dijo después de una manera casi inconsciente-. ¿No debemos tolerárselo con agradecimiento?

La esposa nada replicó. Dijo tan sólo:

-Entonces, la niña siempre me mirará como una extraña.

Rodolfo quiso tomarle de nuevo la mano, pero ella la apartó.

-Inés -dijo-, no exijas nada de aquello que la naturaleza te niega. Y puesto que tampoco Nesi es tu hija, ¡no desees aparecer como madre suya!

Inés replicó con viveza, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas:

-¡Pero lo cierto es que yo debo ser para ella su madre!

-¿Su madre? No, Inés, eso no lo puedes ser tú.

-Entonces, ¿qué soy yo para ella, Rodolfo?

Si Inés hubiera sido capaz de adivinar la respuesta a tal pregunta, ella misma la hubiera podido formular. Su esposo la sabía perfectamente y la miraba pensativo en los ojos, como si en ellos buscara las palabras que habían de ayudarlo.

-Confiesa -dijo ella, interpretando mal su silencio-, confiesa que no encuentras una contestación a mi pregunta.

-¡Oh, Inés! -exclamó él-. ¡Si tuvieras tú, en las entrañas, un hijo de tu propia sangre!

Inés hizo un gesto como de prevención. Pero él continuó:

-Todo llegará, con el tiempo. Y sentirás el arrebato y la alegría que en tus ojos hará estallar la primera sonrisa de tu hijo. Y lo estrecharás sobre tu corazón... También un día brillaron sobre Nesi unos ojos bienaventurados... Más tarde mi hija abrazó con su brazo diminuto un cuello que se inclinaba sobre ella y exclamó: «¡Madre!»... No te enfades, pues, con la niña, si no puede en este mundo dar tal nombre a ninguna otra mujer.

Inés apenas escuchó sus palabras. Su pensamiento perseguían solamente un punto.

-Si es que puedes decir que no es mi hija, ¿por qué entonces también no dices que yo no soy tu mujer?

Y no hubo manera de entenderse. ¿Qué le importaban a Inés sus razones?

Rodolfo la atrajo sobre su pecho como para calmarla. Su esposa le besaba y, a través de sus ojos empañados en lágrimas, se sonreía, aunque no estaba convencida...

Cuando Rodolfo se hubo marchado, Inés bajó al gran jardín. A su llegada vio a Nesi que se paseaba alrededor del césped, con un libro de estudio en la mano. Evitó encontrarla, yéndose por uno de los senderos laterales que, entre malezas y arbustos, corría junto al muro exterior del jardín.

Con una mirada rápida percibió la niña una expresión de dolor en los bellos ojos de su madrastra. Y, como atraída por una fuerza magnética, mientras murmuraba su lección y continuaba su estudio, marchose poco a poco por el mismo camino.

Inés se había detenido junto al alto muro, frente a un portal que se hallaba casi cubierto de una planta enredadera con flores de color lila. Con mirada distraída, sus ojos la contemplaban, cuando, al emprender nuevamente su paseo, encontrarse con la niña.

Ella se detuvo y le preguntó:

-¿Qué puerta es esa, Nesi?

-Es la puerta del jardín de la abuelita.

-¿El jardín de la abuelita?... ¡Pero si tus abuelos hace ya mucho tiempo que murieron!

-Oh, sí; mucho, mucho tiempo.

-¿Y a quién pertenece ahora el jardín?

-¡A nosotros! -replicó la niña, como si se tratase de una cosa perfectamente comprensible.

Inés introdujo su bella cabeza entre la cortina que formaba la enredadera y movió el pestillo de la puerta. Nesi permanecía callada a su lado, como si esperara ver el resultado de la prueba.

-¡Pero si está cerrada! -exclamó la joven dama, abandonando su intento, mientras se quitaba con el pañuelo las manchas que el hierro oxidado había dejado en sus dedos.

-Éste será el jardín agostado que se distingue desde la ventana del gabinete de estudio de papá, ¿verdad?

La niña hizo con la cabeza un signo afirmativo.

-¿Oyes cómo allá en lo alto cantan los pájaros?

Mientras tanto la vieja sirvienta había descendido al jardín. Cuando oyó la voz de la señora junto al muro, encaminose hacia allí y desde una distancia próxima anunció:

-Hay visitas dentro, señorita.

Inés acarició, contenta, la mejilla de Nesi.

-Papá es un mal jardinero -dijo al marcharse-. Pero nosotras dos pondremos orden a todo eso.

Al llegar a la casa, vio a Rodolfo que iba a su encuentro.

-Ya sabes que el cuarteto Müller da un concierto esta noche; y la familia del doctor desea librarnos de caer en pecado de omisión.

Entraron en la salita donde esperaba la visita, iniciándose una animada conversación sobre música. Más tarde algunos asuntos de orden familiar absorbieron su atención. Por hoy, el jardín agostado permaneció en el olvido.

Por la noche tuvo lugar el concierto... Los grandes muertos, Haydn y Mozart, pasaron ante el auditorio. Y al terminar el último acorde del cuarteto en do menor de Beethoven, rasgando el solemne silencio dentro del que habían brillado sus melodías, estalló el formidable aplauso de los asistentes, mientras éstos comenzaban a desplazarse por la vasta sala de conciertos.

Rodolfo estaba de pie al lado de la butaca de su esposa.

-Ya terminó, Inés -dijo, inclinándose junto a ella-. ¿O bien es que estás oyendo algo todavía?

En efecto, Inés permanecía sentada, como si estuviera escuchando algo, mirando el estrado, donde no había más que los atriles solitarios. Alargó la mano a su esposo.

-Vámonos, Rodolfo -dijo, incorporándose.

A la salida encontraron al médico de cabecera y a su esposa. Éste era el único hombre con quien Inés se había relacionado hasta ahora.

-¿Qué tal? -dijo el doctor, saludándoles con una expresión evidente de íntima satisfacción. Ustedes seguramente vendrán con nosotros, pues tomamos la misma dirección e idéntico camino. Luego, ¡podremos estar reunidos casi una hora!

Rodolfo, con el mejor de los humores, iba ya a contestar cuando sintió un fuerte pellizco en el brazo, y vio que los ojos de su mujer le miraban con una expresión de súplica.

-Dejo que lo de la invitación se tramite en última instancia -contestó bromeando.

Inés supo, de una manera inexorable, consolar al casi invencible doctor, aplazando la reunión para otra noche.

Cuando se hubieron despedido frente a la puerta de la casa del médico, la esposa respiró libremente.

-¿Qué tienes hoy que reprochar a la familia del doctor? -preguntó Rodolfo.

Arrimándose al brazo de su marido:

-Nada -dijo-, pero ha sido una velada tan bella, que necesito estar sola contigo.

Marchaban con paso rápido hacia su hogar.

-Mira -dijo él-, en casa todavía hay luz. Nuestra vieja Ana habrá preparado el té. Tenías razón, en casa estaremos mucho mejor que en cualquier otra parte.

Inés asintió y le oprimió, calladamente, la mano... Luego entraron en su casa. Con gesto rápido ella abrió la puerta de la estancia y corrió las cortinas.

En la mesa, donde antes estaba el vaso de porcelana, había ahora una gran lámpara de bronce iluminando la cabeza de una niña de negra cabellera, que estaba durmiendo, apoyada en su flaco antebrazo, por debajo del cual aparecía el ángulo de un libro ilustrado.

La esposa quedose pasmada en la puerta, pues en realidad la niña había desaparecido por completo del área de sus pensamientos. Un rasgo de amarga desilusión flotó alrededor de sus labios.

-¿Tú, Nesi? -dijo cuando su marido la hizo entrar en la estancia-. ¿Qué estás haciendo aquí?

Nesi despertose y se levantó sobresaltada.

-Os estaba esperando -contestó, mientras sonriéndose se frotaba con las manos los ojos brillantes.

-No está bien que Ana te haya dejado, pues ya deberías estar acostada hace tiempo.

Inés se separó del grupo y se fue hacia la ventana. Sentía que las lágrimas le asomaban a los ojos. Una mezcla imprecisa de sentimientos amargos se removía en su pecho. Nostalgia; compasión de sí misma; arrepentimiento por la falta de cariño para la hija de su esposo querido. No sabía ella misma lo que le ocurría; pero... -decíase con el placer y la sinrazón del dolor- lo que falta a nuestro matrimonio es juventud, ¡pues yo soy aún tan joven!...

Cuando se volvió, no había nadie en el cuarto. ¿Dónde estaba aquella hora hermosa, de la que ya gozaba de antemano? No creía, sin embargo, que hubiera sido precisamente la niña quien la había hecho desaparecer.

Nesi, que con sus ojos casi aterrorizados contemplara la inexplicable escena, fue conducida afuera calladamente por su padre.

-¡Paciencia! -decíase éste para sí mismo, mientras con la mano sobre el hombro de Nesi la acompañaba a las habitaciones del piso superior. También en su interior, pero con diferente intención, añadió:

-Ciertamente, ¡es tan joven aún!

Toda una cadena de planes y pensamientos apareció ante él. De manera maquinal abrió la puerta del aposento donde Nesi dormía con la vieja criada, quien la estaba esperando.

Su padre la besó y al despedirse le dijo:

-Ya daré las buenas noches a mamá de tu parte.

Iba descender de nuevo hacia donde se hallaba su esposa; pero, volviéndose, continuó por el pasillo, en cuyo extremo estaba la puerta de su gabinete de estudio. Abrió la puerta y entró en él.

En el centro de su mesa de trabajo había una pequeña lámpara de bronce de Pompeya, adquirida hacía poco tiempo y que a título de ensayo había llenado hasta la mitad con aceite. La encendió, volviéndola a colocar en su sitio, debajo del retrato de la desaparecida. Puso luego junto al mismo un vaso con flores que también estaba sobre la mesa. Todo ello lo realizó de una manera casi irreflexiva, como si hubiese de obligar a sus manos a ejecutar alguna acción, mientras que su pensamiento y su corazón no descansaban. Acercándose luego a la ventana, abrió ambos batientes de par en par.

El firmamento estaba muy cargado de nubes. La luz de la luna no lograba atravesarlas. Abajo, en el jardín, las plantas y las flores, murmurando, formaban una masa compacta, oscura. Tan sólo allí donde el sendero pasaba entre coníferas, hasta la glorieta, brillaba apagadamente la gravilla.

De la fantasía de ese hombre contemplando todo eso en la soledad de aquella hora, emergió una figura amable, que no pertenecía ya al mundo de los mortales. La vio él cómo vagaba por el sendero y le pareció como si marchase a su lado.

-Deja que tu recuerdo aumente mi amor -le decía él. Pero la muerta nada contestaba. Bajaba su bella y pálida cabeza. Sentía con dulce escalofrío su proximidad, pero la visión nada le decía.

Recordó, entonces, que se encontraba solo en el piso. Pensó gravemente en la muerte y en el tiempo pasado en que ella, su esposa, existió...

Allí abajo, seguía en pie el jardín que fue de sus padres. Un día, levantando los ojos del libro y mirando a través de la ventana, vio por primera vez a la muchacha cuando apenas contaba quince años. Y aquella niña de trenzas rubias habíase erigido en reina de sus pensamientos, cada vez con más intensidad, hasta que finalmente traspasó el umbral de su casa, coronada del nombre de esposa. ¡Y cuantas venturas le había proporcionado!...

¡Cuántos años de felicidad y de actividad gozosa había pasado junto a ella! Así fue como, habiendo fallecido sus padres y una vez vendida la casa, habían conservado el jardín uniéndolo, mediante una puerta, al de la casa que habitaban. Aquel portal desaparecía bajo las enredaderas que casi lo cubrían, ya que aquellas plantas solían inclinarse hacia aquel lado, tan íntimo y acogedor, donde había transcurrido el tiempo mejor de su vida y al que, raramente llegaban los amigos íntimos de la familia.

En la misma glorieta donde, desde la ventana había contemplado a su amiga, ocupada entonces en los deberes escolares, sentábase más tarde una niña de ojos negros y pensativos a los pies de su rubia madre. Y él, suspendiendo unos momentos su trabajo y alzando la vista, podía saborear lo que es la dicha completa del corazón humano...

Sin embargo, la muerte había sembrado sigilosamente una semilla. Fue en uno de los primeros días de junio que la enferma, deseando respirar el aire perfumado que subía por la ventana del jardín de su felicidad, fue conducida al gabinete de trabajo desde su dormitorio. Y dispuso que se arrimara su mesa de trabajo, pues todos sus pensamientos se concentraban en su esposa...

Allá fuera bullía la eclosión incomparable de la primavera y un cerezo estaba cubierto de flores nevadas. Con impulso casi involuntario Rodolfo levantó a la enferma de su almohada y la llevó junto a la ventana.

¡Mira, una vez más, cómo es hermosa la naturaleza!

Pero ella inclinó la cabeza y dijo suavemente:

-Ya no la veo...

Pronto no percibió más que un ligero murmullo que exhalaba su boca, cada vez más débil. Sólo un doloroso temblor de sus labios, mientras su aliento, penosamente y sollozando, luchaba entre la vida y la muerte. El murmullo volvióse cada vez más tenue y suave, hasta que llegó a ser como el zumbido de una abeja. Luego ocurrió como si su mirada se aclarase con un destello azulado y, finalmente, el descanso.

-¡Buenas noches, María!... -Pero ya no oía nada.

Un día más, y aquel cuerpo noble y reposado se encontraba tendido en el ataúd, en aquel cuarto espacioso y oscuro. También él estaba allí, junto con su hija, a la que la vieja Ana tenía de la mano.

-Nesi -le dijo ésta-, ¿verdad que no te da miedo?

Y la niña, removida por la emoción sublime que la presencia de la muerte comunica, contestó:

-No, Ana, no. ¡Rezo!

Vino luego el momento de hacer con su esposa la postrera salida que le estaba permitida. Sin pompa alguna fue conducida a su última morada, bajo la luz celestial del amanecer, cuando las primeras alondras atravesaban, ascendiendo, la diáfana atmósfera.

Todo había pasado ya pero él continuaba poseyéndola en su dolor y, aunque invisible, seguía viviendo con él. No obstante, íbase desvaneciendo de una manera imperceptible. Acongojado la buscaba, pero cada vez se hacía menos encontradiza. Llegó un día en que su propio hogar se le presentó bajo un aspecto lúgubrementemente vacío y desierto. Percibía en los ángulos de las habitaciones cierta obscuridad, que antes no había observado. ¡En verdad, era todo tan diferente de antes, de cuando ella estaba allí!... Pero ahora ya no aparecía en ninguna parte.

La luna, que había conseguido atravesar las espesas nubes, iluminaba claramente el jardín. Él continuaba como antes, con la frente apoyada en el crucero de la ventana, aunque sus ojos no miraban nada de lo que había allá fuera.

Detrás suyo se abrió la puerta y entró una mujer de una belleza sombría. El rumor callado de su vestido llegó a su oído. Volvió la cabeza y la contempló con mirada penetrante.

-¡Inés!... -quiso exclamar, pero la garganta no pudo emitir ningún sonido.

Ella se detuvo.

-¿Qué te pasa, Rodolfo? ¿Te doy miedo tal vez?

Negó él con la cabeza, e intentó sonreír.

-Ven -dijo-, vamos al jardín.

Y, mientras tomaba su mano, dirigió una mirada al retrato que resplandecía a la luz de la lámpara y que perfumaban las flores... Sus rasgos se iluminaron con una súbita comprensión.

-Tu gabinete se parece a una capilla -dijo; y sus palabras sonaban frías, casi hostiles.

Todo lo había comprendido.

-¡Oh, Inés! -exclamó él- ¿los muertos no son también sagrados?

-¡Los muertos! ¿Para quién no serán sagrados? Pero, Rodolfo... -y diciendo estas palabras lo condujo hasta la ventana, con sus manos temblorosas y sus ojos negros brillantes de emoción-. Dime: ¿por qué mantienes cerrado ese jardín y no permites que se pose en él ninguna planta humana?

Y con el dedo señaló hacia el fondo. La blancuzca gravilla brillaba de una manera apagada, fantasmagórica, entre los negros arbustos. Un murciélago pasó, con su vuelo vacilante, junto a sus cabezas...

Rodolfo miraba abajo, en silencio.

-Eso es una tumba, Inés -dijo por fin-. O bien, si lo prefieres, un jardín del pasado.

Su esposa le asestó una mirada colérica.

-Sé mejor que tú lo que es, Rodolfo: ese es el sitio donde tú te encuentras con ella. Allá, por el blanco sendero, os paseáis los dos, pues ella no está muerta. Esta misma noche, no hace mucho, tú estabas con ella y te quejaste de mí; ¡de tu propia mujer! Eso, Rodolfo, se denomina infidelidad. Con una sombra manchas nuestro honor.

Sin replicar nada, su marido le pasó la mano por el talle y, casi violentamente, la apartó de la ventana. Luego, tomando la lámpara que estaba encima de la mesa, la levantó hasta la altura del retrato que colgaba de la pared.

-Inés: dirígele tan sólo una mirada.

Y cuando los ojos de la muerta se posaron sobre ella, rompió Inés a llorar.

-¡Oh, Rodolfo! ¡Ahora siento cuán mala soy!

-¡No llores de ese modo! -le dijo él-. Yo también he sido injusto contigo; pero te suplico que tengas paciencia.

Y, abriendo un cajón de su mesa de trabajo, puso en sus manos una llave.

-Abre tú de nuevo el jardín, Inés... Ciertamente me sentiré feliz si tu pie es el primero que penetra allí. Tal vez la encontrarás a ella, en espíritu y mirándote con sus dulces ojos; y hará que pases tu brazo, como una hermana, alrededor de su cuello.

Inés miraba inmóvil la llave que tenía en su mano abierta.

-¿Qué, Inés? ¿No aceptas lo que yo te he dado?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Todavía no, Rodolfo; todavía no puedo... Más tarde; entonces iremos juntos los dos.

Y mientras sus ojos le miraban suplicantes, dejó silenciosamente la llave encima de la mesa.

Una semilla había caído en la tierra, pero el tiempo de la germinación aún estaba lejos.

Transcurría el mes de noviembre. Inés, finalmente, no podía ya dudar de que ella también iba a ser madre; madre de un hijo propio. Mas, al encanto que esta convicción le proporcionaba, otra se juntó al cabo de poco tiempo. Como un lúgubre nubarrón se cernía sobre ella y, cautelosamente, se deslizaba del mismo, semejante a una víbora, un pensamiento. Procuraba ahuyentarlo, recurriendo a los buenos espíritus del hogar, pero retornaba siempre y cada vez con ímpetu mayor. ¿No era ella una intrusa en esa casa la cual contenía ya antes toda una vida completa?... Y, un segundo matrimonio... Pero, ¿es que podía existir un segundo matrimonio? ¿No era el primero, el único, el que debía subsistir hasta la muerte de los cónyuges?... Y no sólo hasta la muerte, sino más allá... más allá, ¡por toda la eternidad! Y si era así... La sangre acudía agolpadamente a su rostro ardiente. Hiriéndose a sí misma, se aplicaba los epítetos más duros... Y su hijo... también un intruso... ¡sería un bastardo en la propia casa de sus padres!...

Como anonadada caminaba al azar. Sola soportaba su tierna dicha y su dolor. Y cuando aquél que tenía el derecho de compartirlos la miraba con inquietud, interrogativo, sus labios se cerraban bajo la presión de una angustia mortal.

En su dormitorio estaban corridos los pesados cortinajes que cubrían las ventanas. Solamente había quedado abierto un estrecho espacio y por el mismo se filtraba un rayo de luna. Inés se había acostado bajo el peso de torturadores pensamientos, en espera del sueño reparador. Estaba ya convencida de que no podía permanecer más tiempo allí; que debía abandonar aquel hogar. No se llevaría más que un paquetito, y luego se iría lejos... a casa de su madre. ¡Y no volvería jamás! Allá, en el jardín, junto a los pinos, se abría en el muro una pequeña puerta, que daba al exterior. La llave la guardaba en su bolsillo. Quería marcharse, sí... inmediatamente...

Deslizándose, el rayo de luna había ido pasando del pie de la cama hasta la cabecera; y ahora iluminaba la pálida luz su bello rostro recostado en la almohada. Se incorporó. Sin hacer el menor ruido, bajó de la cama y puso sus desnudos pies en los zapatos que estaban allí cerca. Permanecía de pie en medio del dormitorio, envuelta en sus ropas de dormir. Sobre su pecho colgaban dos trenzas, según acostumbraba a peinarse al acostarse. Su talle, tan esbelto, parecía desplomarse, como si llevase aún la carga del insomnio. A tientas y con las manos abiertas, atravesó cautelosamente la habitación. Pero no tomó consigo cosa alguna: ninguna llave, ningún paquetito. Al rozar con sus dedos el traje de su marido, colocado en una silla, vaciló unos instantes, como si le asaltase una nueva idea; pero pronto emprendió otra vez la marcha, callada y solemne, pasando el umbral de la puerta y descendiendo por la escalera. Luego, oyose el tenue chirrido de la cerradura de la puerta exterior. El aire fresco soplaba suavemente; sus trenzas se balanceaban sobre su busto.

Cómo había podido atravesar el sombrío bosquecillo, que ahora quedaba detrás suyo, lo ignoraba. Ahora oía bien a sus perseguidores salir súbitamente de la espesura y cómo iban en pos de ella. Se hallaba frente a un alto portal. Con sus pequeñas manos abrió con violencia uno de los batientes; un ancho y dilatado erial empezaba delante de la misma puerta. Vio que repentinamente se cubría de una inmensa jauría, de perros negros, grandes, que en veloz carrera se le lanzaban encima; vio sus rojas lenguas colgando de sus bocas humeantes; oía sus ladridos cada vez más cerca... siempre más resonantes...

Abrió por último sus ojos medio cerrados, y poco a poco comenzó a recobrarse. Reconoció que se encontraba dentro del gran jardín. Su mano estaba todavía apretando la cerradura de la verja. El viento jugueteaba con su camisa de dormir. De uno de los tilos situados junto a la puerta, se movían, balanceándose, unas ramas con sus hojas amarillentas... Pero, ¿sería realidad?... Allá, entre los pinos, tal como antes había creído oírlos, distinguía ahora, claramente, los ladridos de un perro; y veía algo moviéndose entre los espesos matorrales. Fue presa de una angustia mortal... Y de nuevo volvió a rasgar el aire el ladrar de un perro.

-Nerón -dijo-, es Nerón.

Lo cierto es que no se había familiarizado aún con el guardián de la casa. E, involuntariamente, agolpóse en su mente la imagen de aquel animal, con la de los que había visto en su desvarío. Viole venir a grandes saltos, cruzando el césped. Al llegar a su lado, se detuvo, bajando la cabeza, y con un inequívoco lloriqueo de alegría empezó a lamer sus pies desnudos. Al propio tiempo resonaron unos pasos en el patio y momentos después la envolvían los brazos de su esposo. Ya en seguridad, recostó la cabeza sobre su pecho.

Despertado su esposo por los ladridos del perro, observó con brusco terror que el sitio de su esposa en la cama estaba desierto. Recordó en seguida un estanque de aguas turbias y negras, situado a unos centenares de pasos detrás del jardín, junto al mismo camino, cercado por la espesura de las matas. Unos días antes, paseando con Inés por sus verdes orillas, vio cómo ella retrocedía hasta un juncar y tiraba al centro del estanque una piedra que había recogido en el camino.

-Inés -le advirtió- no te acerques tanto, pues hay poca seguridad.

Su esposa permaneció junto a la orilla, mirando con ojos melancólicos los círculos que lentamente se iban formando en la superficie de las aguas profundas.

-¿Es verdad que este estanque es insondable? -le preguntó, mientras sus brazos la arrebatában de aquel lugar.

La escena pasó con la velocidad de un rayo por su mente, mientras descendía al patio por la escalera... También aquel día había atravesado el jardín; y allá la encontró ahora, casi sin vestir, suelta la hermosa cabellera impregnada del rocío que destilaban las hojas de los árboles.

La envolvió con su manta, que al pasar había traído consigo.

-¡Inés! -le dijo, y el corazón le latía con tanta violencia, que la palabra surgió ruda de su garganta-: ¿Qué significa todo esto? ¿Cómo has venido a parar aquí?

Inés se sobresaltó, como aterrorizada.

-No sé, Rodolfo... quise marcharme... soñaba. ¡Oh, Rodolfo, fue algo muy espantoso!

-¿Soñabas? Es cierto: ¡soñabas! -repitió él; y respiró libremente, como si le hubieran quitado una carga.

Inés movió la cabeza y se dejó conducir a la casa y al dormitorio, como un niño. Cuando él mismo la hubo colocado en la cama, díjole Inés dulcemente:

-Estás muy callado. Sin duda debes estar enojado conmigo.

-¿Cómo podría enojarme, Inés? Tan sólo abrigué temores por ti. ¿Has tenido alguna otra vez sueños semejantes?

Su esposa sacudió, negando, la cabeza, pero se quedó muy pensativa.

-Sí -dijo luego-, otra vez soñé también, pero no fue nada espantoso.

Rodolfo corrió las cortinas de la ventana, y la luz de la luna vino a inundar la habitación.

-Es preciso que vea tu rostro -le dijo, mientras se sentaba al borde de la cama.

-¿Quieres, pues, contarme el hermoso sueño que tuviste aquella vez? No es preciso que levantes la voz; con una luz tan suave puede llegar también hasta el oído la voz más débil.

Recostó ella la cabeza en su pecho y le miró con ternura.

-Si es que deseas saberlo... -contestó pensativa-. Me parece que fue el día que cumplí trece años y yo me había enamorado locamente del Niño Jesús, no gustaba ya de jugar con mis muñecas.

-¿Enamorada del pequeño Jesús, Inés?

-Sí, Rodolfo -y se recostó con mayor fuerza en sus brazos-. Mi madre, aquel día, me había regalado una imagen de la Virgen con el Niño en sus brazos. La habíamos colgado en la pared de mi cuartito, lindamente encuadrada.

-Ya la conozco -le dijo su esposo-, aun está allí. Tu madre la quiso conservar como un recuerdo, de la pequeña Inés.

-¡Oh, mi madre querida!

Él la apretó contra su pecho, y luego le dijo:

-¿Quieres contarme el resto?

-Sí, sí. Pero me da vergüenza, Rodolfo. -Y, titubeando, con voz más baja prosiguió-. Parecía que aquel día tenía únicamente mis ojos para contemplar al Niño Jesús. Hasta por la tarde, cuando vinieron mis amiguitas, me marché en secreto y fui a besarlo por encima del cristal. Me parecía que vivía... ¡Ah, si lo hubiera podido tener, como su santa Madre, en los brazos!

Callose. Al pronunciar la última palabra, su voz se había extinguido como un sollozo.

-¿Y luego, Inés? -preguntó él-. Me lo estás contando con tal sofocación...

-No, no, Rodolfo. Pero... a la noche siguiente de aquel día, creo que me levanté en sueños, ya que por la mañana me hallaron en mi cama, dormida, con la imagen en mis brazos y la cabeza inclinada junto al cristal.

Unos instantes reinó en la habitación un silencio sepulcral.

-¿Y hoy? -preguntó él, lleno de extraños presentimientos, mientras la miraba profundamente y con afecto-. ¿Qué es lo que esta noche te ha llevado lejos de mi lado?

-¿Hoy, Rodolfo?... -y sintió él que un temblor corría por todos sus miembros. De repente le echó ambos brazos al cuello, y con voz entrecortada y sofocadamente, comenzó a pronunciar palabras y frases confusas.

-¡Inés! ¡Inés! -dígole; y tomó con sus manos su bello y dolorido rostro.

¡Oh, Rodolfo! ¡Déjame morir, pero no repudies a nuestro hijo!

Rodolfo estaba de hinojos y besaba sus manos. Tan sólo había entendido el mensaje, pero no las palabras confusas con que se lo había anunciado. Todas las sombras se habían disipado en su espíritu, y con el corazón esperanzado le dijo dulcemente, contemplándola:

-Desde ahora, todo, todo cambiará.

El tiempo transcurría, pero aquellas fuerzas tenebrosas no estaban aún vencidas. No sin cierta repugnancia iba acostumbrándose Inés a los objetos que databan de la primera niñez

de Nesi, como los que formaban su equipo cuando vino al mundo. Y más de una lágrima derramaron sus ojos sobre las chaquetitas y pequeños gorros en que ella se ocupaba ahora con afán y en silencio.

No se le escapó tampoco a Nesi que algo extraordinario se preparaba. En el piso superior había un cuarto, ahora completamente cerrado, en el que antes ella solía guardar sus juguetes. Mirando a través de la cerradura, había observado cómo reinaba allí dentro un silencio solemne. Decidieron un día que su pequeña cocina fuese llevada al corredor, lo que hizo con el concurso de la vieja Ana. Aprovechó la ocasión de entrar en el cuarto para buscar la cuna que, con el pabellón de seda verde estaba allá, debajo del tragaluz, desde su más remoto recuerdo. Con curiosidad iba husmeando por todos los ángulos y rincones.

-¿Qué busca por ahí, como un aduanero? -dijo la vieja.

-¿Dónde está mi cuna, Ana?

La vieja la miró con una sonrisa maliciosa.

-¿Qué dirías tú -dijo- si la cigüeña te trajera un hermanito?

Nesi la miró sorprendida. Pero tal pregunta hirió su dignidad de niña de once años.

-¿La cigüeña? -preguntó despectivamente.

-Claro, Nesi.

-No me gusta que me hables así, Ana. Eso tan sólo lo creen los niños pequeñitos. Pero yo ya sé que no es verdad.

-¿Cómo?... Pues si usted lo sabe mejor que yo, señorita indiscreta, vamos a ver: ¿de dónde vienen los niños, ya que no los trae la cigüeña, que fue la encargada de ello durante muchos miles de años?

-Los envía el buen Dios -repuso Nesi de una manera patética-. Llegan sin pensarlo.

-¡Que su gracia no nos abandone! -exclamó la vieja-. ¡Lo juiciosa que son hoy en día esas mocositas! Pero tienes razón, Nesi. Si tú sabes de buena tinta que el buen Dios ha jubilado ya a la cigüeña... yo creo que Él ha encontrado la manera de arreglarlo... Pero vamos al caso: si ahora te enviase un hermanito -o, si lo prefieres, una hermanita- ¿te alegrarías, Nesi?

Nesi estaba de pie delante de la vieja, que se había sentado sobre un baúl. Una sonrisa iluminaba su carita seria. Luego quedáse como reflexionando.

-Vamos, Nesi -siguió inquiriendo la vieja ¿Te alegrarías, pequeñita?

-Sí, Ana -contestó por fin-. Me gustaría tener una hermanita. Papá también estaría contento. Pero...

-¿Qué, Nesi? ¿Qué pero tienes?

-Pero... -prosiguió Nesi, y se detuvo un instante cavilando-. La niña, sin embargo, no tendría madre.

-¿Qué? -exclamó la vieja con espanto, mientras se levantaba trabajosamente del baúl-. ¿Que la niña no tendría madre? Me parece que sabes demasiado, Nesi. Ven, vámonos abajo... ¿Oyes? ¡Dan las dos y debes ir a la escuela!

Estallaban ya las primeras borrascas primaverales alrededor de la casa. La hora iba acercándose...

-¿Y si yo muriese? -pensaba Inés- ¿se acordaría él también de mí?

Con mirar angustiado, Rodolfo paseaba junto a la puerta del aposento, esperando en silencio su futuro destino. Entró por fin sigilosamente como si temiese despertar a alguien.

Por último llegó a la casa un recién nacido: era otra niña. Desde la parte exterior las verdes ramas golpeaban los cristales de las ventanas; pero en el interior estaba la joven madre, pálida y desfigurada, desaparecido el color moreno y soleado de sus mejillas. Sin embargo, en sus ojos brillaba un fuego que devoraba su cuerpo. Rodolfo estaba sentado en la cama y tenía su delgada mano entre las suyas.

Pesadamente Inés inclinó su cabeza del lado donde estaba la cuna, que se encontraba al cuidado de la vieja Ana en uno de los ángulos de la habitación.

-Rodolfo, deseo todavía hacerte un ruego.

-¿Dices todavía, Inés? Muchos quiero yo que me hagas.

Le miró con tristeza, sólo un instante. Luego, volvió su mirada hacia la cuna.

-Tú sabes -dijo, respirando con cierta dificultad- que no existe ningún retrato mío en la casa. Tú querías que lo ejecutase un buen artista... pero ahora ya no podemos esperar a que lo haga un tal... maestro. Yo creo que deberías llamar a un fotógrafo, Rodolfo. Ya sé que es algo así... como de circunstancias. Pero mi hija no tendría ninguna idea de mí; y es conveniente que sepa cómo era su madre.

-Ya podemos esperar un poco- y procuró imprimir a su voz un tono animoso-. Te excitarías ahora demasiado. Aguarda a que tus mejillas vuelvan a tener su buen color habitual.

Pasó Inés las manos por su negra cabellera, que cayó, brillante, sobre la almohada, al propio tiempo que dirigía una mirada casi furiosa por la habitación.

-¡Un espejo! -exclamó, incorporándose-. ¡Dame un espejo!

Quiso Rodolfo interponerse, pero ya la vieja sirvienta había ido a buscar uno y lo colocaba encima de la cama. La enferma lo cogió precipitadamente y, cuando se miró en él pintose en su semblante una violenta expresión de horror. Tomó un pañuelo y lo pasó por el cristal: pero de nada sirvió, pues seguía teniendo delante el extraño y asombrado rostro dolorido.

-¿Quién es ésta? -gritó de pronto- ¿Ésta soy yo?... ¡Oh, Dios mío! ¡Y sin ningún retrato, sin ningruna sombra que poder legar a mi hija!

Dejó caer el espejo y ocultó su rostro entre sus manos demacradas.

Llegó, entonces, hasta sus oídos un lloriqueo. No procedía de la recién nacida, que seguía durmiendo, extraña a aquella escena. Era Neri, que se había introducido silenciosamente en el dormitorio y ahora estaba allá, en un rincón, mirando con ojos sombríos a su madrastra, mordiéndose los labios para sofocar sus sollozos.

Inés la había visto.

-¿Lloras, tú, Nesi? -le preguntó.

La niña, empero, nada contestaba.

-¿Por qué lloras, Nesi? -preguntó con viveza. Los rasgos de la niña se tornaron todavía más lúgubres.

-¡Por mi madre! -exclamó Nesi de un modo casi insolente.

Titubeó la enferma unos momentos. Alargó sus brazos fuera de la cama; y como la niña se había aproximado a la misma de una manera involuntaria, cogióla Inés y la estrechó fuertemente contra su pecho.

-¡Oh, Nesi! ¡No olvides nunca a tu madre!

Los pequeños brazos de la niña enlazaron entonces su cuello, y, de un modo solamente comprensible para ella, susurró:

-¡Mamá querida! ¡Mi dulce mamá!

-¿Soy yo tu querida mamá, Nesi?

Nesi no respondía; tan sólo movía afirmativamente la cabeza hundida en la almohada.

-Entonces, Nesi -le dijo la enferma con tono confiado y feliz- ¡no me olvides tampoco! ¡Oh, no quiero ser olvidada!

Rodolfo, que contemplaba inmóvil toda esta escena, no se atrevía a interrumpirla, ora horrorizado, ora sumergido en una plácida felicidad. Pero el temor prevaleció por último. Inés se había casi desplomado sobre la almohada, y no hablaba. Luego se durmió.

Nesi, que se había alejado calladamente de la cama, se arrodilló junto a la cuna de su hermanita. Llena de admiración, contemplaba la mano diminuta que se movía entre los encajes, y cuando la carita comenzó a ladearse, y se oyó la torpe vocecita humana, sus ojos brillantes se abrieron, maravillados. Rodolfo, que se había ido acercando a su hija, puso su mano sobre su cabeza, acariciándola. Nesi se volvió y besó la mano de su padre. Y comenzó a contemplar de nuevo a su hermanita...

Las horas iban pasando... Allá fuera brillaba, radiante, el sol de mediodía. Las cortinas de la ventana fueron juntadas completamente. Rodolfo permaneció sentado junto a la cama de su esposa, en una espera inacabable y pesada. Imágenes y pensamientos iban y venían, en continuo flujo y reflujo; él, empero, no les prestaba atención y dejaba que viniesen y se alejasen. Ya se había encontrado en ocasión igual a la presente; y le sorprendió la extraña sensación de haber vivido dos veces. Vio de nuevo cómo se desarrollaba el oscuro árbol funerario, y cubría por completo su hogar con sus ramas desnudas. Oprimido por la angustia miraba a la enferma; pero ésta seguía durmiendo dulcemente, su pausada respiración movía con suavidad su pecho. Abajo, entre las ramas, cantaba, constante, un pájaro. Pero, Rodolfo no oía su gorjeo, ocupado como estaba en rechazar esforzadamente las engañosas esperanzas que le acechaban.

Por la tarde vino el médico. Inclinado sobre la enferma, tomó su mano, cubierta de un ardiente sudor. Rodolfo miraba con ansiedad el rostro de su amigo. Una expresión de sorpresa iba invadiendo el semblante de este último.

-¡No me ocultes nada! -le dijo-. ¡Dímelo todo! Pero el doctor le estrechó la mano.

«¡Salvada!» Esta fue la única palabra que entendió. De repente oyó el gorjeo del pájaro, allá fuera. La vida se desbordaba, torrencialmente. «¡Salvada!»... Y él ya la había considerado naufragada, sumergida en el inmenso mar. Había creído que la intensa emoción de aquella mañana la había perdido. Pero:

«Obtuvo su salvación;
fue arrebatada a lo alto...»

Estos versos del poeta contenían toda su dicha; y como el eco de una melodía volvían a sus oídos.

La enferma continuaba durmiendo. Sentado junto a la cama, Rodolfo seguía esperando. Tan sólo la lámpara iluminaba tenuamente el dormitorio. Del jardín, en vez del gorjeo de los pájaros venía ahora el susurro del viento nocturno. A veces sonaba como un solemne acorde de arpas y, luego, se desvanecía. Las ramas nuevas golpeaban dulcemente la ventana.

-¡Inés! -dijo Rodolfo en voz baja-. ¡Inés!

No podía abstenerse de pronunciar su nombre.

Inés abrió los ojos, y su mirada descansó largamente sobre su esposo, como si deseara que su alma, emergiendo del profundo sueño, volase antes que nada hacia él.

-¿Eres tú, Rodolfo? -dijo por último-. ¿Ya vuelvo a estar despierta otra vez?

Después de contemplarla con mirada insaciable:

-Inés -le dijo; y su voz adquiría un tono casi humilde-, yo estoy sentado aquí hace horas, llevando la felicidad como una pesada carga. ¡Ayúdame tú también a llevarla, Inés!

-Rodolfo...-habíase incorporado esforzadamente.

-¡Vivirás, Inés!

-¿Quién te lo ha dicho?

-El médico, nuestro amigo. No se equivoca.

-¡Vivir!... ¡Oh, Dios mío! ¡Vivir!... Para mi hija, para ti...

Como se le acometiese un recuerdo, rodeó con sus brazos el cuello de su esposo, diciéndole al oído:

-¡Y también para tu... para vuestra y nuestra Nesi!

Lo dijo en voz muy baja. Soltándole, le tomó ambas manos suavemente y con ternura:

-Para mí es cosa muy fácil -dijo Inés-. No sé explicarme cómo hasta hoy me resultó una cosa tan difícil.

Y moviendo la cabeza añadió:

-Ya verás, Rodolfo, cómo llega pronto el buen tiempo; pero... -irguió la cabeza mirándole fijamente en los ojos- yo debo tomar parte en vuestro pasado; ¡toda tu dicha pretérita debes contármela! Y, además, Rodolfo, su bello retrato lo pondrás en nuestra habitación; ¡quiero que ella también esté allí cuando tú me lo cuentes todo!...

Él la contemplaba embelesado.

-Sí, Inés, sí. Ella también debe estar allí.

-Y, a Nesi, yo le contaré lo que tú me refieras de su madre..., claro está, aquello que corresponda a su edad, solamente...

Rodolfo había enmudecido y tan sólo hacía signos con la cabeza.

-¿Dónde está Nesi? -le preguntó luego-. Quiero besarla, antes de que vaya a acostarse.

-Está durmiendo, Inés -contestó Rodolfo, pasándole con suavidad la mano por la frente-. Ya es medianoche.

-¿Medianoche? Entonces debes ir a acostarte. Yo, en cambio..., no te rías de mí, Rodolfo..., ¡tengo hambre! ¡Quiero comer! Después colocarás la cuna junto a mi cama, ¡muy cerquita, Rodolfo! Luego volveré a dormir, lo sé, y tú podrás retirarte tranquilo.

Rodolfo no se movía.

-Antes debes darme una satisfacción.

-¿Una satisfacción?

-Sí, Inés. Una satisfacción muy singular. Quiero verte comer.

-¡Vamos!...

Y cuando hubo comido, pusieron con la enfermera la cuna junto al lecho de la madre.

-Y ahora, ¡buenas noches! ¡Me parece que vivo hoy uno de mis días más felices!

Inés quedose mirando a su hijita...

El silencio volvió a invadir el dormitorio. El oscuro árbol funerario no alargaba ya sus ramas sobre la casa. Allá, en los anchos trigales, las encarnadas amapolas se balanceaban dulcemente entre las mieses, meciendo los sueños pacíficos. Todo hacía esperar una magnífica cosecha.

De nuevo había vuelto la primavera. Por el ancho sendero del jardín circulaba un alegre vehículo. Nerón, al parecer, hacía progresos, pues ya no iba uncido a un cochecito de muñecas, sino a uno realmente para niños; y se mantenía paciente, mientras Nesi fijaba la última hebilla a su recio cuello. Ana estaba inclinada junto al parasol del cochecito y arreglaba la diminuta almohada donde reposaba, con sus grandes ojos abiertos, la hija menor de la casa.

De pronto, Nesi gritó:

-¡Arre, Nerón, arre!

El perro emprendió la marcha con paso majestuoso y la reducida caravana comenzó su paseo diario.

Rodolfo, y con él Inés, que iba de su brazo más hermosa que nunca, miraban sonriendo. Fuéronse por otro camino. Atravesaron el bosque por uno de los lados del jardín, y llegaron hasta el muro exterior. Detuviéronse frente a una puerta cerrada. La maleza ya no colgaba como antaño, cubriéndola, sino que por ambos lados había sido separada, como si fuera un cortinaje de verdura, a través del cual podía pasarse sin dificultad. Paráronse un instante escuchando el gorjeo de los pájaros, allá en la no interrumpida soledad. Luego, Inés dio vuelta a la llave; y, al girar, cedió, chirriando, el cerrojo. Oyeron cómo los pájaros volaban rumorosos. Pronto, todo volvió a sumergirse en el silencio. La puerta estaba un poco abierta, y este espacio quedó lleno de enredaderas floridas. Inés, con todas sus fuerzas, trató de abrirla del todo pero permanecía como atascada.

-¡Pruébalo tú! -dijo por último, sonriendo y fatigada a un tiempo, a su esposo.

Su mano varonil obligó a la puerta a ceder. Después apartó a ambos lados el ramaje que colgaba.

Frente a ellos brillaba ahora, a la clara luz del sol, la gravilla del sendero. Silenciosos, como en aquella noche de luna, marchaban ambos entre las coníferas verde oscuro, junto a los rosales que derramaban sus pétalos sobre el césped pululante. Anduvieron hasta el final del camino, junto a la glorieta, cuyo banco cubría enteramente la madre selva. Dentro, como en el pasado verano, la golondrina había construido su nido y, asustada con su presencia, voló lejos.

¿De qué hablaban ambos?... Para Inés era también sagrado aquel lugar. De cuando en cuando callaban para escuchar el zumbido de los insectos, que revoloteaban sumergidos en aquel mar de aromas. Años atrás, Rodolfo también lo había escuchado. Era igual. ¿Morirían los hombres y aquellos insectos vivirían tal vez eternamente?

-Rodolfo, he descubierto una cosa -dijo Inés-. Si tomas la primera letra de mi nombre y la colocas al final, ¿qué dirá? ¿Lo adivinas?

-¡Nesi!-exclamó él riéndose-. ¡Es maravilloso!

-¿Ves? -prosiguió-. Así lleva Nesi propiamente mi nombre. ¿No es justo, entonces, que mi hija lleve el nombre de la madre de Nesi?... ¡María!... Suena tan bien. Y tan suave. Ya sabes tú que no es cosa indiferente el poner a los hijos uno u otro nombre.

Su esposo calló unos instantes.

-En efecto, son cosas con las que no debemos bromear -dijo luego mirándole a los ojos-. No, Inés; su recuerdo no debe ser retocado ni aun con el rostro de nuestra hijita. María, no. Pero tampoco Inés... como desea tu madre. Para mí no hay más que una Inés en el mundo-. Y un momento después añadió:- Podrás ahora decir que tienes un marido terco y obstinado.

-No, Rodolfo; ¡únicamente podré decir que eres en verdad el padre de Nesi!

-¿Y tú, Inés?

-Ten paciencia. Con el tiempo conseguiré ser la esposa que mereces, pero...

-¿Ya está aquí otro pero?

-Sí, Rodolfo; pero no es nada malo... Quiero decir que cuando llegue el día... -porque finalmente llegará el día en que todos estaremos allá- en lo que tú tienes poca fe, pero sí alguna esperanza...- pues cuando estaremos allá donde los otros nos han precedido, entonces...-y levantándose de puntillas le pasó ambas manos por la nuca- ¡entonces no me rechaces, Rodolfo! No lo intentes, porque ya no podrás separarte jamás de mí.

Él la estrechó contra su pecho.

-Hagamos lo mejor que el momento exige de nosotros. Este es el mejor ejemplo que un hombre puede ofrecerse a sí mismo y a los demás.

-¿Y qué es?

-¡Vivir, Inés! Vivir tan bien y tanto tiempo como nos sea permitido.

Llegaron hasta ellos las voces infantiles, voces que penetraban el corazón, aunque todavía no fuesen palabras articuladas. Y, entrenecladas con ellas, los gritos de «¡arre!» y «¡alto!» que lanzaba Nesi. Conducido por el fiel Nerón y bajo la protección de la vieja sirvienta, hacía el alegre futuro de la casa su entrada triunfal en aquel jardín del pasado.

Mi primo Christian

Mi primo Christian tenía, ya a sus veinte años, unos hermosos ojos azules. Sin embargo, era muy escaso el peligro que ofrecían, según confesaban las chicas, puesta la mano sobre el corazón. La verdadera causa de ello era (cosa muy rara, por otra parte, en aquella edad) que la fuerza magnética de los mismos no había sido aún liberada. Pero es que mi primo había pasado su vida entre dos mujeres de natural enérgico y absorbente. Claro está que debemos exceptuar los aunque cortos, bien aprovechados años universitarios.

Una de dichas mujeres fue su madre, mi buena tía Jette -Dios la tenga en su gloria-. Yo también fui a dar una vez entre sus duras manos, en ocasión que Christian y yo, un muy caluroso día de verano, habíamos echado mano de sus magníficas guindas. Pero mi primo fue más listo que yo para escabullirse. La otra era la «vieja Carolina», mujer que ya en su lejana juventud había entrado en la casa en calidad de niñera, y que, después de dos noviazgos frustrados, a la muerte del dueño, había continuado como sirvienta adherida a la familia. La rescisión de sus compromisos matrimoniales debe atribuirse, casi exclusivamente, a la excesiva laboriosidad de la novia, ante la cual tanto el último como el penúltimo de los pretendientes se asustaron a pesar de los respetables y conocidos recursos que Carolina poseía en efectivo. El buen sentido de que los novios dieron muestra entonces, encontró cerca de la señora de la casa, un duradero y profundo reconocimiento.

Mi tía Jette pasó, luego de la muerte de su marido, a ser propietaria de una pequeña renta y de una gran casa. Con facilidad hubiera podido arrendar algunas de las habitaciones desocupadas de la misma, pero, como pertenecía a una de las más rancias familias de la ciudad, no podía hacerlo. Afortunadamente, Christian fue nombrado profesor de nuestro Instituto, lo que planteó la necesidad de ocupar algunas de las habitaciones superiores de la casa, que antes habían pertenecido a su padre. Con ello no sufrieron ninguna alteración la categoría y el rango de la casa. Carolina prefería más bien ayudar en sus trabajos al joven doctor, antes que verle, tan apuesto y tan joven, charlar con las damas de la localidad.

Al cabo de poco tiempo de haberse posesionado su hijo del cargo, enfermó tía Jette y no tuvo más remedio que permutar, por aquel reposo que, antes obstinadamente rehusó, su vivir atareado, su alegre fregar y lavar, su gozoso confitar y cocinar. Pero, como mujer decidida, en la nueva situación hacía también lo que precisaba. Todos los días daba una lección sobre la sabiduría práctica de la vida a su hijo y éste, fiel, nunca olvidaba, al llegar a su gabinete de estudio, de anotar en una hoja de papel muy limpia los consejos y sentencias maternas, si bien observó que éstos, al cerrarse un ciclo, comenzaban exactamente de nuevo y en igual forma estimulante. El día antes de su muerte, tía Jette añadió un epílogo a sus conferencias.

-Bien, Christian -dijo, concentrando todos sus esfuerzos en su voz- no quiero que abandones a mi vieja Carolina. Es verdad que la gente va diciendo por ahí que es como una especie de dragón. En cuanto a mí, si se me permite la comparación, te diré que con sus ojos redondos en el ancho rostro y con su nariz curvada sobre la hendidura de la boca, más bien se me figura un viejo búho y tú ya sabes que ese pajarraco ocupa un lugar nada secundario en el reino animal.

Y como mi primo, aunque respetuoso, la mirase con ojos donde brillaba un poco la duda, añadió:

-No, no, Christian. Créeme, lo que tú necesitas es una persona que vele mucho por ti y esto únicamente puede hacerlo la vieja Carolina...

Y así fue como la vieja sirvienta continuó en la casa después del fallecimiento de la madre. A decir verdad, su joven señor se encontraba bien con ella. Lo cierto es -aunque él no se enterase- que la vieja disputaba y regateaba por cinco céntimos con tenderos y

verduleras; y sabía echar a la calle a cualquier mendigo impertinente y sinvergüenza y a todo judío borracho. La gente del campo que iba a la ciudad con la intención de engañar a alguien le temía más que al juez del distrito.

También es cierto que cuando nuestro -doctor y esto solía ocurrir con alguna frecuencia- salía de paseo al mediodía, una vez terminada la clase, y regresaba con algún retraso, podía observar cómo las puertas de las habitaciones las cerraba Carolina con un golpe más brusco que el habitual, o que en ocasiones, después de la sopa, volase hasta la mesa el plato del cocido, como si se tratase del as de triunfo que jugara la vieja. Mi primo, sin embargo, hacía tan poco caso de todo ello como el peón del molinero del ruido de la muela; es posible que en espíritu se encontrase en el areópago de Atenas escuchando la tonante filípica del joven Demóstenes, ante la cual, de una manera manifiesta, no podía ser tomada en consideración la vieja Carolina.

Transcurridos algunos años, sucedió que al doctor algo le cayó en mano: el vicerrectorado del Instituto y la herencia de una de sus muchas tías.

Es verdad que gracias a su dragón doméstico, había podido ahorrar una respetable suma de sus ingresos; pero es asimismo cierto que no sabía cómo invertirla. Esto le traía inquieto. A menudo se paseaba por la gran casa; penetraba en las habitaciones del piso bajo, donde las mesas y sillas y los retratos colgados de la pared estaban igual que en el tiempo en que vivía su madre; iba por los aposentos contiguos, que no se habían tocado después de la muerte de su padre; entraba en el comedor, en la salita de juego... Súbitamente vio el retrato de su padre, un hombre con el pelo cano y suave, y se le figuró que todavía vivía. Y él mismo se vio como un niño, en su traje gris con botones de madreperla, ayudando a su padre a servir el tabaco a los invitados para sus pipas de porcelana; y, mientras estaba ocupado en ello, una linda mano se posaba, acariciante, sobre sus bucles... Siempre y cada vez con mayor fuerza, cuando llegaba aquí, le invadía un gran sentimiento de melancolía, y unos vehementes deseos de ver de nuevo animados esos espacios, ya que no era posible hacer revivir a los muertos... En la ciudad, su parentela era todavía numerosa; casi todas las semanas tenía que ir a una u otra reunión de familia, ya en sus propias casas, ya, en verano, en los jardines de recreo situados en las afueras de la ciudad. ¡Qué cosa más agradable hubiera sido poder reunirlos, a ru vez, algún día en su propio hogar! Pero es más que seguro que una cosa así no la toleraría la vieja Carolina.

No obstante, mi primo adoptó una enérgica resolución; y un buen día se fue a ver a su tía segunda, la mujer del alcalde. Tan pronto hubo ésta oído sus manifestaciones, le recomendó una viuda, la cual poco antes había enterrado a su tercer marido; y luego una vieja solterona, a la que los directores del Asilo de St. Jürgen habían denegado una colocación, falta que el amaba al cielo.

Pero, como mi primo opinase que en su hogar, con una Carolina había ya bastante, decidió no hacer nada sin antes consultar la opinión de su tío el senador.

En efecto, su tío pudo darle mejor consejo.

-Yo te recomiendo -le dijo- mi ahijada, la pequeña Julia Hennefeder. Su padre, como tú sabes, fue nuestro tenedor de libros, hombre que tenía algo de prestidigitador. Era muy conocido por el «Juan Miguel del callejón de los corderos», y, a pesar de que con sus manos hacía lo que le daba la gana, nunca abandonó el «callejón de los corderos». A su viuda, la vida se le presentó muy triste, y, según tengo entendido, se había preocupado mucho para poder conseguir una colocación para su hija. Yo creo que esta plaza debería encontrarla en tu casa y que ella es la muchacha que te conviene, Christian. Por lo demás, la chica no es de las que llaman la atención y su mismo apellido encaja perfectamente con su modo de ser. Es, ciertamente, una muchacha desarrollada y apuesta; y yo creo además, que ha heredado de su padre algunas de sus habilidades, cosa que sienta más bien en una mujer de su casa que en un tenedor de libros...

Y a consecuencia de tales consejos traspuso el umbral de la puerta una muchacha rosada y morena, cuando en el jardín comenzaban a brotar las primeras flores. Mi primo no llegaba a explicarse cómo entre aquellas viejas paredes, de un modo tan repentino, todo empezaba a brillar. Más tarde, cayó él mismo en la cuenta de que aquella luz no era más que el reflejo de la bondad que los juveniles ojos de la muchacha irradiaban.

La tía segunda movió la cabeza, a propósito de esa ama demasiado joven, aunque mi primo no llegó nunca a confesar que la vieja Carolina también la sacudía de cuando en cuando.

Julia tenía, en efecto, una figura ideal; era agradable, esbelta, ágil y apacible; una verdadera ama de casa, bajo cuyo gobierno las cosas se ordenaban quietamente, como por sí mismas. Cuando algo le salía bien, no era sin vencer alguna torpeza propia de su edad, de manera que, en tales ocasiones, parecía pedir perdón por su maña y habilidad. Una vez que a mi primo se le escapó una incontenible palabra de alabanza, vio, asustado, cómo a la muchacha le acudía la sangre al rostro y exclamaba claramente:

-Oh, si a usted le parece bien... -pronunciando todas las sílabas de cada palabra. Pero, en realidad, él no había oído nada; no pasaba de ser una conjetura que había leído en los ojos negros de la niña.

Cuando una tarde, mientras fumaban sus pipas, se lo contó todo confiadamente a su tío el senador, asintió éste sonriendo, opinando que era una manifestación de recato, dulzura y discreción, muy digna de encomio en el rostro de una muchacha joven.

Por sí misma parecía que la atmósfera de aquel viejo caserón iba animándose. Las ventanas se llenaban de flores y ya muy de mañana subían por la escalera, a las habitaciones del piso alto, los trinos de un canario. Sin embargo, siempre tenía preparado un pañuelo para hacer enmudecer al pájaro cuando, durante el desayuno, el señor doctor repasaba sus apuntes. El tío, que ahora se dejaba ver con alguna frecuencia en casa de mi primo, afirmaba que toda la casa había efectuado un giro hacia el lado del sol.

Incluso la vieja Carolina parose un día, con los brazos cruzados, para contemplar a la amita, que se hallaba entonces ocupada en tapizar el sillón de la mesa de estudio del doctor, clavando los clavos listamente, uno tras otro. Por cierto que, cuando se vio sorprendida, huyó veloz hacia la cocina, no sin regañarse a sí misma y murmurando contra la persona que «quitaba el pan de la misma boca del guarnicionero de la vecindad».

A pesar de no querer reconocer la vieja sirvienta la laboriosidad y tranquila amabilidad de la muchacha, no por eso dejaba de espiar por todas partes, con mucha insistencia; y a menudo se la veía, alrededor de mediodía, pasearse inquieta de la cocina al viejo reloj de pared, que estaba en el zaguán de la casa. Ya no cabía la menor duda de que el doctor no regresaba tarde después del paseo del mediodía; y hasta es seguro que, con alguna frecuencia, debía haber corrido para no llegar tarde. Para ella, que le había llevado en sus brazos, ¡nunca se había dignado derramar una sola gota de sudor!

Los labios de la vieja se movían solos y le venía hipo, como si tuviese que tragar algo muy amargo.

Era evidente que, en contraste con el resto de la casa, únicamente la cocina no giraba hacia la parte del sol.

-Mientras tanto, pasaban las estaciones. Las rosas del jardín ya estaban mustias; las legumbres y los espárragos, no tan sólo habían sido ya cosechados, sino que una parte se guardaba dentro de blancos tarros en la despensa; junto a los mismos había, cuidadosamente alineadas, anchas botellas repletas de grosellas y de aquellas famosas guindas, cuyo empleo discrecional ya no podía prohibirse.

Cuando llegó, con el otoño, el tiempo de la fruta, de la que el huerto poseía de las clases más finas, mi primo cumplió como el mejor de los hombres. Valeroso al igual que un muchacho, trepó hasta las ramas más altas, para recoger las gordas manzanas de Gravenstein. Los chiquillos de la vecindad le contemplaban a través de la empalizada. Le miraban con ojos codiciosos, exclamando en su bajo alemán: «¿Quiere que le ayude? ¿quiere que le ayude? ¡Yo podré subir hasta lo más alto!»... Pero mi primo no necesitaba de

la ayuda de aquellos rapaces; él solo se bastaba. Al contrario; de cuando en cuando, rebosante el corazón de alegría, lanzaba en medio de ellos una gruesa manzana, cosa que provocaba más allá de la valla un gran alboroto. Pero las manzanas más hermosas, aquellas que eran encarnadas como una mejilla, volaban hacia su ama, que permanecía, con el delantal tendido, debajo del manzano. Pero es la verdad que hoy no era tan hábil como en días anteriores, ya que mientras sus ojos iban siguiendo angustiados a su señor, que subía por una rama muy delgada, a veces una manzana gorda dábale en la mano prendida de la punta del delantal. Con los movimientos que debía hacer, ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda, los rizos de su peinado se habían soltado y colgaban moviéndose sobre la nuca. Al ver que las manzanas caían seguidamente una tras otra hacia ella, viose obligada por último a pedir misericordia.

-¡Christian, hijo mío! -dejose de pronto oír la voz del tío senador, que acababa de bajar al huerto ¿Dónde estás metido?... ¡Por el dios Mercurio! Poco falta para que te vuelvas tan niño como el mismo día en que te bautizaron. Pero, ¿sabes que acaban de dar las dos en el reloj de la torre?

Voló todavía, certera, una última manzana hacia el delantal de Julia; y luego descendió hasta el suelo el primo en persona. Es casi seguro que se había olvidado de la clase. Sus pensamientos continuaban prendidos de las verdes ramas.

-¿Qué le parece a usted, señorita Julia? -dijo mientras se sacudía alguna hoja amarillenta que se había prendido en sus cabellos-. A las cuatro pienso recomenzar nuestra labor. ¡Verdaderamente, tío, nunca hubiese creído que supiese trepar de tal manera!

Noviembre había llegado. Las ramas de los árboles estaban desnudas; el jardín asolado. Pero la despensa y la bodega se hallaban repletas. Las veladas eran largas y tristes. Se acercaba el día de la gran fiesta familiar.

Cuando hubieron calculado el número de los invitados, resultaron ser éstos dieciséis, sin incluir a los de la casa y a una pobre señorita que todas las Navidades recibía, como regalo de la tía segunda, una libra de café y dos pilones de azúcar.

Carolina afirmaba que en la gran mesa tan sólo podían sentarse dieciocho personas. Pero Julia, ruborizándose, dijo:

-Si el señor deja que yo mire si...

Mi primo se sonreía calladamente, mientras pensaba:

-Seguro que ya debe tener alguna de sus agudas ocurrencias...

Y así fue como se pudo anotar en la lista al décimo séptimo comensal.

La cosa iba de veras. Carolina disputaba a sus anchas con carniceros y pescaderos. Mi primo subía polvorientas botellas de la bodega y recortaba finas tiras de papel para encender los cigarros: el tío senador (porque de ello no entendía mi primo) debía encargar mazapán de Lübeck; Julia, con las mejillas encarnadas, iba y venía a lo del vecino panadero, a quien había solicitado un sitio en su horno para sus pasteles; o volvía de casa del jardinero a quien acababa de encargar un magnífico ramo de flores de otoño.

Y así llegó la gran tarde de un domingo. Para ir hasta la casa había que atravesar el jardín; y los faroles de la fachada, que habían sido encendidos al atardecer, señalaban alegres el ancho camino.

En el interior, a la luz de la gran lámpara, brillaban las tazas y rugía la tetera. En la contigua salita de juego, mi primo había colocado los naipes y las fichas, mientras que allá, tras la puerta del gran comedor, Julia dada los últimos toques y revisaba la instalación de la mesa, que hacia muchos años no se había visto adornada con el gran tapete de damasco verde y los macizos candelabros de plata.

Habían dado ya las seis, y mi primo se paseaba por las habitaciones, todavía desiertas, con el reloj de oro en la mano. Por último sonó, allá fuera, la campanilla de la puerta exterior. Se oyeron voces alegres, jóvenes y viejas... ¡Ya estaban aquí!: el tío senador y la tía; otras dos tías; dos primos y dos primas, todos de la familia, hasta siete, sin contar a la señorita pobre. De cuando en cuando, el viento abría bruscamente la puerta exterior, pues soplaba del norte, cosa que contribuía a dar mayor estima a la comodidad del interior. Por fin parose un coche frente a la puerta del jardín y la tía segunda fue bajada del mismo, mientras Carolina, que había aparecido tocada con una cofia adornada con lazos de color de rosa, retiraba de la señora alcaldesa la pesada capa.

Todos los invitados habían llegado ya. Junto a la mesa del té, allá en un ángulo de la sala, la pequeña ama de la casa, alegre, vertía la aromática infusión en cada una de las tazas; dos primitas presentaban, una, la deliciosa bebida y la otra los pasteles preparados de acuerdo con viejas fórmulas familiares. Un ambiente de bienestar iba esparciéndose por la casa, hasta que todos, unánimemente, rompieron en alabanzas. La tía segunda, sentada en uno de los extremos del sofá, estaba recorriéndolo todo con su mirada penetrante y, satisfecha, daba muestras de aprobación hacia la mesa.

-¡Muy bien, querido Christian! -decía apretando la mano de mi primo-. Suerte de tener el coche en la ciudad; si no, ¿cómo hubiera podido yo venir, con ese mal tiempo?

Christian comprendía claramente el elogio que aquellas frases contenían; y, de haber estado en uso todavía entre ellos, seguramente habría besado la mano de la vieja dama. Pero todo su agradecimiento lo expresó con un apretón de reciprocidad.

Poco después, todos los invitados se hallaban sentados en la salita contigua, entreteniéndose en una partida de whist. Julia había ido a buscar, para la señora alcaldesa, un almohadón para sus pies, cuando al entrar mi primo, para contemplar el juego que se estaba celebrando, mirole mi tío maliciosamente.

-Bien, Christian -le dijo, dando unos golpecitos en la mesa con la punta de los dedos-. ¡Esta velada es muy diferente de las que pasaste el invierno último, sentado solo allá arriba en el fumador! Y de qué manera tan gentil -prosiguió dando nuevos golpecitos en la mesa- se ha puesto nuestra pequeña Henefeder sus lacitos de color de rosa en las trenzas. En confianza te diré, Christian, que lleva mejor sus lazos que tu Carolina los de la gran cofia. De todos modos hemos de convenir, querido sobrino, que el color de rosa es el que hoy predomina en tu hogar; y... allá van siete, gran comilona, ¡señoras! ¿Qué opinas tú, Christian?

Mi primo asintió y se fue contento al gran salón, donde los demás invitados estaban jugando, sentados al gran tablero antiguo heredado de sus antepasados. Los jugadores discutían alegremente la partida, bajo el más o menos acompasado golpear de las fichas. El alma del juego era una parienta vieja, solterona, con la cabeza llena de rizos postizos y que, para proporcionar mayor estatura a su bajita persona, solía sentarse sobre una de sus piernas dobladas. Por tal motivo era conocida en la familia con el sobrenombre de «Pierna izquierda».

(Cuando mi primo era todavía un niño, hizo con ella la siguiente travesura: Habiéndose deslizado cautelosamente bajo la mesa, junto a la que ella estaba jugando en compañía de otras señoras, mi primo gritó de pronto: «¡Qué veo! ¡Qué veo!» «¿Qué es lo que ves, chico?» preguntó ella. «Veo cuatro tías y solamente siete piernas.» Mi prima comenzó a jugar, desorientada, y perdió la partida. Pero la broma hace ya mucho tiempo que está olvidada.)

-¡Primo Christian! -dijo-. Se está muy a gusto en su casa; debo declararle que está ricamente instalada. Pero ¡síntese a jugar, hombre de Dios! Precisamente ahora estoy repartiendo los naipes.

-Perdone, prima. Hoy soy el anfitrión -repuso mi primo haciendo un gesto con la mano.

En aquel momento acertó a pasar por delante de mi primo la pequeña ama de la casa, cargada con una cesta de pasteles. Deteniéndose un instante, le dijo muy bajito:

-Pero ¡juegue usted, señor doctor! Si usted tiene confianza en mí, ya cuidaré yo de todo lo demás.

-¡Claro que sí, señorita Julia! Tengo puesta en usted toda la confianza -murmuró el doctor, algo precipitadamente; y cuando, al marcharse, la miró vio que se ruborizaba y le decía con sus bellos ojos negros:

-¡Oh, muchas gracias! Si a usted le parece bien...

Lo que no podía mi primo era ver cómo brillaban aquellos ojos allá en la cocina, junto al viejo dragón, o bien en el comedor, pues continuaba sentado junto a la prima «Pierna izquierda» jugando al póker, luego de haber echado lejos de sí todos los cuidados de la casa, pues éstos -lo sabía de una manera muy cierta- se encontraban depositados en las mejores manos. Tan sólo la vieja Carolina inquiría en los ojos de la joven, y tanto menos le gustaban cuanto más creía ver a menudo en los del doctor como un reflejo de la mirada de aquélla.

La velada iba transcurriendo... A las nueve se abrieron las puertas del tercer aposento y apareció la gran mesa adornada con flores sobre el tapete de damasco claro, deslumbrante bajo la luz refulgente de las velas. Mi primo ofreció el brazo a la tía segunda, pues el tío había sabido encontrar a la ahijada. Claro está que ella pensó que era un honor excesivo, tal vez; pero no hubo manera de poder excusarse.

-Hoy, mi pequeña ahijada -le dijo el tío- es usted la señora de la casa; ¡y por esta vez debe preferirme a mí, aunque sea viejecito!

De todo lo cual la joven se sintió muy avergonzada. La vieja Carolina, que en aquel momento entraba en el comedor con una fuente llena de carpas, dirigió una mirada ponzoñosa al buen señor, quien, por desgracia, no se dio cuenta de ello. Cuando hubieron llegado junto a la mesa, hizo Julia una graciosa reverencia con la más amable de las sonrisas y se fugó. Inmediatamente el tío se encontró instalado al lado de la tía segunda. La fila de la mesa se cerró.

Mi primo se frotaba las manos de satisfacción, al ver sentada a la mesa a toda su parentela. No le pasó inadvertido cómo Julia ayudaba a la vieja Carolina, de cuando en cuando. Pero, en tratándose de comer, cada cual debe tener la vista muy atenta al plato respectivo. Es por ello que él no se daba cuenta, cuando recibía ya las carpas, ya la salsa de manos de la vieja tirana, de cómo a ésta se le erizaba el bigotillo todas las veces que la chiquilla se le acercaba con alguna fuente.

Por último, habiendo tocado el turno al asado, apareció éste imponente, como si hubiese de deslumbrar a las mismas lámparas. Todas las miradas y todas las lenguas estaban sueltas. Levantose, solemne, mi primo, y, dando con el cuchillo en la copa, requirió silencio. Luego dijo:

-¡Nuestra querida y muy respetada tía segunda, viva!...

Súbitamente se interrumpió, como si hasta en aquel preciso momento no se hubiese dado cuenta de toda la concurrencia que le rodeaba.

Después de toser exclamó:

-¿Dónde está la señorita Julia?

Entonces se dejó oír una voz clara, que procedía de uno de los ángulos del comedor:

-¡Aquí estoy, señor doctor!

Dirigió Christian allí su mirada y la vio sentada en un taburete.

-¡Nuestra muy respetada tía segunda, viva muchos años! -dijo por fin, mi primo.

-¡Viva! ¡Viva!

Y todos, hasta la misma Julia, se levantaron y brindaron a la salud de la tía. A despecho del viejo dragón, brindó ella también con mi primo; y, al ver que sacudía la cabeza con simulado enojo, como reprendiéndola por su voluntaria postergación, la miró tan abatida, implorando su perdón, que se quedó desconcertado. Y se hallaba tan confuso, que se había vuelto a sentar antes de haber confirmado su brindis con un pequeño sorbo, a lo que la anciana dama le dijo levantando el dedo:

-¡Por Dios, Christian! ¡Espero que querrás ser bueno con tu vieja tía!

Sobresaltado, dejó caer su copa.

Prima «Pierna izquierda», que acababa de mudar de pie, reclamó la atención de toda la concurrencia. Se levantó, con la copa en alto, gritando con voz de grajo:

-¡Estoy enamorada!

Y mirando a todos los comensales, como viera que a nadie se le ocurría ninguna objeción a lo que afirmaba, formuló ella misma, enérgicamente, la pregunta:

-¿De quién?

Y, como también todos se callasen, hizo, por sorpresa de aquellos que no conocían su brindis, esta muy tranquilizadora contestación:

De la honradez y la alegría,
que son grandes enemigos
de toda gazmoñería...

Fue un brindis muy bonito y muy largo. Pero lo recitó valerosamente hasta el final, inclinándose ante los que levantaban hacia ella su copa o se acercaban para chocarla con la suya. Asimismo la señorita pobre pasó desde el lado de la prima «Pierna izquierda» hasta el taburete del ángulo del comedor, para brindar con la señorita Julia; y con sus delgados y huesudos dedos estrechó la pequeña pero fuerte mano de la muchacha, como para darle la seguridad de que ambas no serían nunca hipócritas.

La alegría y animación iba en aumento. Al llegar a los postres, hizo su aparición el gran mazapán, que representaba la Casa del Ayuntamiento de Lübeck, con la plaza del mercado y todo, el cual, después de haber dado la vuelta a la mesa, fue repartido delicadamente por la tía. Entonces mi primo ordenó que fuesen sacadas de su oscuro y polvoriento rincón de

la bodega tres botellas de viejo Johannisberg heredadas de su padre; cosa que no dejó de causar la más agradable de las impresiones, así a los viejos como a la gente joven, tanto más cuanto que nadie oyó el rabioso monólogo de la vieja Carolina mientras descendía por la escalera de la bodega. Una vez descorchadas las botellas, el aroma tanto tiempo recluido difundiose por el comedor, llenándolo de una atmósfera de alegría. Entonces, levantándose, el tío comenzó a cantar la vieja canción:

«¡Del alto Olimpo viene la alegría!»

Y no bastó que la gente joven encontrase la canción pasada de moda; por respeto, ellos también la cantaron.

Allá fuera, en la calle, apoyado en su chuzo, estaba el sereno, el viejo Matías, aquel que con una voz tan clara saludaba y anunciaba la llegada del Año Nuevo. Escuchó atentamente hasta que hubieron terminado la vieja canción. Luego, maravillado de lo que esta noche ocurría en casa del doctor, siempre tan callada y tranquila, cantó las once y prosiguió su ronda...

Pero, como todo goce tiene su fin, así terminó, con el Johannisberg, la gran fiesta de familia de mi primo Christian. Ya comenzaban los invitados a retirar las sillas, cuando llamó de nuevo mi tío, dando con el cuchillo en la copa.

-¡No olvidemos nuestro viejo brindis! ¡Amigos, que la dicha nos acompañe hasta nuestros postreros días!

Los jóvenes también brindaron con devoción, como si divisaran aquel dedo que se levanta, tal un aviso para todos nosotros, allá en el brumoso porvenir.

Mi primo volvió su mirada hacia el taburete del rincón, y pensó:

-En efecto, ahora todo te marcha bien; pero ¿cómo te irá en la vejez?

-¡Christian, hijo mío! -exclamó bajito la tía-. He pasado esta velada en tu casa, como en tiempos de tu difunto padre.

Mi primo se levantó para acompañar a la vieja señora al cuarto contiguo; y, mientras mutuamente los concurrentes se deseaban buen provecho, apareció Carolina con las pieles, capas, abrigos y manguitos. Fuera se oía chasquear al cochero, quien hacía un rato había sacado ya el carruaje de la cochera. Comenzose a oír la campanilla de la puerta exterior tocar repetidamente, y asimismo distinguíanse las voces de los invitados que se despedían unos de otros; y muy pronto ya no quedaron en las habitaciones desiertas más personas que mi primo y la señorita Julia. Comenzaron a recoger los naipes, a colocar los tapetes y a apagar las numerosas lámparas.

A mi primo parecía decirle el corazón que le faltaba comunicar algo a la señorita Julia. Indagó en su memoria, pero fue en vano. Claro está que le quería decir que en otra ocasión no debía permanecer sentada en el taburete del rincón; pero propiamente no era eso. Movi

sin necesidad alguna, unos sillones y sillas; y, asimismo, la señorita Julia frotaba innecesariamente con su pañuelo una mesa ya de sí muy brillante. Por último se dieron las buenas noches. El antiguo reloj inglés -que estuvo una vez confiscado durante el bloqueo continental, y que recuperó el padre de mi primo- dio, desde el vestíbulo, los tres toques que significaban que solamente faltaba un cuarto de hora para la medianoche. ¡Qué tarde; y cómo había, hoy, pasado el tiempo!

Cuando a poco se oyó la potente voz del viejo Matías cantar desde la calle las doce, vio éste que no aparecía luz alguna en las ventanas cerradas de las vecinas casas. Unos momentos balanceó su cabeza gris. ¿Qué habría ocurrido? Una boda es seguro que no; pues tratándose de tal familia no cabe duda que los buques anclados en el puerto hubieran estado empavesados y para el sereno es casi cierto también que no se hubiera escatimado algún regalito... Y, hablando consigo mismo, el viejo sereno continuó su ronda, hasta que el toque del próximo cuarto de hora le arrancó de sus cavilaciones.

Rebosante su corazón todavía de la alegría de la fiesta del día anterior, así como del agradable gobierno de la casa por la pequeña ama, tomó mi primo, a la mañana siguiente, su larga pipa a fin de emprender nuevamente, con su asistencia, el camino de su vida ordinaria. Al entrar en la cocina para encender su pipa, encontró a la vieja ocupada en limpiar los cuchillos utilizados en la fiesta. No pudiendo resistir un impulso de su corazón, le dijo:

-Carolina -y echó una fuerte bocanada de humo-, Julia es muy buena chica.

La sirvienta trabajaba abstraída en sus cuchillos.

-¿No me oyó, Carolina? -repitió el doctor-. Estaba diciendo que Julia es una chica muy buena.

La vieja apretó los labios, de modo que su barbilla casi tocaba su labio superior.

-Es una muchacha que se olvida de sí misma. ¡Es una maravilla! -prosiguió el doctor, fumando y como hablando para él.

-¿Que se olvida de sí misma?

Esto era para la vieja ya demasiado. Y siguió frotando con mucho brío los tenedores y cuchillos, que luego caían dentro del cajón con gran ruido.

Mi primo, que ya sabía que no todos los días y horas eran idénticos para el humor de la vieja, preguntó con calma:

-Pero, Carolina, ¿qué le pasa a usted, hoy?

-¿A mí? ¡Nada, doctor! -e inclinándose echó con ambas manos el resto de los cuchillos y tenedores en el cajón de la mesa.

-Lo que yo tan sólo digo, es que no se deje embaucar. Eso es lo que yo le digo, señor doctor.

Y de nuevo se encontraba delante de mi primo, temblando, y moviendo su cabeza cada vez con más violencia.

Mi primo, que la había escuchado con la mayor buena fe, habiendo dejado a sus pies la larga pipa, le preguntó algo pensativo:

-¿Ha dicho embaucar, Carolina? ¿Qué quiere significar con ello?

-Muchas cosas -repuso impasible la vieja.

Claro que muchas cosas, Carolina; pero ¿es que tiene usted alguna opinión?

-Pues sí que la tengo, señor doctor; puesto que mis ojos, aunque viejos, suelen ver mejor que algunos que son más jóvenes.

-¡Vamos, vamos, Carolina!

El doctor salió de la cocina y se fue a su habitación, donde en aquel momento Julia estaba sirviéndole el café, muy coloradita bajo su pequeña cofia. Fumando, estuvo paseándose por el aposento arriba y abajo, un par de veces. De repente, como si algo le pesara en el corazón, se detuvo delante de la muchacha y le dijo:

-Confiese, señorita Julia, ser cierto que a veces debe usted sufrir mucho con nuestra buena vieja.

La muchacha le miró con toda la ingenuidad de sus ojos pardos.

-Nos soportamos mutuamente, señor doctor -replicó-; pues, ¿quién no practicará la paciencia con los viejos?

El reloj dio pausadamente las ocho y el doctor tuvo que apresurarse para no llegar tarde a clase.

Pasaron los días. Mi primo observó claramente que sufría alguna íntima inquietud, cuya causa buscaba en vano. Su salud era excelente; su casa, mejor cuidada que antes y también su conciencia -según le parecía poder afirmar-, en lo esencial, estaba sin carga alguna. De cuando en cuando, se le ocurría pensar: «¡Si pudiese marcharme de aquí!» «Si estuviese en período de vacaciones de Navidad, procuraría ir a casa de algún amigo de la Universidad para pasar con él aquellas fiestas.» Sin embargo, cuando lo consideraba con calma, le asaltaba siempre como un desconuelo al pensar que tenía que pasar aunque fuese un sólo día fuera de su propio hogar. ¡Qué cosa más rara!...

Seguro que si hubiese consultado a la vieja Carolina, le habría dado razón de ello. Esta sí que conocía la enfermedad con todas sus posibles e imposibles consecuencias; y hasta no hacía mucho tiempo que había descubierto un nuevo síntoma. Sí; en lugar de acostarse, como antes, todo lo más tarde a las once, ahora no solía hacerlo el doctor hasta después de medianoche. Permanecía sentado en su gabinete de estudio; olvidaba el sueño, que tanto quería antes. ¡Y Carolina sabía formular muy bien sus conclusiones! Saltaba verdaderos precipicios, con agilidad superior a la del mejor de los acróbatas; trepaba por altísimas escaleras, que se balanceaban bajo su nariz, y se sostenía en ellas, triunfante, y sin vértigo, subida al peldaño. ¡Oh, la vieja Carolina!...

Ocurrió el viernes siguiente, que, como de costumbre, Carolina llevó una botella de agua fresca a la habitación de la «amita». Ordenada como siempre, miró a su alrededor; y, puesto que no había ningún otro objeto con que calmar su furiosa inclinación, tomó un vestido de la amita, que estaba colgado en la parte izquierda de la puerta, y fue a colgarlo al lado derecho de la misma puerta. Por casualidad se cayó del bolsillo del vestido un pañuelo que estaba cuidadosamente doblado, por cuyas iniciales vio en seguida que pertenecía al doctor.

¿Qué significaba aquello? ¿Cómo había ido a parar el pañuelo al bolsillo del ama? Quedose tan asombrada, que sus redondos ojos parecía que iban a saltar de sus órbitas. De repente, un rayo de luz vino a aclarar el objeto de su admiración. El Gran Turco -esto se lo había contado el hijo de su hermano, el marinero- cuando quería salir al aire libre, enviaba primero el pañuelo a la dama de sus pensamientos. Y su señor, el doctor, fumaba tabaco turco; el pasado verano había sembrado guisantes turcos en el huerto. ¡Se conoce que sentía una predilección por todo lo turco!... En el cerebro de la vieja, una idea empujaba a la otra. ¡Dios del cielo! La habitación de Julia estaba sólo separada del gabinete del doctor por un pequeño cuarto en el que el ama tenía su cómoda. Y las puertas de la habitación permanecían constantemente abiertas. La vieja se estremeció. El doctor no conocía el mundo. ¡Si por lo menos acabase todo ello en una boda! ¡Con una persona que no tenía posición, ni era de una gran familia!... Se llamaba Hennefeder como hubiera pedido tener otro apellido cualquiera, de esos que no tienen la menor importancia... ¡Ella, a quien hoy había sorprendido en la sala hablando con un judío, un traficante de vinos, a quien, al marcharse, se le podía leer en el rostro que el doctor se había dejado engañar con la compra

de algunas botellas de vino caro! Bien; la vieja Carolina, de hoy en adelante, tendría los ojos muy abiertos.

Después que hubo llegado a un acuerdo consigo misma, volvió a dejar el maldito pañuelo en el bolsillo del vestido y bajó a la cocina. Pero todo el santo día anduvo como trastocada, y en lugar de poner al fuego el puchero del café, ponía la sartén.

Al anochecer, su inquietud crecía. Cuando el reloj dio las diez y media, oyó cómo el ama subía la escalera hacia su dormitorio. El doctor se encontraba desde las nueve en su gabinete de estudio. Varias veces anduvo Carolina desde la cocina hasta el vestíbulo, cautelosamente. Pero el péndulo del reloj hacía tanto ruido que nada podía oír. Por último, se deslizó por la escalera; y, subiendo hasta el dormitorio del ama, aplicó el oído a la misma puerta... pero no oyó otra cosa que el ruido propio del movimiento de ropas femeninas... Luego escuchó en la puerta del doctor. Allí pudo percibir claramente cómo mi primo golpeaba con la pipa encima de la estufa.

Bajó de nuevo; quería esperar hasta que el señor se hubiese retirado a su dormitorio. Temblando y tiritando, envuelta en su delantal, la pobre vieja se sentó, en la silla de madera, junto al hogar casi apagado. Pero el reloj dio las doce y nadie se movía. No podía soportar aquello por más tiempo. Recordó lo mucho que tenía ella que agradecer a la madre del doctor, puesto que la había cuidado y educado. Subió de nuevo por la escalera, y como todo continuaba quieto, abrió decidida la puerta del gabinete de estudio y... allí estaba sentado tranquilamente el doctor fumando su pipa turca. Delante no tenía ningún libro, ningún papel; tan sólo estaba fumando. La luz se había extinguido, y la vela, que tenía dispuesta para ir al dormitorio, ardía encima de la mesa, con una mecha muy larga. Todo aquello era en extremo sospechoso.

Viendo que el doctor no parecía darse cuenta de que ella estaba allí, acercose a la mesa y arregló la vela.

Mi primo levantó la vista.

-Dios mío, Carolina. ¿Qué desea usted?

-Quería decirle únicamente, señor doctor, que su dormitorio, en el piso bajo, está ya preparado.

-Ya lo supongo, Carolina; pero, ¿qué hora es ya?

-¡Medianoche, señor doctor!

-¿Medianoche? ¿Y a estas horas, a su edad, anda rodando aún por la casa? ¡Vaya a acostarse, Carolina!

-Sí, ¿eh? -pensó la vieja-, ¡entonces es verdad! ¡Quiere que me vaya a mi cuartito del desván! -y en voz alta añadió-: Me estaba durmiendo allá en la cocina, pero ahora voy a acostarme. Buenas noches, señor doctor.

-Buenas noches, Carolina.

Con su andar penoso subió la escalera y de una manera muy perceptible abrió y cerró la puerta de su aposento. Pero no había hecho más que dejar dentro la vela que llevaba en la mano. A tientas anduvo a través de las cajas y otros bultos caseros que estaban en el suelo. Cuando su mano dio con un cubrecama, que se encontraba allí desde la muerte de la señora, lo extendió en el suelo y aplicó sobre el mismo el oído. Estaba segura de encontrarse entonces encima de la habitación donde el ama tenía su cómoda.

Todo permanecía tranquilo. Únicamente los guisantes turcos, que estaban colgados de unos hilos tendidos, crujían, movidos por el aire nocturno que pasaba a través de las rendijas del tejado. Allá lejos, fuera, el reloj de la torre de la iglesia dio la una... En la incómoda posición en que se hallaba, un extraño sopor iba invadiendo la cabeza de la vieja, hasta que llegó a hacerse insoportable. Luego... ¿qué era aquello? Al igual que una sacudida eléctrica circuló por todos sus miembros: había oído el chirrido de una de las puertas de la habitación. Pero en aquel mismo instante -pues sus piernas temblorosas se habían quedado rezagadas- enredose con el cubrecama y su cabeza quedó metida en él, como si llevase una caperuza de tortura de la Edad Media. De un armario contiguo saltó un gato, que, soplando, se quedó mirándola.

-¡Resopla! ¡resopla! -exclamó la vieja- ¡pronto resoplaré yo también!

Ya tenía bastante. Es posible que abajo hubiera habido un susto muy saludable, que sin duda duraría aún al día siguiente y... pasado mañana algo muy diferente iba a ocurrir. Estuvo escuchando todavía un rato y, como ya nada se percibía, sacó cuidadosamente su cabeza del cubrecama y regresó con sigilo a su aposento.

Pero los proyectos y planes a cual más vasto, cruzando con violencia su cerebro, no la dejaron dormir. Más de diez veces dio vueltas a la almohada y revolvió otras tantas la cama, de modo que al final no sabía si estaba tendida a lo largo o atravesada. Cuando por último se fijó el primer resplandor del alba sobre los cristales de la pequeña ventana, se hallaba acurrucada en el extremo del lecho, como si fuera un mochuelo. La punta de su nariz encorvada se movía de arriba a abajo. Los párpados, con sus grises pestañas, caíanse sobre las abiertas pupilas. El aposento más bien parecía el nido de una lechuza, y las plumas del edredón esparcidas por el suelo simulaban los restos de las aves devoradas. Sin embargo, la vieja Carolina tenía ya ultimado su plan.

-¡El camino recto es el mejor! -murmuraba para sí. Y descendió del lecho con su pierna izquierda, tan lejos se encontraba su pensamiento de las cosas inmediatas.

Cuando a la mañana siguiente entró Julia en la cocina y diose cuenta del lamentable aspecto de la vieja, le preguntó compasivamente cómo había pasado la noche.

Carolina, que estaba sentada desayunándose, sopló un par de veces su café antes de contestar; y luego, como si hablara a los muros, pero con muy clara entonación, dijo:

-Alguien, cuya cabeza descansa dignamente en la almohada, ha pasado una mala noche.

-Seguro, Carolina, que así la habrá pasado usted -repuso la muchacha, sonriendo-; pero es cierto, también, que allá arriba habrá usted oído correr a los duendes.

-Yo creía que los duendes se estaban paseando por aquí bajo -contestó la vieja sin levantar la vista.

-Carolina, yo me levanté a buscar algo en la habitación contigua a la mía.

-¿Alrededor de la una? Yo pensaba que la señorita, a las diez y media ya estaba acostada.

-Me entretuve repasando un vestido.

La vieja movió la cabeza.

-Sin duda la señorita debe tener una madre ordenada y recatada, que nunca habrá dado a sus hijos un mal ejemplo.

-¡Oh, nunca, Carolina! Mi madre es muy buena.

Julia sintió que el tono de la vieja era algo mordaz, pero en vano inquirió la causa.

Mientras tanto, la vieja había retirado la taza y tomaba de nuevo la pala y las tenazas de la cocina.

-Esta mañana tengo que hacer algunas diligencias -dijo, mientras echaba leña al hogar-. No es asunto mío, sino por causa de otras personas. Conviene que las patatas estén preparadas antes.

-Bien, Carolina: ya sé que no se va a olvidar.

-No -dijo la vieja-; si Dios quiere, nada será echado en olvido.

Y, en efecto, una hora más tarde, Carolina, que casi nunca salía de la casa, llevaba ya puesto el sombrero de tafetán negro; y Julia la vio, desde la ventana, cómo iba calle abajo con su paraguas de cuadros azules debajo del brazo.

Poco después, Julia había tocado su cabecita con un sombrero de terciopelo, y no sin haber dado antes algunas órdenes a la mujer que estaba haciendo la limpieza semanal en el vestíbulo, salió también de la casa y poco después entraba en una mercería de la plaza mayor. Al saludarla el dependiente con su amable: «¿Qué se le ofrece a la señorita?», inclinándose ante ella, dejó Julia el fatal pañuelo sobre el mostrador, diciendo:

-No tenemos la docena completa. ¿Tendrían tal vez ustedes todavía otros iguales, con idéntica orilla?

Precisamente le quedaban a la casa algunos; y, con manos listas, pronto el dependiente buscó, mostró y envolvió la tela.

-¿Desea algo más la señorita?

-No, gracias, no deseo nada más.

De nuevo se encontraba en la calle, contenta por haber completado la docena, y con lo comprado en el bolsillo. Se detuvo unos instantes en la calle, mirando y pensando si todavía podría ir a hacer una corta visita a su madre, que vivía en una travesía de la misma calle. Entonces vio a la vieja Carolina doblar una de las esquinas de la calle mayor, y seguir hacia la plaza, ocupada con su paraguas y su sombrero. Una sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha. «Seguro que no va a poder, decía para sí misma; tendrá que cogerlo con ambas manos.» Y, alegre, cruzó la calle en dirección a la casa de mi primo, que ahora era ya su casa. Lo que no vio Julia, fue al pequeño ángel de la guarda que, sonriendo igual que ella poco antes, volaba con sus blancas alas sobre su cabeza, durante todo el trayecto.

Arriba, en su gabinete de estudio, gozando ampliamente de la libertad de la tarde del sábado, una taza de café delante de él, estaba sentado Christian leyendo el periódico. Lo cierto es que no leía con mucho interés, pues en la sala del piso bajo la excelente muchacha estaba bordando su nombre en el pañuelo nuevo. Incluso el sillón donde él ahora se sentaba lo había tapizado ella. Todo eso se le ocurría mientras iba leyendo el periódico.

Entonces se abrió la puerta y penetró Carolina en la habitación, anunciando a la señora Hennefeder.

-Introduce a la señora donde está su hija -dijo mi primo.

-Es que la señora, ¿sabe?, desea hablar con el propio señor.

Y en la voz de la vieja se revelaba algo que hizo enmudecer a mi primo.

La miró por encima del periódico.

-¿Por qué te muestras tan satisfecha, Carolina? -le preguntó-. ¡Tienes los ojos muy brillantes!

-No es que esté contenta, señor doctor.

-Bueno, puedes decir a la señora Hennefeder que tenga la bondad de pasar.

La pequeña y regordeta señora, que estaba esperando fuera de la puerta, fue introducida en el estudio de mi primo con una casi amable violencia. Al parecer estaba muy agitada, pues las flores de su sombrero de paja se movían estremecidas. A la invitación de mi primo a que tomara asiento, sentose en el extremo de la silla que él le ofreció.

Carolina dirigió una mirada para animar a la visiblemente acobardada mujer; y, como no existiera ningún pretexto para prolongar su permanencia en el cuarto, salió arrastrando sus pies hasta la escalera, donde continuó, indecisa, apoyada en la barandilla. ¡Escuchar otra vez, y ahora por pura curiosidad, no quería hacerlo! La señora Hennefeder, a quien había ya revelado todo el asunto, abriría la boca. Era una persona valerosa y poco amiga de los circunloquios, de modo que, cortando por lo sano, seguramente llevaría a la muchacha lejos de la casa... Ensimismada en tales pensamientos, la vieja fue vuelta en sí, con espanto, por la fuerte llamada de la campana, que, tirada por el cordón desde el aposento del señor, estaba colocada encima de su cabeza.

Cuando, seguidamente, entró en el gabinete de estudio, vio allí a la señora Hennefeder sentada, con los ojos bañados en lágrimas. Mi primo estaba de pie con la mano aún en el cordón de la campana.

-La señora Hennefeder -dijo- ruega a la señorita Julia que tenga la bondad de venir.

Carolina procuró leer en el rostro de mi primo. ¿Cómo habría ido la cosa? En la mirada de su pequeño Christian había algo de irónico que no era producto de su educación ni de la de su madre. Pero no tenía más remedio que cumplir la orden recibida. Y, poco después, unos pasos jóvenes y elásticos subieron por la escalera y penetraron en el estudio de mi primo. La vieja Carolina se quedó en la planta baja, vagando al azar, en el espacio comprendido entre la cocina y el vestíbulo, murmurando para sí palabras ininteligibles.

Alguien bajaba, ahora, con precipitación, por la escalera. Era el doctor. Vio todavía cómo cerraba la puerta; pero no le fue posible a él ver cómo su vieja Carolina se desplomaba silenciosamente sobre la silla de la cocina. Rápido marchaba mi primo por la calle; primero hacia la derecha; luego a la izquierda, y, por último, entró en casa de su tío el senador. Sin llamar ni hacerse anunciar, penetró en el despacho particular del mismo.

-¡Christian, hijo mío! -exclamó el viejo señor, levantando la vista del libro de contabilidad que tenía delante-. ¿Qué te pasa?... No pareces el mismo de siempre. Estás radiante como el sol de mediodía.

-No sé, tío. Pero estoy seguro que voy a comunicarte algo extraordinario.

-Entonces, toma esa silla.

-No, gracias, tío. No es nada para sentarse.

-Bien, pues, quédate de pie. Pero yo continúo sentado en mi sillón. Bueno... ya puedes empezar cuando quieras...

Mi primo respiró profundamente un par de veces.

-Ya sabes, querido tío -comenzó luego-, que yo, a decir verdad, he sido un hombre mal acostumbrado. Mi difunto padre...

-Sí, sí, querido sobrino: él fue un hombre de bien. Pero, ¿qué más?...

-Entonces, tío, estuve con mi madre hasta hace poco, en que la pobre murió... Y, ¡ves!, la vieja Carolina también me ha mimado siempre.

Saltó el tío senador de su asiento; y, poniendo ambas manos sobre los hombros de mi primo, exclamó:

-¡Christian, eres un hombre muy original! Pero, ¿luego, qué ha ocurrido?

-Pues ha ocurrido, tío, ¡que hoy soy el hombre más dichoso de la tierra! La señora Hennefeder...

-¿Qué? ¿Ella también, sobrino?

-¡Pero deja que te cuente! Hace poco que se presentó en casa la señora Hennefeder, diciendo que deseaba hablar personalmente conmigo. Mas éste es aún el momento en que no sé qué quiere de mí esa señora. Claro que hemos hablado largamente de muchas cosas, pero estoy seguro de que no nos hemos entendido. Luego, estuvo hablándome de tales cosas... de una manera tan especial, que no pude comprender por qué lo hacía... Me dijo que ella no podía esperar que yo me casara con la hija de un tenedor de libros de mi tío, con lo que quiso referirse de una manera clarísima a Julia...

-No -dijo el anciano señor, con una brusquedad maliciosa-. Esto no podía suponerlo.

Mi primo quedose suspenso unos momentos.

-Pero, tío -dijo luego-, yo creo que sí, que ella podía suponerlo; pues yo, de mi parte, lo he comprendido perfectamente. ¡Casarse! ¡Casarse con Julia! Mira, tío: esta idea, como un rayo solar, ha cruzado mi cerebro. Era lo que no se me ocurrió anoche, mientras fumaba, después de haberlo pensado durante más de tres horas. Entonces una alegría loca me asaltó; tiré con resolución del cordón de la campana y, a ruego mío, ha entrado en la habitación Julia en persona.

-¿Y qué? ¿te ha dado calabazas la señorita Julia, Christian?

-¡Poco le ha faltado, tío! -contestó mi primo; y una sonrisa de dicha completa se dibujó en su semblante hermoso-. Cuando su madre le formuló aquella escabrosa pregunta, es decir, si ella pensaba llegar a ser la esposa del Vicerrector Christian, bajó Julia los ojos y

permaneció, para espanto mío, muda durante un largo rato, como aturdida. Tan sólo movía, enlazándolas, sus manos. Luego, para dicha mía, abrió sus labios, y dijo: «¡Oh, si a usted le parece bien!»... Estas palabras, que hasta ahora había leído tan sólo en la muda escritura de sus ojos, pasaron muy claras, aunque quedamente, y con toda su bella tonalidad, a través de la puerta rosada de su boca. Y ahora... si es que todo ya es firme e irrevocable para la corta eternidad de esta vida, mi querido y viejo tío, te pregunto con toda formalidad: ¿Tienes tú en ello algún reparo?

-¿Yo? ¡Oh, no, mi niño! -y el anciano señor estrechó fuertemente a su sobrino entre sus brazos-. Pero, Christian, ¿qué dirán de ello la tía segunda y la vieja Carolina?

La tía segunda, gracias a la mediación propuesta por el tío, y al agrado que le inspiraba la muchacha, no dijo casi nada. Más daba qué pensar la otra parte; pues, mientras todo esto ocurría allí, en casa del tío, se encontraba en la cocina del primo la pequeña y regordeta señora Hennefeder, todavía con los ojos bañados en lágrimas, frente a la vieja Carolina, cuyas manos le tenía ella prendidas entre las suyas, diciéndole:

-¡Y todo de una manera honorable, Carolina! ¡Completamente honorable!

Y con un torrente de palabras le daba las gracias por su amistosa y oportuna molestia en este tan delicado asunto.

La vieja no decía nada. Tan sólo su cabeza, grande, comenzó a moverse y a temblar, cada vez con más violencia; como si con ella quisiera, sacudiéndolos, poner en marcha sus pensamientos, que en vano buscaban la redención de una palabra viva. A la buena señora Hennefeder le asaltó la lúgubre idea de que a la vieja Carolina se le iba a desprender, por último, la enorme cabeza del tronco. Pero, súbitamente, recobró el uso de la palabra.

-Bien -dijo-, bien. ¡Así me echan de casa! ¡Pero mi cese todavía no ha sido firmado!

No, en efecto, no estaba firmado. Fuese por la fuerza de los acontecimientos, fuese por el cariño hacia su pequeño Christian, o bien hacia las viejas paredes de la casa, el hecho es que la vieja Carolina, refunfuñando ciertamente más que antes, pero si cabe con mayor fidelidad, continuó siendo el dragón guardián de la casa. Erró durante algún tiempo, como antaño, sola por la casa; pues la señorita Julia, de acuerdo con lo que exigían las conveniencias sociales, volvió a estar de nuevo bajo la protección de su madre, hasta el día en que pasó ya a la de su esposo.

Y entonces, un día magnífico del mes de mayo, se celebró una boda en la mansión del tío. Toda la casa estaba adornada con flores; en las paredes brillaba el sol primaveral; en el puerto todos los buques estaban empavesados... Y nadie fue echado en olvido: el sacristán y el organista y el sereno y el alcalde del barrio, todos recibieron el alegre saludo de unas monedas de plata. En la mesa de bodas reinaba, para especial satisfacción del tío, y distinguiéndose de la demás servidumbre, la vieja Carolina, bien compuesta bajo su cofia de alas de color de rosa. La novia no debía recibir ningún plato como no fuese de sus manos. Pero su obsequiosidad no pasaba de allí. La pequeña señora Hennefeder, que se encontraba, radiante, sentada al lado del tío... nada envidiaba. Por lo demás... nadie tenía el derecho a exigírselo...

Y las horas huían, volando... La noche era muy suave. Arriba, en la otra calle, la casa solariega dormía en medio del jardín solitario y lleno de fragancias. De pronto crujió la puerta. Era mi primo con su joven esposa. La brisa nocturna cantaba dulcemente entre el ramaje, o bien ¿era tan sólo el ímpetu de la primavera, que pugnaba por abrir los capullos de las plantas? Igual que miles de años atrás, la luna brillaba todavía en el firmamento, tal como en los días del padre Adán.

Cuando, dándose las manos, la joven pareja traspuso el umbral de la casa, allá en la calle se oyó cantar al viejo Matías, con su voz clara y fuerte:

«¡Bello es el mundo de Dios!
¡Y lo son todas sus obras!»

Cuatro años han transcurrido ya. En el viejo caserón salta ahora entre Julia y Christian, por pasillos y escaleras, un primo muy chiquitín: una hermosa criaturita. Ciertamente es que no es exactamente como su madre, ya que no siempre se conforma, y suele a veces ser muy exigente. La vieja Carolina ronda a su alrededor, como Amor junto al tigre. Pronto se echa de ver que ha conseguido domesticarla. No le disgusta a la vieja haber encontrado su vencedor, puesto que siempre suele estar de buen humor. Incluso, cuando el sol entra por la ventana en la cocina, quien bien escucha puede oír, de cuando en cuando, cierto cantar a modo de gruñido, que como acompañamiento del rugir de la tetera no está del todo mal...

¡Pero van a dar las ocho! La señora Julia me está esperando, sentada a la mesa del té. Debo prestarle mi apoyo para lograr de convencer a mi primo, su marido, que no se deje elegir como regidor. A su juicio despliega demasiada actividad, pues tiene la vista y las manos puestas en todas partes. Tal vez ignora la señora Julia, en su ingenuidad e inocencia, que en ella radica el origen de esta vida activa. Sin embargo, considera que tiene también derecho a guardarlo, junto a sí, por lo menos dos veladas a la semana.

¡Y bien, mi querido lector, como a mi primo, te deseo buena suerte y mejor ventura!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

